
HARLEQUIN
Jazmín
PRIMER AMOR
Jessica Steele
La esposa más adecuada

Jazmín™

Jessica Steele

La esposa más adecuada



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

LA ESPOSA MÁS ADECUADA, N.º 80 - marzo 2013
Título original: A Most Suitable Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Este título fue publicado originalmente en español en 2006.

I.S.B.N.: 978-84-687-2700-4
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta: IMAGERY MAJESTIC/DREAMSTIME.COM

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Taye entró en su apartamento y se paseó por el salón; le encantaban aquellos muebles modernos y la decoración. Le vino a la mente la pequeña habitación en la que había vivido los tres años anteriores y a la que de ninguna manera quería volver.

Estaba decidida a no dejar el apartamento a pesar de que, tras la marcha de Paula, el alquiler fuera mucho más cara de lo que ella podía permitirse.

Después de pensarlo detenidamente se había decidido a dar el primer paso para compartir piso: poner un anuncio. Estaba deseando que alguna persona lo viera y la llamara pronto.

Paula le había dejado el nombre y dirección de la agencia inmobiliaria pero, desafortunadamente, parecía que se había llevado el contrato de alquiler, con lo que la situación de Taye era un poco incierta. Había buscado el contrato por todas partes, pero no lo había encontrado y no estaba muy segura de cuál era su situación legal como inquilina.

El contrato estaba a nombre de Paula, quien le había asegurado que, mientras que el alquiler fuera pagado puntualmente, a la agencia inmobiliaria no le importaría quién viviera en la casa ni quién la pagara. Pero Taye no estaba completamente segura. Le habría gustado echarle un vistazo al contrato para ver si había alguna restricción que no permitiera subarrendar.

Había dudado entre acudir o no a la agencia a preguntar. Tenía el presentimiento de que si se acercaba a Wally, Warner y Quayle le iban a decir que existía una cláusula contra el subarrendamiento. Sabía que debía preguntarles, que debía decirles que Paula Neale había dejado la ciudad, pero tenía tanto miedo a que la obligaran a dejar el apartamento que no lo hizo. Quizá le preguntaran sobre su situación económica y si les enseñaba su nómina iba a resultar obvio que no podía pagar un alquiler tan alto ella sola.

Taye prefirió eludir el problema y seguir el consejo de Paula, quien al fin y al cabo tenía más experiencia y le había subarrendado una habitación a ella. Mientras el alquiler se pagase puntualmente, nadie se iba a molestar en averiguar quién vivía en la casa.

Además, si consideraba las dos opciones, pagar o irse, tenía claro que no quería marcharse del apartamento y volver a la vida

que había dejado hacía tres meses.

Sólo le quedaba una salida: tenía que encontrar a alguien que pagara la mitad del alquiler. Compartiría la renta del mismo modo en que Paula la había compartido con ella.

Taye tenía la sensación de que no le convenía anunciarse en el periódico. Sabía, sin lugar a dudas, que todos los agentes inmobiliarios revisaban la columna de alquiler del periódico local. Lo que significaba… Un suave toque en la puerta interrumpió sus pensamientos. Se dirigió a abrirla pensando que sería uno de sus vecinos.

Taye pensaba que ya había conocido a todos los vecinos en el tiempo que llevaba viviendo en la casa, pero podía asegurar que era la primera vez que se encontraba con el hombre alto y moreno que estaba en aquel momento frente a ella.

–¿Cómo has entrado? –preguntó para poner fin a un silencio que se le estaba haciendo eterno. Aquel hombre la miraba con arrogancia. Mientras Taye esperaba una respuesta, pasó corriendo Rex Bagnall, quien vivía en el piso de arriba.

–Un día me voy a dejar la cabeza en casa –dijo, aclarando que se había olvidado algo. Aquello respondía la pregunta de Taye: ese hombre había entrado en el portal cuando Rex estaba saliendo.

–¿Has venido por el alquiler? –preguntó tras caer en la cuenta. El hombre la observó en silencio durante un rato, serio.

–Sí –contestó finalmente.

¡Qué pena! Taye había pensado en una mujer como compañera de piso. Tampoco le emocionaba mucho la expresión adusta del rostro de aquel hombre de unos treinta y tantos años. A pesar de que no estuviera interesada en alquilarle una habitación, tenía que mantener las formas.

–Has sido rápido –dijo tratando de ser amable–. Acabo de regresar de colgar el anuncio en la tienda de periódicos –en aquel momento, justo cuando Taye le iba a decir que su idea era compartir piso con una mujer, pasó de nuevo Rex Bagnall. Se calló porque no quería que nadie escuchara la conversación.

–Pasa –invitó al candidato fallido.

Entraron en el recibidor y de ahí fueron al salón. Había más luz y pudo comprobar que tenía unas espaldas anchas y vestía ropa informal pero cara. Él también la miró con más detalle, fijando su mirada por unos instantes en su cabello rubio platino.

–Yo… –titubeó–. Sé que el anuncio no lo decía, pero había pensado compartir con una mujer.

–¿Una mujer? –preguntó altivo.

–¿Has compartido piso antes con alguna mujer? –preguntó sintiendo que un leve calor ascendía por su cuello–. No es nada personal, pero... –estaba confusa y era evidente que él no le iba a echar un cable–. Quizás no sea lo más adecuado para ti.

–Quizás sea mejor que eche un vistazo al piso –se dignó a contestar tras mirarla durante unos segundos en silencio.

Parecía muy seguro de sí mismo y, cuando se quiso dar cuenta, le estaba enseñando a regañadientes el piso: salón, comedor, baño, cocina, office. Todo excepto su dormitorio.

–Ésa es mi habitación –dijo señalando a la puerta–. Y éste es el otro dormitorio.

–El de tu… inquilino.

–Eso es –contestó contenta de que dijera algo después de aquella inspección tan silenciosa.

Él entró en lo que había sido la habitación de Paula y la observó cuidadosamente. Taye lo dejó allí y se dirigió hacia el salón, pensando en cómo le iba a decir que ya lo llamaría. Le resultaría menos brusco que informarlo directamente de que no tenía ninguna oportunidad. Minutos después él acudió al salón; obviamente había estado imaginando cómo colocaría la habitación.

–Veo que tenéis un jardín –comentó mientras se acercaba a la ventana para asomarse.

–Es un jardín común. La inmobiliaria se encarga de que esté cuidado, pero no necesita mucho mantenimiento. Bueno…

–¿Cómo te llamas? –dijo interrumpiéndola–. No puedo ir por ahí llamándote señora de Winter.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Taye. Desconfiaba de él, pero el comentario le había hecho gracia. Sin lugar a dudas se estaba refiriendo a la señora de Winter del libro *Rebecca*, escrito por Daphne du Maurier. Era un personaje que durante todo el libro mantenía oculto su nombre de pila.

–Taye. En realidad Tayce, pero me llaman Taye –contestó tratando de contener la risa frente a aquel rostro serio. Se sintió un poco tonta por el comentario y decidió no contarle que su hermano pequeño no había sido capaz de pronunciar su nombre correctamente y al final se había quedado con Taye–. Taye Trafford. ¿Y tú eres...?

–Magnus Ashthorpe.

–Bueno, Magnus…

–Me quedo –interrumpió él con decisión, pillándola por sorpresa.

–Oh. No creo que…

–Naturalmente hay asuntos que tendremos que discutir –afirmó tomando el mando de la conversación.

–¿Quieres un café? –preguntó ella tratando de ser civilizada. Un rato de charla no hacía mal a nadie.

–Solo y sin azúcar –ella se alegró de que aceptara y así poder escaparse un rato a la cocina.

De ninguna manera lo iba a aceptar como compañero de piso. De ninguna manera. Mientras preparaba las tazas pensó en que no se podía precipitar. ¿Qué iba a pasar si nadie más estaba interesado? El alquiler era bastante alto. Pero, ¿y si hubiera un montón de gente dispuesta a compartir el apartamento? No habían pasado ni diez minutos desde que había puesto el cartel cuando él había llegado a su casa.

–¡El café! –exclamó al entrar en el salón con la bandeja. La dejó sobre la mesa y lo invitó a tomar asiento. Se sentó frente a él para dejarle claro quién estaba entrevistando a quién–. ¿La habitación sería para ti? Quiero decir, ¿no estás casado? El anuncio era sólo para una persona. No me interesa un matrimonio.

El se quedó pasmado ante la pregunta y Taye se empezó a arrepentir de haberlo invitado a un café. Ya estaba deseando que se marchara.

–No estoy casado –aclaró.

Taye lo miró. Era bastante guapo. Era evidente que le interesaban más las aventuras que los compromisos a largo plazo.

–Este edificio es muy tranquilo –le advirtió–. No hacemos fiestas escandalosas.

Taye no sabía por qué se estaba molestando en contarle todo aquello, porque cada vez estaba más segura de que no lo quería como compañero de piso. Él la escuchaba sin decir nada, y tampoco había tocado el café. Taye no veía el momento de que se fuera.

–¿La renta no sería un problema para ti? Se paga trimestralmente y por adelantado –expuso. Por la ropa que llevaba se deducía que podía permitirse cosas caras, pero Taye necesitaba sacar algún tema de conversación–. El casero prefiere que se pague al final de cada trimestre para que coincida exactamente con sus pagos por el terreno. Es el dueño del edificio, pero no del solar en el que está construido.

–Creo que me las apañaré para conseguir pagar mi parte –afirmó tras observarla fríamente. A pesar de la ropa cara, parecía que tampoco estaba muy boyante. Ella también tenía ropa de buena calidad, pero no mucha.

–¿En qué trabajas? –preguntó justo cuando él tomó su taza de

café, dejando ver una mancha de pintura en su dedo índice. Era el tipo de mancha que dejaba un cuadro cuando aún no estaba seco.

–Soy artista.

–Magnus Ashthorpe –murmuró para sí misma. Nunca había escuchado ese nombre, pero no quiso decirlo para no avergonzarlo ni herir sus sentimientos–. ¿Tienes éxito?

–Me las apaño –contestó modestamente.

–No podrías pintar aquí –repuso con rapidez, ya que era una excusa perfecta–. El casero…

–Puedo pintar en el ático en el que estoy viviendo ahora. Es también mi estudio –interrumpió Magnus.

–Ah. ¿Y dónde estás viviendo ahora exactamente? –preguntó Taye volviendo a la ofensiva.

–Comparto piso.

–¿Tienes alguna relación que se...? –aquella entrevista de negocios se estaba poniendo difícil, no sabía cómo terminar la frase. Supuso que él debía de estar dejando una relación, pero no quería interrogarlo.

Aquellos ojos grises continuaban examinándola, pero parecía que la dura expresión de sus facciones iba suavizándose cuanto más la miraba. Pero ese lado tierno se desvaneció al instante, justo cuando Magnus declaró fríamente que si estaba pensando que estaba atado en una relación de pareja, estaba equivocada.

–Nick Knight y yo hemos sido amigos desde hace años. Hemos estado viviendo un año juntos, pero ahora quiere vivir con su novia –dijo encogiéndose de hombros–. Yo no quiero hacer de carabina y Nick prefiere recuperar la habitación.

–Pero ¿seguirás trabajando en su ático? –él asintió y Taye se relajó. Aunque no tenía intención de compartir piso con él, se quedaba más tranquila sabiendo que podía usar aquel desván si tenía que abandonar ya la casa.

Se dio cuenta de que Magnus acababa de terminar el café y se levantó.

–No estoy segura… –dijo intentando ser delicada.

–Querrás recibir a otros candidatos, por supuesto –repuso interrumpiéndola con suavidad.

–El anuncio estará toda esta semana y el fin de semana que viene. Y además está el asunto de las referencias –añadió sin saber de dónde había sacado aquella idea. Magnus Ashthorpe tomó la libreta que había junto al teléfono, escribió algo con rapidez y le entregó el papel.

–Éste es el número de mi móvil. También he apuntado el

teléfono de mi anterior casera, por si le quieres pedir referencias. Estoy seguro de que la señora Sturgess estará encantada de responder a tus preguntas.

Taye tomó el papel aun sabiendo que no lo iba a aceptar como compañero de piso.

–Te acompañaré a la puerta –dijo sonriendo. Estaba segura de que no lo volvería a ver. Se dieron la mano–. Hasta luego.

Cuando se marchó, cerró la puerta y se fue corriendo hacia el comedor. Se asomó a la ventana y lo vio salir del edificio. Estaba hablando por el móvil, así que no existía peligro de que la sorprendiera espiando. ¡Seguro que estaba hablando con su amigo Nick y le estaba diciendo que había encontrado piso!

Taye regresó al salón, sintiendo todavía el calor de la mano de Magnus en la suya. Le había encantado su tacto. Pero aun así sabía que no iba a telefonear a la señora Sturgess para pedirle referencias.

Se quedó en casa a propósito el sábado y el domingo, asomada a la ventana, a la espera de más personas interesadas. Pero no apareció nadie. Pensaba que existía una gran demanda de habitaciones de alquiler, pero aquella debía de ser demasiado cara.

Nunca antes había vivido en una casa con jardín y estaba encantada. Hacía tres años que se había mudado a Londres tras una tremenda discusión con su madre, pero hasta entonces nunca se había podido permitir pagar la mitad del alquiler de un piso. No tenía ninguna posibilidad de pagarlo entero sola.

Tenía un buen trabajo y un buen sueldo, pero siempre tenía que guardar algo de dinero para su madre. A pesar de que prácticamente la había echado de casa, no dudaba en pedirle dinero con cierta frecuencia.

Taye no quería volver a vivir en un cuchitril como el que había alquilado antes de su promoción. Aquella subida de sueldo había coincidido con la invitación de Paula Neale a compartir piso, y su calidad de vida había mejorado mucho.

En casa de sus padres siempre había habido peleas, por eso su padre había decidido marcharse. Había sido después de una gran disputa con su madre, ya no aguantaba más y pensó que todos iban a estar más tranquilos si él se marchaba. Pero el cambio no fue viable económicamente hasta que su abuelo murió y su padre heredó algún dinero. De esta forma pudo asignar una pensión vitalicia su esposa, obsesionada con el dinero. El padre de Taye no confiaba en su derrochadora esposa, así que se aseguró de

administrarle el dinero mensualmente, y no todo de golpe como ella quería.

Todo aquello había sucedido nueve años antes, cuando Taye tenía catorce años y su hermano Hadleigh, nueve. Taye lo había pasado muy mal cuando su padre se fue y lo había echado mucho de menos porque se llevaban muy bien. Pero también había pensado que quizá con su ausencia desaparecerían las riñas constantes y las peleas.

¡Error! Cuando su padre se marchó, Taye se convirtió en el objetivo de la furia de su madre, que empezó a desahogar contra ella toda su cólera. Mientras Taye vivió allí su hermano se libró del veneno de aquella lengua viperina. Por eso había soportado la situación tanto tiempo y no había querido pensar qué pasaría con Hadleigh cuando ella se fuera a la universidad.

A los dieciséis años se enteró de que su madre tenía otros planes para ella.

–¡La universidad! –había exclamado, sin tener en consideración que Taye se había estado esforzando mucho en el instituto para conseguir sobresalientes–. No puedes olvidar, señorita, que tendrás que dejar tus estudios tan pronto como termines el instituto para conseguir un trabajo y empezar a traer dinero a casa.

–¡Pero si ya lo tengo todo planeado!

–Pues yo he cambiado los planes.

–Pero papá dijo que…

–¡Papá ya no está aquí! Está encantado eludiendo sus responsabilidades –había contestado Greta Trafford.

–Pero…

–¡No me interrumpas! No hay peros que valgan porque no vas a ir.

Taye había tenido que tragar, luchando contra la decepción y el enfado de tener que renunciar a su sueño. Había sido incapaz de contárselo a su padre, a quien le entusiasmaba la idea de que su hija estudiara en la universidad. Lo había convencido de que no quería seguir con sus estudios.

Quizá Taye habría podido llegar a entender que su madre dijera que no tenían dinero para desperdiciar, pero era completamente falso que su padre estuviera eludiendo sus responsabilidades. Tenía un sueldo mucho más bajo tras haber dejado el buen empleo que les había proporcionado un alto nivel de vida durante años. En aquel momento trabajaba y vivía en una pequeña granja y con el sueldo que ganaba cubría sus gastos y la mensualidad para el mantenimiento de sus hijos y esposa; aun así enviaba más dinero a

casa siempre que podía.

Pero nunca era suficiente. Incluso cuando había tenido un sueldo excelente no había sido suficiente. El dinero volaba en manos de su madre, que no conocía el significado de la palabra ahorro. Si se encaprichaba con algo nada podía impedir que lo consiguiera, sin importarle qué miembro de la familia lo pagase.

Taye había heredado de su padre el gusto por los números, así que cuando terminó el instituto se puso a trabajar en un despacho de contables. Su madre había insistido en que le entregara su sueldo completo a fin de mes, pero fue entonces cuando Taye empezó a tener su propio criterio y decidió guardarse algo de dinero, ya que Hadleigh necesitaba materiales para la escuela y ropa nueva. Taye se había encargado de que a su hermano no le faltara de nada.

Ella habría podido marcharse de casa en cualquier momento, pero no lo hizo hasta que llegó la hora de la verdad. Se había estado quedando por Hadleigh, un niño tierno y tímido.

Después de una pelea tremenda con su madre, cuando Taye tenía diecinueve años y Hadleigh catorce, éste le había dicho:

–Deberías irte de casa, Taye –ella había negado con la cabeza–. Estaré bien y no me queda mucho tiempo aquí. Iré a la universidad y no volveré.

Las palabras de Hadleigh se habían quedado rondándola en la cabeza hasta que tuvo lugar la siguiente riña, que se desencadenó por una bicicleta para la que Taye había estado ahorrando. Había querido hacerle un buen regalo a su hermano. Era viernes por la tarde y había encargado que la enviaran a casa. Hadleigh cumplía quince años y sabía que sonreiría de oreja a oreja cuando la viera. Pero, cuál fue su sorpresa, cuando llegó a casa después de trabajar y descubrió que su madre se las había apañado para cambiar la flamante bici por una de segunda mano. Obviamente se había quedado con el dinero sobrante.

–¿Cómo has podido? –había preguntado Taye totalmente indignada.

–¿Cómo podría no haberlo hecho? La bicicleta que he conseguido es la adecuada –había contestado con ligereza.

–¡Quería regarle algo nuevo! ¡Algo especial! No tienes derecho…

–¡Derechos! ¡No me hables de derechos! ¿Qué hay de mis derechos?

–No era tu dinero, sino el mío. Ha sido poco honesto por tu parte…

–¡Poco honesto! –exclamó chillando. Cuando empezaba a gritar era el momento de dejar la conversación. Pero aquella vez Taye no

pudo contenerse; estaba indignada por lo que había sido capaz de hacer su avariciosa madre.

–Sí, poco honesto –había contestado en un tono desafiante. Por primera vez en su vida no se replegó ante el veneno que su madre escupía.

Greta Trafford la había invitado a seguir los pasos de su padre: hacer las maletas y marcharse. La situación era insostenible.

–Me voy –había contestado Taye.

Estaba decidida, aunque cuando fue a despedirse de Hadleigh estuvo a punto de echarse atrás.

–¿Estarás bien? –le preguntó.

–¿Qué apuestas a que sí? –respondió con una sonrisa. Él había sido testigo de la pelea–. Te tienes que ir.

Taye se había marchado a Londres, donde había tenido la suerte de encontrar una habitación y un trabajo. Un trabajo en el ámbito financiero que se le daba especialmente bien. Cuando le subieron el sueldo se mudó a una habitación mejor, aunque seguía siendo muy pequeña.

Había escrito a Hadleigh y a su madre para decirles donde vivía. También había escrito a su padre tratando de minimizar la pelea que la había obligado a irse de casa. Su madre había sido la primera en contestar, ya que la factura de la electricidad había sido más alta de lo que esperaba. Como Taye había estado en la casa, le pedía que enviara dinero con la mayor brevedad posible para pagar su parte proporcional.

Las peticiones de dinero por parte de su madre se sucedieron en los tres años siguientes. Por eso se había pensado mucho la propuesta de compartir piso con Paula Neale, con quien comía a menudo en la cafetería de la empresa. A pesar de que estaba deseando dejar de vivir en su cuchitril, el precio del alquiler era alto y había tenido que meditar la decisión.

¿Se lo podía permitir realmente? Ya tenía veintitrés años, Hadleigh dieciocho y su madre se había comprometido a que él iría a la universidad. ¿Debería ahorrar hasta que él empezara la universidad o era ya el momento de lanzarse? Finalmente Taye se había decidido a aceptar la propuesta, cruzando los dedos para que no ocurriera ninguna calamidad que supusiera gastos imprevistos.

Por una vez su madre no fue el origen de sus problemas, ya que el desastre se desató al irse Paula. Necesitaba compartir los gastos del apartamento o estaría en un verdadero aprieto, y tan sólo Magnus Ashthorpe, la última persona con la que estaba dispuesta a compartir piso, se había interesado en la habitación.

Durante la última semana había corrido a casa después del trabajo para recibir a los posibles interesados en el piso. Julian Coombs, el hijo del propietario de Comestibles Julian Coombs, le había propuesto ir a cenar. Julian era un chico agradable y sencillo y había salido con él algunas veces. Aquella vez, sin embargo, le había dicho que no porque quería estar en casa por si alguien veía el anuncio y acudía al piso. Pero de poco le había servido, porque todas las noches se había ido a la cama sin haber recibido a ningún interesado.

Había contemplado la idea de invitar a Hadleigh a pasar el fin de semana con ella, pero él trabajaba casi todos los fines de semana de camarero en un pequeño restaurante a nueve kilómetros de Pemberton. Vivía con su madre en Pemberton, a las afueras de Hertfordshire, a demasiada distancia del restaurante como para ir en bicicleta, pero Pemberton no estaba bien comunicado y el transporte público un domingo era muy escaso.

Así que Taye se quedó sola en casa y estuvo a punto de echar raíces asomada a la ventana, pero no sirvió de mucho porque, aunque pasaba mucha gente, nadie salvo sus vecinos se acercaba a la puerta.

El lunes por la tarde llegó el momento de tomar una decisión. El dependiente de la tienda de periódicos ya debía de haber quitado el anuncio y parecía que no tenía mucho sentido ponerlo de nuevo. Era obvio que la renta era superior a lo que la mayoría de la gente quería pagar. En los nueve días que había estado puesto el anuncio sólo había habido una persona interesada. Iba a tener que pagar el alquiler en unas semanas, o sea, que tenía que decidirse entre irse o compartir piso con un representante masculino de la especie que no le gustaba demasiado.

¡De ninguna manera se quería ir del piso! ¿Có-mo iba a ser capaz de dejar aquella casa? Era un lugar tranquilo y muy agradable. Y tenía la ventaja del pequeño jardín compartido en el que se podía sentar en las cálidas tardes de verano a tomar una copa de vino o a charlar con alguno de los vecinos. Le encantaba tumbarse los fines de semana junto al gran manzano que había en el centro del jardín. Una estrella de espumillón deslumbrante estaba colocada en el árbol. Paula le había contado que una ráfaga de viento la había arrastrado hasta allí en el mes de enero. Lo que más le gustaba era que, a pesar de vivir en Londres, se sentía como en el campo.

En un impulso se dirigió a la cocina, donde encontró el trozo de papel en el que Magnus Ashthorpe había apuntado su teléfono.

Había estado a punto de tirarlo, pero se alegró de no haberlo hecho ahora que no tenía más candidatos. No pensaba llamarlo, pero no perdía nada por comprobar qué referencias le daba la señora Sturgess de él.

–¿Hola? –contestó una voz que parecía la de una mujer madura y amable.

–¿Está la señora Sturgess? –preguntó Taye.

–Yo soy Claudia Sturgess.

–Buenas tardes. Siento molestarla, pero un hombre llamado Magnus Ashthorpe me dijo que la podía llamar para pedir referencias. Está interesado en alquilarme una habitación –dijo tratando de no confesar que en realidad iban a compartir piso. Era ridículo y no sabía qué tipo de preguntas tenía que hacerle para asegurarse de que no era un asesino en serie. Había estado leyendo demasiadas novelas de misterio–. Me pregunto si estuvo viviendo mucho tiempo con él y si lo considera una persona de confianza.

–Oh, querida, ¡lo conozco desde hace años! Fui al colegio con su madre. ¿Cuál es su nombre?

–Taye Trafford. ¿Cree que puede ser un buen inquilino?

–De primera clase, señorita Trafford –contestó sin dudar un momento–. ¿O es usted señora?

–Señorita –respondió Taye–. ¿Puede responder por él?

–Completamente. Es uno de los mejores hombres que conozco. De hecho, después de haber convivido ya con él, si no le alquila usted la habitación, estaré encantada de que vuelva a vivir aquí. ¿Dónde está su casa? ¿En Londres?

–Sí –confirmó–. Entonces, en su opinión, ¿es un hombre de fiar?

–Es de mi total confianza –repuso en un tono de voz completamente sincero–. Es uno de los hombres que más confianza me inspiran.

–Muchas gracias –le agradeció antes de colgar el teléfono. Taye reconocía que no podía tener mejores referencias, pero, a pesar de todo, seguía albergando sus dudas. Sabía que mucha gente compartía casa con personas de otro sexo, pero no acababa de decidirse a vivir con él.

Magnus tampoco la había llamado, así que no debía de estar desesperado por encontrar un sitio. Además la señora Sturgess, amiga de la madre de Magnus, parecía encantada con la posibilidad de volver a vivir con él, aunque seguramente Magnus no estuviese interesado.

Había tomado una decisión: descolgó el teléfono y marcó el número deseando que Magnus Ashthorpe tuviera el móvil

desconectado, pero estaba comunicando. Colgó y esperó cinco minutos. Era consciente de que, a menos que quisiera emprender la búsqueda de un minúsculo apartamento, tenía que hacer aquella llamada. Volvió a marcar y en el cuarto tono contestaron.

–Pen… –contestó, pero luego cambió el tono–. Hola.

–Hola –Taye pensó que Magnus estaría esperando la llamada de alguna Penny. ¡Mala suerte! Averiguar que él tenía alguna amiga la hizo sentirse más cómoda–. Soy Taye Trafford –él no contestó y Taye recordó los silencios que acompañaron su visita al piso. Quizás a la señora Sturgess le gustaba que no fuera un charlatán–. Soy la chica del piso.

–¿Sí?

Aquel monosílabo por respuesta irritó a Taye y volvieron las dudas.

–No hay garaje –se le ocurrió decir para tratar de desanimarlo en el último momento, a pesar de que lo necesitaba–. Bueno, sí que lo hay, pero el dueño está en el extranjero y tiene sus cosas ahí almacenadas.

–Eso no será un problema.

–¿No tienes coche?

–Me gusta el transporte público. Me mudaré mañana –dijo dando por sentada la decisión. Ella se quedó boquiabierta. Al final…

–Trataré de volver pronto del trabajo.

–¿Trabajas? ¿Tienes un empleo?

–¡Claro que tengo un trabajo! ¿Cómo voy a pagar el alquiler si no? –no se había mudado aún y ya estaban a punto de discutir.

Magnus dejó escapar un gruñido que a Taye le pareció despectivo, pero cuando le iba a preguntar qué significaba la asaltó una duda. Tenía que ser práctica, así que le preguntó:

–¿Puedes pagarme el alquiler por adelantado? Necesito el alquiler trimestral para el veinticuatro de junio.

–Te daré el dinero cuando te vea mañana –repuso él rápidamente.

–Un cheque también me sirve –podría canjearlo el miércoles, ya que tenía tiempo todavía.

–Bueno, si eso es todo…

–Una cosa más –dijo ella–. Naturalmente, espero que respetes mi intimidad.

–¿Te refieres a cuando lleves chicos a casa? –contestó Magnus. Taye se quedó sin palabras ante esa respuesta ¿Qué le pasaba a aquel hombre? Ella no había querido decir eso. Menos mal que el

baño tenía cerrojo–. Obviamente, espero que tú también respetes la mía.

–¿Cuando lleves chicas a casa? –contestó incisiva.

–Nos vemos mañana –repuso él, y colgó. Taye devolvió el teléfono a su sitio lentamente. Dudaba de que aquella solución fuese a funcionar, pero para bien o para mal ya tenía inquilino.

Capítulo 2

Magnus Ashthorpe se mudó al piso aquel martes por la tarde. El miércoles Taye metió en el banco el dinero que él le había dado en efectivo. ¡Parecía que Magnus no tenía cuenta bancaria! A Taye le molestó tener que ir por la calle con tanto dinero encima a pesar de que sabía que él no lo había hecho con mala intención.

La mañana del jueves Magnus se levantó antes que ella, que era una persona bastante madrugadora. Para su sorpresa, Taye había dormido mucho más a gusto de lo que había previsto con un extraño en la habitación de al lado. La noche anterior se había ido a la cama recelosa, dudando de si bloquear la puerta con una silla o no. Se había acordado de las elogiosas referencias de la señorita Sturgess y había decidido que desconfiar así no era un buen comienzo.

Cuando llegó el viernes ya había conseguido relajarse por tener un compañero de piso masculino. Magnus parecía tener un carácter taciturno pero tranquilo, aunque había algo raro en su mirada. Salvo unas migas que había dejado sobre la encimera, era un chico limpio. Después de todo, quizá no se hubiera equivocado al aceptar a su único candidato. Otro punto a su favor era que pasaba poco tiempo en casa. Se levantaba temprano, se marchaba y regresaba tarde. Parecía que era un pintor ocupado.

Taye también solía trabajar hasta tarde, pero aquella noche había aceptado la invitación de Julian Coombs a cenar. Salió rápido de la oficina en dirección a casa para darse una ducha, pero su compañero de piso se había adelantado.

Era la primera vez que llegaba a casa antes que ella. Había entrado con el juego de llaves que antes había pertenecido a Paula. Al atravesar el pasillo Taye pudo escuchar el sonido de la ducha. Seguro que no tardaba ni una milésima parte de lo que solía tardar Paula.

Julian le había dicho que irían a un restaurante muy fino, así que entró en la habitación y escogió un vestido elegante de su ropero. Hasta que tuvo catorce años Taye se había podido permitir tener la mejor ropa. Cuando su padre se fue de casa, ella ya estaba muy acostumbrada así que, como no le sobraba el dinero, prefería comprarse una sola prenda de buena calidad que dos de calidad

inferior. Aunque a veces también se encaprichaba con algunas baratijas.

Cuando escuchó la puerta del baño abrirse miró el reloj. Salió de la habitación y pudo ver a Magnus en albornoz. Estuvo a punto de volverse a su cuarto, pero se tenía que acostumbrar, vivían juntos.

–¿Has terminado? –preguntó con soltura.

–Todo tuyo –contestó él mientras caminaba hacia su habitación.

Una ducha rápida, un poco de maquillaje y estaba casi lista. Frente al espejo de su aparador dudaba si recoger su melena rubia y lisa o dejársela suelta. Era viernes por la noche y, tras una dura semana de trabajo, había llegado el momento de divertirse. Decidió dejarse el pelo suelto.

Se puso un traje recto negro de seda con tiras finas en la espalda y salió de la habitación. Se sorprendió al ver que Magnus se estaba poniendo cómodo en el salón. Se le escapó un pequeño grito de sorpresa que él debió de escuchar porque, sin decir nada, bajo el periódico.

–No esperaba que estuvieras aquí sentado –se sintió obligada a explicar.

–Vivo aquí –le recordó fríamente.

Taye se sintió a la vez avergonzada y molesta. Podía percibir la mirada de Magnus deslizándose por sus hombros. Su espalda estaba tan sólo cubierta por unas finas tiras de seda. Era delgada pero con las curvas necesarias y tenía unas piernas que Paula había calificado de gloriosas. En cualquier caso, él no estaba impresionado por su apariencia, porque su expresión era tensa. De repente él preguntó:

–¿Tienes una cita?

El enfado pudo con la vergüenza. ¡Eso no era asunto suyo! No podía tolerarlo, pero estaba atada a él hasta septiembre. Se tragó su cólera con dificultad y lo miró. Estaba recién vestido con un traje de calle.

–No parece que tú estés vestido para quedarte en casa –contestó sonriendo. Los ojos grises y profundos de Magnus se detuvieron en su boca unos segundos, pero cuando la miró a sus preciosos ojos azules, se quedó serio.

Taye se fue a la cocina a esperar a Julian porque no sabía cómo relacionarse con Magnus. Conocía a varios hombres a los que podía considerar sus amigos. Los que trabajaban en Comestibles Julian Coombs formaban un conjunto heterogéneo y se llevaba bien con todos. ¡Pero ese hombre era diferente! Quizás hubiera sido un error aceptarlo, aunque para Claudia Sturgess fuera de total confianza y un inquilino de primera. Parecía un hombre difícil.

Afortunadamente Julian llegó diez minutos antes de la cita y Taye no tuvo que merodear por la cocina durante mucho rato. Mientras abría la puerta informó a su compañero de piso de forma civilizada de que no creía que fuera a llegar tarde. A él no pareció importarle mucho. La miraba sin pestañear. De repente Taye recordó la conversación que habían tenido sobre la privacidad.

–¿Vas a traer a alguien a casa? –preguntó, fingiendo estar interesada. Por un momento pensó que su silencio era la respuesta.

–Iremos a casa de ella –respondió Magnus secamente. Los labios de Taye sonrieron. ¿Qué le pasaba a aquel hombre? La mayor parte del tiempo no lo soportaba, pero tenía la habilidad de hacerla sonreír en los momentos más inesperados.

Fue a abrir la puerta a Julian, quien había llamado suavemente. Lo hizo pasar y en un gesto de cortesía hacia su compañero de piso decidió presentarlos. Tenía que esforzarse si quería que la convivencia funcionara.

Le gustó comprobar que el comportamiento de Magnus era correcto cuando había una tercera persona. Se dieron la mano y se saludaron amistosamente. Al menos tenía don de gentes. Julian y ella se dirigieron al coche.

–Pensaba que tu nuevo compañero de piso tendría veintipocos años –declaró Julian mientras conducía–. Este Magnus es algo mayor y parece sofisticado, ¿verdad? Se le ve un tipo muy seguro.

–Supongo que sí, no lo había pensado.

–¿Te llevas bien con él?

–No lo veo mucho. Creo que esta noche tiene una cita, o sea, que no creo que me lo encuentre hasta mañana –o probablemente más tarde si Magnus se quedaba en casa de «ella».

Ella probablemente fuese Pen, Penélope o Penny. Taye intentó dejar de pensar en eso, ya que era el momento de disfrutar de la noche. Julian era tres años mayor que ella, un chico agradable y cariñoso que no le exigía nada. Le gustaba porque era fácil llevarse bien con él y siempre parecían estar de acuerdo.

Se sorprendió pensando en que le gustaría que él le llevara la contraria alguna vez y se asustó. Quizás hubiera heredado de su madre su vena cascarrabias y el gusto de discutir por discutir. Enseguida se tranquilizó al recordar que su madre siempre le había echado en cara que de ella sólo había heredado la belleza y que tenía el mismo carácter que su padre.

–¿Tomamos un café aquí? ¿O prefieres que vayamos a mi casa? Hago un café espléndido –dijo Julian después de cenar.

El piso de Julian estaba a unos quince minutos del suyo y Taye

ya había ido allí otra vez a tomar café. Se habían besado y había sido agradable. Taye nunca había sido una chica fácil y, a pesar de que encontraba a Julian atractivo físicamente, no estaba tan impresionada como para perder los papeles. Hacer el amor con él no era lo adecuado, al menos por el momento. Quizás en un futuro.

–Mejor aquí, ¿te importa?

–Sí, me importa, pero no pasa nada –contestó sonriendo. Era realmente una buena persona.

Tampoco le apeteció invitar a Julian a su casa cuando llegaron a la puerta del edificio.

–No te voy a invitar a entrar –le había dicho mientras buscaba alguna excusa–. Magnus puede haberse quedado en casa y hasta que no lo conozca un poco mejor prefiero no crear situaciones que le puedan hacer sentirse incómodo –la idea de que el arrogante Magnus Ashthorpe pudiera avergonzarse era irrisoria, pero Julian aceptó su excusa.

–¿Salimos mañana? Podríamos…

–Mañana voy a visitar a mi padre –inventó sobre la marcha.

–Me dijiste que vive en Warwickshire, ¿verdad? Si quieres te puedo llevar –contestó Julian sin desanimarse.

–No, gracias. Mi padre me recogerá en la estación de tren. Bueno, me voy a casa –dijo rápidamente. Quería quedarse sola.

Julian la acompañó hasta la puerta y allí la tomó entre sus brazos, en un gesto que a ella no le era desconocido. Era extraño porque, aunque seguía disfrutando de la compañía de Julian, aquella noche no tenía ganas de besarlo. Y lo más raro fue que la imagen de Magnus Ashthorpe pasó por su mente en aquel preciso instante.

–Buenas noches, Julian. Me lo he pasado muy bien –besó a Julian, pero en su cabeza permanecía la imagen de Magnus. Cuando sintió que Julian la abrazaba con más fuerza se separó y entró en la casa preguntándose qué le estaba pasando.

Se sorprendió al ver que había luz en el salón.

–No esperaba que estuvieras ya de vuelta –le dijo ya recuperada. Magnus apagó la televisión con el mando a distancia–. No lo hagas por mí, por favor.

–Ya ha terminado. ¿Te lo has pasado bien? –preguntó con interés. A Taye le gustaba aquella cara más amable.

–Sí, Julian es una compañía excelente. Voy a preparar algo de beber, ¿quieres? –quizá pudiesen intentar tener una convivencia armoniosa.

–Gracias –aceptó mientras la seguía a la cocina.

–¿Qué tal tu noche? –preguntó Taye tratando de ser cortés.

–Bien –contestó él, sin dar más explicaciones. Taye sospechó que lo estaba dejando con Penny. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

–¿Sonríes porque te acuerdas de Julian? –preguntó Magnus con un tono cortante.

–Ya te he dicho que es muy agradable –le recordó. ¡Cielos! Aquel hombre era cambiante como una veleta.

–Me suena mucho su nombre.

–Probablemente habrás escuchado el nombre de su padre, Julian Coombs, de Comestibles Julian Coombs. Es una empresa grande.

–La conozco –la interrumpió–. Es bastante famosa en el mundo de las finanzas.

–Está en expansión –Taye lo sabía porque trabajaba muy cerca del director financiero. Pero estaba realmente sorprendida de que un artista estuviera al día en aquellos asuntos. Él la miró detenidamente durante un rato.

–Entonces, su hijo todavía puede llegar más alto, ¿no? –soltó por fin. Taye pudo detectar la indirecta del comentario. Estaba dando por supuesto que Taye salía con Julian porque estaba forrado.

–Llegará el día en que Julian herede una fortuna –contestó secamente tratando de no saltar sobre el hombre que tenía enfrente.

–¿Vas en serio con él? –preguntó Magnus. Taye se estaba enfureciendo. No estaba dispuesta a hablar de su vida amorosa con Magnus Ashthorpe.

–Quizá –replicó con la mirada encendida. Los ojos grises de Magnus la miraron con hostilidad. En ese momento el agua empezó a hervir.

–¡No quiero tomar nada! –exclamó Magnus dándose la vuelta. Taye lo miró si comprender nada. ¿Qué le había pasado?

A la mañana siguiente Taye se propuso tratar de ser amable, pues todavía les quedaban tres largos meses de convivencia. Se levantó la primera y preparó la cafetera.

–¿Un café? –ofreció a Magnus cuando entró en la cocina.

–Gracias –aceptó él sin derrochar una sonrisa. Su mirada era fría y parecía querer retomar la conversación de la noche anterior–. ¿Desde cuándo conoces a Julian?

La decisión de Taye de continuar siendo afable en su convivencia se empezó a tambalear. Podría haberle comentado que Julian y ella trabajaban juntos, pero no tenía ganas, bastante hacía contestándole.

–Desde hace mucho –contestó escuetamente. Él le devolvió otra de sus frías miradas. Taye contuvo su ataque de rabia y no cedió a la tentación de lanzarle el café a la cara–. No dormiré aquí esta noche. Voy…

–¿Con Julian Coombs? –la interrumpió Magnus. Taye no lo soportaba más, aquella cocina era demasiado pequeña para los dos. Trató de controlarse.

–La verdad es que no. Su nombre es Alden. Es…

–¿Cuántos amantes tienes a la vez? –la interrumpió de nuevo Magnus Ashthorpe.

–¡No es asunto tuyo! –exclamó furiosa, y se marchó antes de caer en la tentación de soltarle una bofetada.

No se calmó del todo hasta que llegó a la estación de tren de Paddington. No podía dejar de pensar en el carácter rudo de su compañero de piso. ¿Por qué había tenido que ser él el único en responder a su anuncio? Habría preferido a cualquier otra persona. Decidió dejar de pensar en él y sacó el móvil para llamar a su padre.

–Hola, soy Taye.

–Hola, cariño. Estaba justo pensando en ti. ¿Vas a venir a verme pronto? Necesito hablar contigo.

–Precisamente estoy en la estación de Paddington –contestó sonriendo. Le agradaba que su padre quisiera verla, aunque estaba intrigada.

–¡Bien! Te recogeré en Leamington a las once –repuso entusiasmado.

Su padre la esperaba en el andén cuando el tren entró en la estación. Había estado todo el viaje especulando sobre qué sería lo que su padre quería contarle. En cuanto entraron al destartalado coche, le preguntó:

–¿Qué tienes que decirme, papá?

–Tenía que verte. Si tú no hubieras venido, habría intentado ir yo a visitarte. He conocido a alguien –anunció mientras estaban de camino a la casa de campo.

–¿Has conocido a alguien? ¿Una chica? Quiero decir, ¿una mujer? –preguntó Taye tratando de hacerse a la idea.

–Hilary tiene cuarenta y siete años –contestó Alden Trafford–. ¿Te molesta, hija?

–Claro que no… Dame un minuto para… –no estaba molesta, sino confusa. Miró a su padre de reojo. Era un hombre de cincuenta y un años, atractivo y con muy poco dinero. Su madre se había encargado concienzudamente de desplumarlo. Taye trató de

tranquilizarse–. ¿Es algo serio?

–Voy a pedirle a tu madre el divorcio.

–¡Oh, cielos! –murmuró Taye. Aquello parecía bastante serio. Su madre iba a montar en cólera.

–Taye, siento que el enfado de tu madre vaya a salpicarte. Pero ahora tú ya estás fuera de casa y Hadleigh pronto irá a la universidad. Quiero ser justo con vosotros pero también quiero serlo con Hilary.

–Por supuesto, no te preocupes por nosotros. ¿Desde cuándo la conoces?

–Desde hace tres años. Pero no nos… enamoramos hasta esta Nochevieja, cuando coincidimos en una fiesta –le contó ruborizado–. Quiero casarme con ella y creo que tu madre y yo hemos estado el suficiente tiempo separados como para que el divorcio sea un mero trámite.

Taye sonrió, ¿qué otra cosa podía hacer? Era cierto que el divorcio parecía un formalismo, pero su madre iba a montar una gran bronca.

–¿Voy a conocer a Hilary este fin de semana? –preguntó con curiosidad.

–La telefoneé después de hablar contigo y la he invitado a tomar el té esta tarde.

A Taye le gustó Hilary en cuanto la conoció. Era viuda y trabajaba de maestra. Era pequeña y un poco rellenita. El rostro de Alden Trafford se iluminaba ante su presencia; era obvio que aquella mujer lo era todo para él.

Taye se adaptó a la nueva situación porque estaba muy contenta de ver a su padre tan feliz. La vida no le había sonreído desde hacía mucho tiempo. Mientras vivió con ellos, Alden había trabajado en las altas finanzas, pero en un momento dado cambió de empresa porque se sentía estancado. No conocía la forma de funcionar de sus nuevos jefes y cuando empezó a hacer preguntas ante sus extraños procedimientos de contabilidad, fue expulsado. No pudo encontrar otro trabajo y, un año después, su mujer empezó a preferir la soledad de su dormitorio a su compañía. Y entonces, el padre de Alden murió y él se fue de casa.

Sí, ya era hora de que Alden Trafford disfrutara un poco de la felicidad.

Taye regresó a Londres el domingo a media tarde con varias preocupaciones en la cabeza. Se había llevado muy bien con Hilary

pero, de alguna forma, sentía que estaba traicionando a su madre. No obstante Hilary significaba mucho para su padre y quería conocerla mejor.

Su padre había decidido tener el detalle de informar a su madre en persona. Aunque no le debía nada, no le parecía bien que se enterara por medio de sus abogados.

Taye entró en el apartamento que compartía con Magnus Ashthorpe y lo vio hablando por su teléfono móvil.

–Iré la semana que viene –estaba diciendo él.

Taye se fue a su habitación para dejarle terminar la conversación en privado, aunque si hubiera querido intimidad podía haberse marchado a su cuarto. Cuando estaba entrando en su habitación Taye pudo escuchar:

–Déjamelo a mí, Elspeth, ya me encargo yo.

Entonces, ¿había terminado con Penny? Adiós, Penélope. ¡Hola, Elspeth!

Cuando pensó que ya le había dado suficiente tiempo, Taye salió de la habitación. Estaba segura de que su madre iba a ponerse muy desagradable cuando se enterara de lo del divorcio. Taye tenía suficientes problemas, así que decidió olvidar el enfrentamiento que había tenido con Magnus la mañana anterior. Cuando atravesó el salón le dijo:

–Voy a preparar té, ¿quieres una taza?

–Gracias –aceptó sin levantar la mirada del periódico.

«¡Servicio de camarera!», pensó. «No, no te pongas maniática», se dijo, y se fue a la cocina.

Entró en el salón con la tetera preparada y sirvió el té. Él dejó el periódico a un lado.

–¿Has tenido un buen fin de semana? –preguntó Taye tratando de tender un puente.

–Normal –contestó–. ¿Y tú?

–Estupendo –repuso tras pensar en que se había emocionado mucho con la noticia de la boda de su padre. Había sido un fin de semana espléndido.

–¡Hmmm! –gruñó Magnus con amargura, y a Taye le entraron ganas de olvidar sus buenas intenciones. ¡Aquel hombre era insufrible!–. ¿Y sabe nuestro querido Julian algo de nuestro querido Alden?

Aquello era un atrevimiento. ¿Acaso Penélope sabía algo de Elspeth? Aun así Taye sonrió.

–La verdad es que no se conocen –contestó tratando de ser afable–. Pero Julian fue muy amable, porque se ofreció a llevarme

en coche a casa de Alden.

–¡Cielos! No puedes parar de ligar …–dijo furioso. Taye se quedó desconcertada por su reacción, pero iba a ser ella esta vez la que lo dejara con la palabra en la boca.

–Por supuesto, no acepté su propuesta.

–¡O sea que has rechazado disfrutar de dos amantes al mismo tiempo!

Aquello ya era agresivo e insultante. Ahora sí que la había liado.

–Para tu información, ¡Alden Trafford es mi padre! –se levantó y se marchó a su cuarto con lágrimas en los ojos, aunque no sabía si eran de rabia o de dolor. No soportaba estar en la misma habitación que Magnus.

Él la siguió y le tocó el brazo derecho. Ella se paró y lo miró agresivamente.

–¡Oh, cielos! –murmuró Magnus dejando caer su mano.

–Si eso es una disculpa, no quiero escucharla –soltó Taye, que se sentía un poco mejor al poder contener las lágrimas–. ¡Eres un cerdo insufrible, insultante y diabólico! ¡Si no fuese porque me estás pagando el alquiler y porque nadie más está interesado en la casa, te daría una patada en el trasero en este preciso instante!

Él la miró y se echó a reír. Aquello era impresionante, ¡se estaba riendo! Taye estaba furiosa y lo seguía mirando con hostilidad, pero de repente empezó a ver el lado cómico de la situación. Ella no llegaba a medir un metro sesenta y era bastante delgada. Él medía más de metro ochenta y era fuerte y musculoso. La idea de que ella pudiera echarlo a patadas era en realidad ridícula.

–Bueno –murmuró Taye sin convicción. A pesar de que estaba enfadada con él, no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

–Anda, ven a terminarte el té –trató de persuadirla Magnus–. Cuéntame tu fin de semana.

Y la convenció. No habría vuelto a tomar el té con él ni muerta, pero allí estaba, de nuevo sentada en la silla de la que había salido disparada.

En realidad no quería contarle mucho del fin de semana con su padre. Su madre tendría que ser la primera informada de las intenciones de divorcio de Alden Trafford.

–Te lo has pasado muy bien, ¿no? ¿Qué habéis hecho?

–Nada especial. He estado muy a gusto con mi padre, relajándome.

–¿Dónde viven tus padres?

Taye era una persona bastante reservada, pero aun así pensó que no pasaba nada por que le contara algo sobre su familia.

–Mi madre vive a las afueras de Hertfordshire y mi padre, en Warwickshire.

–¿Tus padres están divorciados?

–Separados –el divorcio no había llegado todavía.

–¿No se ven nunca? –dijo él justo cuando Taye le iba a preguntar acerca de su familia para evitar que la conversación se convirtiera en un interrogatorio.

–Algo así –contestó antes de sorprenderse a sí misma confesándose–. Pero creo que mi padre quiere ponerse en contacto con mi madre próximamente.

–¿Quiere reconciliarse?

Nada más lejos de la realidad. Sus padres habían estado muy unidos, pero ahora caminaban en direcciones opuestas y estaban bien así. Taye negó con la cabeza.

–¿Qué hay de tus padres? –le preguntó ella.

–¿Qué hay de qué? –contestó Magnus bruscamente. El buen humor había desaparecido. Taye estaba empezando a cansarse de aquel tipo tan variable. Pero era tenaz y tenía sentido de la justicia; si ella había hablado sobre sus padres, él también tendría que hacerlo.

–¿Están todavía casados? Si es que han estado casados, claro –insinuó Taye suavemente.

–Mi padre murió en un accidente cuando yo tenía quince años –contestó con un brillo extraño en la mirada.

–Lo siento –contestó ella instintivamente–. ¿Tienes hermanos o hermanas? –preguntó amablemente, pero por la expresión severa del rostro de Magnus dudó de si era una pregunta adecuada.

–¡Eso no es asunto tuyo! –exclamó cortante. Taye se levantó dispuesta a marcharse.

–Yo he hecho el té, no estaría de más que tú recogieras las tazas –dijo antes de salir dignamente del salón. No era la mejor contestación, pero fue la única que se le ocurrió.

Afortunadamente, apenas se vieron al día siguiente. El martes se deshizo de él con facilidad, pero parecía que julio, agosto y septiembre iban a ser unos meses muy largos.

El miércoles trabajó hasta tarde y cuando llegó a casa se encontró con Magnus, quien cordialmente le ofreció una taza de té. Parecía que quería iniciar una tregua.

–¿Has tenido un buen día en el trabajo?

–No ha estado mal –contestó Taye sentándose en una silla de la

cocina. Él hizo lo mismo. Taye no confiaba en él, porque era como una veleta.

–¿Dónde trabajas?

–En Comestibles Julian Coombs –respondió escuetamente. Después de una semana viviendo bajo el mismo techo, quería iniciar una amistad. Pues ya podía darse prisa.

–¿Allí conociste a Julian?

–Sí –contestó con cautela, otra vez con la extraña sensación de estar siendo examinada. Magnus tenía la habilidad de saber interrogarla, pero cuando ella le devolvía las preguntas, él se enfadaba.

–¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él?

–Lo suficiente –repuso Taye alerta, porque la tormenta podía estallar en cualquier momento.

–¿Qué trabajo haces en Comestibles Julian Coombs?

Taye no sabía si realmente estaba interesado o no pero le concedió el beneficio de la duda.

–Trabajo para el director financiero.

–¿Eres contable?

Ella asintió con la cabeza.

–No he estudiado la carrera, pero parece que tengo una cabeza buena para los números –contestó con modestia. Sabía que en la empresa la valoraban mucho–. He heredado la habilidad de mi padre para los números.

–¿Tu padre es matemático?

–Antes solía trabajar en las altas finanzas, pero ahora trabaja en una granja. Aunque también a veces ayuda con la contabilidad. Justo este fin de semana pasado me dijo que tenía que echar un vistazo a las cuentas de su empleado. Parece que ahora está haciendo más papeleo que otra cosa.

–¿Y le gusta?

–Oh, sí –contestó pensando en el fin de semana anterior, cuando no había visto tan bien a su padre desde hacía tiempo–. Bueno, me tengo que dar prisa. Julian me recoge en media hora –dijo esperando que Magnus hiciera algún comentario malicioso acerca de su «amante». Estaba preparada, pero justo cuando parecía que iba a soltar una de las suyas, dijo:

–Yo recojo las tazas y los platos, ¿vale?

Taye se marchó conteniendo una carcajada. Cuando llegó a su habitación se dio cuenta de que todavía estaba sonriendo. ¿Qué tenía aquel hombre? Nunca había conocido a nadie como él. Tan pronto la enfadaba y le hacía llorar, como la hacía reír. Como no

encontraba ninguna explicación decidió dejar el tema y arreglarse para a ir a cenar con Julian a una pizzería nueva.

Taye terminó su semana de trabajo y consideró la posibilidad de ir a Pemberton a visitar a su madre y a su hermano. El problema era que su padre también pensaba ir a Pemberton aquel fin de semana y la presencia de Taye no lo iba a ayudar mucho. Sabía que iba a ser una situación incómoda y que, con lo sensible que era su padre, seguro que prefería que ella no fuera testigo de la escena.

Iba a tener que esperar a hacer la visita el siguiente fin de semana, aunque no iba a ser muy agradable. Quizá su madre se tranquilizase un poco en los días que separaban la visita de su padre y la suya.

Magnus fue el primero en llegar a casa. Era un día nublado del mes de junio. Taye supuso que la falta de luz en su estudio debía de haberlo desanimado. Los artistas siempre necesitaban mucha luz, ¿no?

Él se estaba dando una ducha. Taye preparó té para dos. Estaba colocando la compra cuando un teléfono sonó. No era su teléfono, sino el de Magnus, que estaba sobre la encimera. Taye se acercó y pudo leer el nombre de «Elspeth» en la pantalla. Tenía tres opciones: una: acercarle el teléfono al baño. No gracias. Dos: ignorarlo. Tres: contestar. ¡Seguro que a Magnus le encantaría que tuviera una agradable conversación con su novia!

Taye eligió la opción dos y fue a cambiarse de ropa. Se quitó el quimono de raso, regalo de Navidad de su padre, y sacó del armario los pantalones y el top que había planeado ponerse para salir aquella noche con Julian. Cuando se estaba recogiendo el pelo para que no se le mojara en la ducha, escuchó abrirse la puerta del baño.

Se cruzó con Magnus, que llevaba puesto su albornoz. Su pelo negro estaba mojado y Taye reparó en que tenía unas piernas bonitas. Se sintió tan tonta por haberlo pensado que no reaccionó ni para darle las buenas tardes. Magnus tampoco decía nada; parecía embelesado mirando su pelo rubio platino recogido.

Cuando sus ojos se encontraron, Taye detectó cierta diversión en su mirada y, como no quería que se riera de ella le soltó:

–Elspeth ha llamado –era el comentario equivocado. El rostro de Magnus se ensombreció.

–¿Has hablado con ella? ¡Has contestado mi teléfono! –gritó–. Tú…

–¿Cómo iba a hacer eso? –lo interrumpió exaltada. Ella también

tenía un buen pronto–. ¡Se iluminó la pantalla y sé leer! –exclamó antes de meterse en el baño.

«¡Qué hombre! ¡Parece un monstruo! Menos mal que tengo tres meses para buscar a un compañero de piso con el que congenie mejor. No lo aguanto más», pensó Taye.

Ya en la ducha se imaginó el momento en el que Magnus dejara el apartamento. Estaba deseando decirle adiós. Iba a ser un placer, una alegría. ¡Se moría de ganas de decirle adiós y dar un portazo al verlo marchar!

Capítulo 3

Era lunes por la mañana y Taye iba de camino a la oficina. El final de aquel trimestre parecía estar a años luz. Como siempre en la oficina estaban muy ocupados, lo que significaba que Taye trabajaba hasta tarde. A ella no le molestaba, no tenía ninguna prisa por llegar a casa. Había decidido abandonar sus intentos por hacerse amiga de Magnus Ashthorpe. No tenía sentido, siempre acababan chillándose el uno al otro. Le empezaba a recordar al mal ambiente de su casa de Pemberton. ¡Por eso su padre se había ido!

De repente se sintió de buen humor. Aliviada pensó que ni estaba casada con aquel hombre desdichado ni quería estarlo. ¡Ni loca lo escogería para compartir el resto de sus días!

Cuando regresó a casa, tomó aire antes de introducir la llave en la cerradura. Al entrar en el salón se llevó la sorpresa de su vida, ya que su hermano estaba allí sentado comiendo sándwiches y tomándose un café. Frente a él estaba Magnus, completamente relajado.

–¡Hadleigh! –exclamó–. ¿Qué haces aquí?

–Magnus me ha abierto. Como el tiempo pasaba y no sabíamos cuándo ibas a regresar, me ha preparado unos sándwiches –contestó Hadleigh. Taye estaba sorprendida.

–Tú… Gracias, Magnus –murmuró mirando boquiabierta a su odioso compañero de piso.

Sus pensamientos se movían en todas direcciones. ¿Qué hacía Hadleigh allí? ¿De qué habían estado hablando él y Magnus?

Miró detenidamente a su hermano y, por la tensión que había en su mirada, supo que algo malo había ocurrido. ¿Lo habría notado Magnus también? ¿Lo estaría intentando ayudar? Aquél no era el Magnus que ella conocía, aunque se parecía al que la había tratado tan cuidadosamente después de hacerle llorar. ¿Y si fuera más sensible de lo que aparentaba?

En cualquier caso no era el momento para hacerse esas preguntas, era el momento de que su hermano le confesara su problema.

–¿Sabe mamá que estás aquí? –preguntó, manteniendo la calma. Sabía que si Hadleigh tenía un problema, su madre tendría algo que ver.

–No –contestó él tajantemente. Taye estaba deseando que Magnus se esfumara para poder tener una conversación a solas con su hermano. Pero qué va, él ni se inmutó.

–Me voy a preparar un té y después podremos charlar un rato –lanzó como indirecta a Magnus.

Pero él continuó allí sentado mientras ella se iba a la cocina, cuando lo que en realidad quería hacer era hablar con su hermano. Para su sorpresa, Magnus la siguió a la cocina.

–Yo prepararé el té –se ofreció. A ella la pilló tan de sorpresa que hasta se olvidó de Hadleigh.

–¿De veras?

–En el salón hay un chico muy agobiado que necesita a su hermana mayor para recuperarse un poco.

–¿Te ha contado algo? –preguntó, todavía impresionada por el lado sensible e intuitivo de Magnus, que había permanecido hasta entonces oculto.

–No me ha contado ningún secreto inconfesable, si es a eso a lo que te refieres –contestó en un tono sarcástico más propio del hombre al que ella conocía–. Ha mencionado que tu padre fue a verlos ayer, como tú me comentaste. ¿Crees que la visita tiene algo que ver con lo que le pasa?

–Supongo que con todo un poco –repuso después de un suspiro–. Mi padre me dijo el sábado pasado que se quería divorciar de mi madre. Si ayer fue a visitarla, la habrá puesto al corriente de sus intenciones.

–¿Te molesta que tus padres se divorcien? –preguntó tras observarla durante un momento.

–Me preocupa más mi hermano –contestó antes de regresar al salón. No estaba segura de cuánto tiempo les iba a dejar Magnus para poder tener una conversación privada.

–¿Cómo está mamá? –preguntó para romper el hielo.

–No voy a volver –contestó testarudo–. Seguro que su madre había tenido una reacción violenta tras la visita de Alden Trafford y Hadleigh se había llevado la peor parte–. Papá vino ayer. Quiere el divorcio y mamá ha puesto el grito en el cielo.

Hadleigh solía ser mucho más respetuoso cuando hablaba de su madre, por lo que Taye dedujo que esa vez su madre debía de haber superado el límite.

–¿Te molesta que papá se divorcie? –preguntó Taye dulcemente.

–¡Debería haberse divorciado hace años! No voy a volver. De ninguna manera.

–No tienes que volver –al menos no aquella misma noche–.

Puedes dormir en el sofá.

–¿Sabías lo del divorcio?

–Fui a visitar a papá el fin de semana pasado.

–Tiene una novia. ¡Mamá se volvió loca! Yo no se lo habría dicho, pero ya sabes cómo es papá, la verdad ante todo.

–Será mejor que la llame y que le diga que estás aquí.

–¿Crees que está preocupada por mí? –preguntó Hadleigh irónicamente. Taye estaba impresionada de lo enfadado que estaba su dulce y tímido hermano–. Se deleitó en informarme de que me podía ir olvidando de la universidad. Lo va a cancelar todo para que pueda trabajar a jornada completa desde ya mismo.

Ahora comprendía el cambio en su hermano. No podía creerlo y empezó a enfadarse. Su madre se había empeñado en que ella no fuera a la universidad y la había hecho perder su oportunidad. Taye no iba a consentir que hiciera lo mismo con Hadleigh.

–No iría en serio –dijo tratando de calmarlo, no era el momento de agobiarlo más–. Estaba enfadada y…

–Iba en serio.

–Voy a llamar… –Taye quería llamar a su jefe para pedirle el día siguiente libre y así poder acompañar a Hadleigh.

–No voy a volver –la interrumpió cabezota, pero enseguida cambió de tema–. Me gusta Magnus. ¿Estáis juntos?

–No, claro que no. Sólo pagamos el alquiler a medias

Dado que Magnus pagaba la mitad de la renta, tenía que consultarle el que su hermano se quedara a dormir allí. Esperaba que no pusiera ninguna objeción, porque el día ya había sido lo suficientemente duro para Hadleigh.

Magnus estaba todavía en la cocina.

–¿Has averiguado ya el problema? –preguntó Magnus. Ella asintió con la cabeza pero no dio más explicaciones, a pesar de que se había dado cuenta de que él se había quedado en la cocina a propósito para dejarles hablar.

–La cuestión ahora es que Pemberton, el pueblo donde vive Hadleigh, está muy mal comunicado, sobre todo los fines de semana y de noche. ¿Te importa que duerma esta noche en el sofá?

–Es un chico alto.

–El sofá es casi de cuatro plazas.

–¿Habéis acabado de hablar?

–Por el momento, sí.

–¿Cuántos años tiene?

–Acaba de cumplir los dieciocho –contestó intrigada.

–Entonces no estaremos incumpliendo ninguna norma si me lo

llevo a tomar una caña, ¿qué te parece? Este chico está tan tenso que se va a romper en cualquier momento.

Taye estaba noqueada. Miró con asombro a Magnus, que parecía más alto y fuerte. ¿Qué podría venirle mejor a Hadleigh para relajarse que salir a tomar algo?

–Oh, Magnus... –repuso emocionada. Pero enseguida recordó que aquel hombre tenía muchos cambios de humor–. ¿No te dará uno de tus prontos con él?

–Te prometo que no. Reservaré mis arrebatos sólo para ti.

A Hadleigh, quien ya había ido a tomar una cerveza o dos después del trabajo algún día, le encantó la idea de salir a tomar algo con Magnus. Taye esperó a que se marcharan para telefonear a su madre, pero Greta Trafford no estaba en casa. Tampoco estaba buscando a Hadleigh, eso era seguro. Cuando saltó el contestador automático, Taye dejó un mensaje diciendo que Hadleigh estaba con ella. Estuvo a punto de decir que iba a acompañarlo al día siguiente a casa, pero al final se contuvo. Después transformó el sofá en cama para su hermano.

Aquella noche Taye no pudo conciliar el sueño. Tenía la cabeza llena de pensamientos. Le costaba creer que su madre pudiera llegar a ser tan mala. No se podía explicar cómo había llegado a ese punto, especialmente cuando Hadleigh siempre había destacado en el colegio, tenía una inteligencia superior a la media y su expediente académico era excepcional.

Sabía que cuanto más lo pensara más se iba a enfadar y más le iba a costar dormirse, así que decidió desviar sus pensamientos en otra dirección. Estaba impresionada con Magnus, su bruto compañero de piso. ¡Aquella tarde su actitud había sido impecable! ¡Hasta le había preparado sándwiches a Hadleigh!

Los chicos habían vuelto a casa pronto y Hadleigh parecía estar mucho más tranquilo. Taye había pensado que su hermano necesitaba dormir más que escuchar su sermón acerca de que debía regresar a Pemberton al día siguiente, así que le había dejado descansar. Ella lo iba a acompañar, por supuesto. Su madre podía ser bastante despiadada cuando se lo proponía y Hadleigh no estaba preparado para manejarla. Tampoco Taye sabía si ella misma estaba preparada.

Quizá necesitara pedir más de un día libre en la oficina. Lo que tenía claro era que no se iba a ir de Pemberton hasta que todo estuviera resuelto en beneficio de su hermano. Lo primero que haría

a la mañana siguiente sería llamar a Comestibles Julian Coombs para decir que no podría ir a trabajar.

De repente recordó que tenía que pagar el alquiler aquella misma semana. Había planeado ir a la agencia inmobiliaria al día siguiente, a la hora de comer. Había ensayado lo que les diría: que era la renta trimestral de Paula Neale correspondiente a su dirección. Y después se retiraría rápidamente sin dar tiempo a que nadie le hiciera preguntas.

También contempló la posibilidad de entregar el cheque y decir que Paula Neale estaba fuera o indispuesta y que le había pedido que llevara el cheque en su lugar. Pero se quedó dormida pensando que no era buena idea, podía levantar sospechas. Lo importante era pagar la renta y que todo fuera bien.

Logró dormir unas horas y se despertó muy temprano. Se puso el suave quimono sobre el pijama y caminó sin hacer ruido hasta la puerta del salón. Hadleigh estaba profundamente dormido. Taye se dirigió a la cocina.

Preparó té y, mientras estaba sentada pensativa bebiendo su taza, Magnus entró en bata en la cocina.

–¿No podías dormir? –preguntó él. Ella podría haberle hecho la misma pregunta porque, aunque él también era madrugador, aquella mañana los dos estaban en pie demasiado temprano.

–Tengo que resolver muchas cosas hoy. Hay té hecho.

–Hoy no vas a trabajar –afirmó él, dándolo por hecho. Se sirvió una taza de té y se sentó.

–Llamaré luego y pediré dos días de mis vacaciones. Gracias por atender a mi hermano cuando llegó ayer. Estaba en un mal momento y fuiste muy amable con él.

–Yo suelo ser bastante amable –repuso con cara de póquer. Taye se rió. Ambos sabían que la actitud de Magnus, hasta la llegada de Hadleigh, había sido bastante más insoportable que amable–. ¿Qué es eso tan importante que tienes que resolver para pedir dos días libres?

–¿No te lo contó Hadleigh?

–No me hizo falta ni preguntarlo. Cuando empezó a abrirse vi que tenía dos opciones. Podía frenarlo y dejar que lo que le preocupaba siguiera torturándolo o podía escuchar lo que lo estaba atormentando y necesitaba soltar.

–¿Qué te contó?

–Fundamentalmente, que tú tuviste una gran pelea con tu madre cuando ella echó por tierra tu deseo de ir a la universidad y que ahora pretendía hacer lo mismo con él. Lo que me parece una pena

–contestó tras encogerse de hombros–, porque en cuanto nos pusimos a hablar de otros temas me di cuenta de que es extremadamente inteligente.

–Sí que lo es –dijo Taye de todo corazón–. Dependiendo de sus resultados en agosto, que se espera que sean excepcionales, tendrá asegurada una plaza en la universidad de Oxford.

–Pero tu madre dice que no irá –repuso Magnus después de un silencio.

–¡Claro que va a ir! –exclamó con los ojos encendidos. Cuando se quiso dar cuenta, estaba dándole más explicaciones–. Antes de que mi padre fuera despedido de su empleo por intentar aclarar unas cuentas turbias, nunca habíamos tenido problemas de dinero. Mi madre… –Taye trató de encontrar alguna excusa que la disculpara–. Mi madre siempre ha estado acostumbrada a tener dinero. Mi padre, cuando se separaron, le cedió una considerable suma que había heredado de mi abuelo, pero ella… –¿qué podía decir para disculparla?–. Ella tiene problemas para administrarse.

–¿En qué trabaja tu madre? –preguntó Magnus, que empezaba a comprender la situación.

–¿Trabajar? –lo miró como si estuviera loco. ¿Trabajar su madre?

–¿Qué ha estudiado?

–Nada –siempre había preferido permanecer ociosa–. De todas maneras acompañaré hoy a Hadleigh a casa para tantear cómo están las cosas.

–¿Y eso te va a llevar dos días? ¿Piensas que vas a tener complicaciones? –preguntó Magnus mientras la miraba. Sus ojos grises desprendían una luz cálida. Pero, ¿qué demonios le importaba a él todo aquello?

–Quizá vuelva esta noche. De todas formas, éste es sólo uno de mis problemas –dijo, tratando de desviar la conversación hacia un tema menos personal. Pero se dio cuenta de que tenía que intentar contenerse para no hablar del otro tema del que quería mantenerlo al margen.

–¿Qué otros problemas tienes?

«Demasiado tarde», pensó Taye. Se revolvió en la silla y buscó algo para decirle, pero no le vino nada a la cabeza.

–Tengo que pagar la renta trimestral esta semana –iba a explicarle que quería pagar ese mismo día, pero que no iba a estar en Londres. Pero no tuvo la oportunidad porque él la interrumpió.

–¡No tienes el dinero! –la acusó con la mirada encendida–. ¡Te has gastado el dinero que te di para el alquiler!

–¡No me lo he gastado! –exclamó acalorada. Tenía ganas de pegarlo–. Tengo ya el cheque preparado. ¿Cómo te atreves a acusarme de despilfarrar ese dinero? –estaba fuera de sí, demasiado furiosa para reparar en lo que estaba diciendo–. Para tu información, pensaba acercarme hoy a la hora de comer a Wally, Warner y Quayle a entregar el cheque de parte de Paula Neale –al darse cuenta de lo que acababa de decir, Taye se calló. Magnus la fulminó con la mirada.

–¿Paula Neale? –se quedó en silencio, pensativo. Taye estaba en un agujero que ella misma había cavado y no tenía ni idea de cómo escapar–. ¿Quién demonios es?

–No te interesa –replicó Taye insolentemente.

–¡Cómo que no me interesa!

–¡Me has alterado! –exclamó,. No sabía qué explicación darle.

–Venga, dímelo –insistió él seriamente.

–Te enfadarás si te lo cuento.

–Se me está acabando la paciencia –advirtió Magnus con frialdad.

Taye estaba que echaba chispas, pero lo cierto era que Hadleigh se podía levantar en cualquier momento. No quería que apareciera en medio de una pelea.

–Puedes denunciarme si quieres.

–¿A quién? ¿A Wally, Warner y Quayle? –lo cierto era que Magnus pillaba las cosas rápidamente–. Pero, ¿qué has hecho?

–Si piensas que debes saberlo, te lo diré –expuso agresivamente–. El contrato de alquiler no está en realidad a mi nombre. Pero Paula me dijo que no había problema en... en subarrendar.

La cara de Magnus estaba cada vez más ensombrecida. Con los brazos en jarras, tenía un aspecto amenazante, parecía como si la fuera a pegar.

–¿Paula? –gruñó.

Taye se repitió que no le tenía miedo y decidió contarle la verdad.

–Paula Neale es la verdadera titular del contrato. Antes yo le pagaba mi parte a ella. Pero ahora no encuentro el contrato, Paula se lo ha debido de llevar –Taye se quedó sin habla. Magnus había pasado de parecer un malvado criminal a estar estupefacto. Reunió fuerzas para seguir–. Paula encontró un trabajo fuera de Londres y se ha marchado.

–¿Se ha marchado? –repitió él suavemente.

–Sí –contestó. Taye se estaba volviendo a enfadar; se suponía

que hablar aliviaba, pero ella estaba harta de tanta confesión y de que él la interrumpiera constantemente–. Ella…

–¿Cuándo se ha marchado?

–Hace un mes, antes de que pusiera el anuncio –repuso tras mirarlo con exasperación–. Me encantaba vivir en esta casa, pero yo sola no podía pagarla. Yo también estaba subarrendada –Taye se ruborizó, no quería seguir confesándose–. Me encanta esta casa, pero quizás a los dueños no les gustaría saber que Paula me subarrendó una habitación y ahora… yo te he subarrendado a ti otra.

–¿Quieres decir que igual mi presencia aquí va en contra de los términos del contrato?

–Quizás. Estoy casi segura de que no pasa nada, pero tengo la pequeña duda de si los agentes inmobiliarios serán puntillosos o no…

En aquel preciso instante Hadleigh apareció en la cocina. Gracias a Dios Magnus no montó ninguna escena. Por el contrario, le preguntó:

–¿Has dormido bien?

–Como un tronco –se giró hacia su hermana–. Supongo que será mejor que vuelva a casa.

–Si quieres te acompaño –contestó Taye suavemente. Miró a Magnus, pero la expresión de su cara era inescrutable.

–¿Me vas a acompañar? –dijo encantado.

–Hazte un té mientras yo me doy una ducha –se volvió hacia Magnus–. A no ser que te quieras duchar tú antes...

–Lo haré después de ti –contestó mientras caminaba con ella por el pasillo. Llegaron a la altura de la habitación–. Para hacer las cosas más sencillas, yo puedo llevar el cheque a la agencia.

–¿Podrías hacerlo? –preguntó abriendo más sus bellos ojos azules.

–Me has dicho que es el alquiler de Paula Neale, ¿no es así?

–No dirás nada de… ¿verdad?

–A mí también me gusta vivir aquí –contestó con una sonrisa arrebatadora en los labios.

Taye se alegró y aquella sonrisa la acompañó en el camino a la ducha. De alguna manera confiaba en él, aunque no podía explicar por qué. Algunas veces llegaba a ser realmente desagradable, pero un hombre con tal sonrisa sería incapaz de asestar una puñalada por la espalda.

Una vez con Hadleigh en Pemberton, Taye empezó a dudar en si había hecho bien confiando en Magnus Ashthorpe, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Había sido un descuido nombrar a Paula, aunque también era un alivio, ya que no tendría que mantenerlo en secreto por más tiempo.

Antes de marchar Taye le había entregado el cheque a Magnus.

–No irás a…

–No lo haré –le había asegurado Magnus antes de darle la mano a su hermano y de despedirlos.

Taye había llamado a su trabajo desde la estación de tren, porque antes no habría encontrado a nadie en la oficina. Se disculpó por haber avisado con tan poca antelación y explicó que tenía que resolver algunos asuntos familiares. Su jefe le había ofrecido su ayuda, lo que era propio de un hombre tan amable; aunque tenían mucho trabajo Victor Richards siempre estaba dispuesto a echar una mano.

–No, gracias. Volveré tan pronto como me sea posible –le contestó. No hacía falta que le dijera que recuperaría las horas de trabajo porque él ya la conocía.

Hadleigh y Taye entraron en la imponente casa de su madre. Con sólo una mirada a la avinagrada expresión de la cara de su madre, Taye supo que le harían falta al menos tres días para rasgar la coraza que llevaba puesta.

–Hola, mamá –saludó Taye mientras Hadleigh se escabullía hacia su habitación.

–Qué amable por tu parte el honrarnos con tu presencia –repuso Greta Trafford a modo de bienvenida.

–Ya sabes por qué he venido.

–Te podías haber ahorrado el viaje.

–Hadleigh va a ir a Oxford.

–Y yo voy a ir a la Luna. Aunque antes voy a salir de compras con Larissa. Ponte cómoda, estás como en tu casa –contestó al ver que un coche la esperaba en la puerta. Tomó su bolso y salió a saludar a su amiga.

Taye estaba decidida. Probablemente su madre pensara que no se la iba a encontrar cuando regresara a casa. Pero, ¡allí iba a esperarla!

Sin embargo, hasta la mañana siguiente Taye no tuvo oportunidad de sentarse un rato con su madre para charlar. Tuvo tiempo para reafirmarse en su decisión de vivir en Londres. Aquella casa, a pesar de su decoración elegante y de sus alfombras suntuosas, era fría y lóbrega porque carecía de calor humano. La

noche fue interminable y dudó de si podría aguantar dos noches más en aquel lugar.

–Tenemos que hablar sobre Oxford –lanzó Taye en el desayuno. Estaban las dos solas, la asistenta estaba ocupada en la planta de arriba y no había nada que pudiera despistar a su madre.

–Oxford, esa bonita ciudad con sus torres de ensueño… –contestó haciéndose la despistada.

–Esa misma –replicó Taye tratando de mantener la calma–. A Hadleigh le han concedido una plaza.

–Es una pena que no vaya a aceptarla. No obstante, seguro que algún otro chico cuya madre esté forrada de dinero podrá disfrutar de esa plaza.

–No has hecho nada, ¿verdad? ¿No habrás escrito rechazándola? –interrogó Taye acalorada.

–Todavía no –repuso con sarcasmo, dejando claro que era sólo una cuestión de tiempo.

–¡Tiene que ir! –exclamó Taye con fuerza.

–Ya que te veo tan decidida, te sugiero que lo pagues tú –dijo Greta Trafford encogiéndose de hombros.

–¿Yo? –preguntó sobresaltada.

–No llegará muy lejos con su beca. ¡Y yo no le voy a dar ni un penique!

–Pero…

–Ya tiene edad de trabajar y de pagar su manutención.

–¡Trabaja los fines de semana! ¡Hadleigh es muy inteligente! Tiene un futuro prometedor. Él… –en ese momento su madre bostezó y Taye supo que nada de lo que le dijera le haría cambiar de opinión. Pero Hadleigh iba a tener su oportunidad. La iba a tener–. Yo pagaré. No hagas nada, tan sólo déjalo todo tal y como está –añadió con firmeza.

–¿Tú vas a pagar?

–Es lo que me has propuesto, ¿no?

–¡No pensaba que tuvieras tanto dinero! –exclamó Greta Trafford, quien de repente mostró interés en la conversación.

–No tengo dinero, pero pediré un crédito al banco. Tan sólo te pido que no le digas nada a Hadleigh.

–¿Crees que es tan orgulloso como para no aceptar tu dinero?

«Ese orgullo Hadleigh lo ha heredado de papá, no de ti», pensó Taye, pero sabía que era mejor no hacer ese ácido comentario en voz alta. No porque pudiera herir la sensibilidad de su madre, que tenía poca, sino porque no quería desatar su maldad ya que afectaría a Hadleigh.

–¿Puedes prometerme que, ya que no te va a costar nada, Hadleigh puede ir a la universidad?

–Supongo que eres consciente de que voy a tener menos ingresos… –contestó tras un silencio. Era una indirecta para que Taye supiera que también tendría que ayudarla a ella.

Hadleigh acompañó a Taye a la estación de tren. Él estaba muy alegre, no cabía en sí de entusiasmo porque su madre, antes de salir, le había dicho magnánimamente que había cambiado de opinión.

–No sé qué es lo que le has dicho a mamá, pero te doy mil gracias, Taye.

–Cuando estés en Oxford tendrás que estudiar, pero también tendrás que divertirte –contestó Taye, porque había oído que había estudiantes que sufrían crisis de tanto trabajar.

–Daré lo mejor de mí mismo –dijo sonriente. Taye se alegró de ver como su confianza crecía por momentos.

Cuando estaba en el tren de regreso a Londres, Taye se preguntó si no se habría precipitado un poco al afirmar que ella financiaría los estudios de su hermano. Estaba segura de que Hadleigh tenía que tener su oportunidad, pero económicamente no tenía muchos más ingresos que gastos. ¿Conseguiría que el banco le concediera el crédito? Tenía que hacer números y calcular cuánto podía ahorrar. Todo dependía de que el director de su oficina bancaria tuviera un día generoso.

Por otro lado, estaba contenta por alejarse de aquella casa de Pemberton. El ambiente allí estaba demasiado enrarecido. Pensó en el apartamento que ahora compartía con Magnus Ashthorpe, quien había estado rondando por su cabeza bastante esos dos días. Se dio cuenta de que estaba deseando volver, porque le encantaba su apartamento. En realidad, no tenía nada que ver con Magnus.

Capítulo 4

No habÍa nadie cuando Taye llegó a casa. Supuso que Magnus estaría fuera en alguna de sus escapadas, pero llegó al poco rato y parecía que le duraba el buen humor. Taye se alegró; era un alivio verlo así, no quería tener que enfrentarse a su lado agresivo.

–¿Está todo resuelto? –preguntó él.

–Sí, gracias –contestó. Taye pensó que con aquella cara amable, su compañero de piso le podría llegar a gustar–. ¿Estás muy ocupado? –le preguntó mientras Magnus se ponía cómodo en el sillón. Llevaba puesto un traje elegante y estaba muy atractivo.

–Tengo algo de trabajo –repuso suavemente.

–¿Has estado pintando hoy?

–Claro. Tengo que pagar mi parte del alquiler.

–No creo que hayas estado pintando con ese traje –dijo Taye en tono desafiante. Sin duda era un traje de lana pura. Era un traje caro.

–He ido a visitar a un posible cliente –dijo con una sonrisa cálida en los labios–. ¿Pensabas que los artistas sólo llevamos pantalones manchados de pintura y jerseys viejos?

–¿Dejas tu ropa de trabajo en el estudio?

–Creo que no te agradaría mucho el olor –contestó. Taye se rió.

–¿Te va bien?

–Me las apaño –repuso.

Taye pensó que, a pesar de su traje caro, Magnus debía de pasar tantos apuros económicos como ella.

Cuando estaba a punto de decir algo sonó el teléfono, y como era la que estaba más cerca lo descolgó. Era Julian.

–He pasado por tu mesa de trabajo y no te he visto. El señor Richards me ha informado de que te habías tomado un par de días libres –dijo Julian en un tono de interrogatorio, como si le tuviera que haber informado a él con anterioridad.

Taye no estaba segura de que le gustara esa actitud posesiva, y si Magnus no hubiera estado presente y atento a cada una de sus palabras, le habría hecho a Julian algún comentario al respecto.

–Acabo de regresar de visitar a mi madre.

–¿Sales conmigo esta noche? Podríamos…

–Tengo que hacer varias cosas esta noche –se inventó. Julian

parecía creer que ella era su novia y Taye no estaba muy segura de querer serlo.

–¿Mañana entonces? –insistió Julian. Para Taye empezaba a ser una conversación embarazosa.

–Estoy libre el viernes por la noche si…

–Te recogeré. ¿A las siete y media? –preguntó tras interrumpirla.

Taye colgó el teléfono cuando terminaron de hablar. Se dio cuenta de que estaba de nuevo enfadada con su compañero de piso. ¡Podría haber desaparecido! Si la llamada hubiera sido para él, si hubiera sido Elspeth, Taye lo habría dejado solo para que pudiera hablar en privado.

Lo miró, pero Magnus parecía no apreciar la expresión de enfado del rostro de Taye. Por el contrario, preguntó:

–¿Era Julian?

Taye asintió y decidió ir a darse una ducha. Mientras estaba bajo el agua se relajó y se dio cuenta de que se había enfadado por nada. Si hubiera sido Paula la que hubiese estado sentada en el sofá, Taye no habría esperado que ella se levantara y desapareciera.

A pesar de que se sentía un poco avergonzada, regresó al salón. Magnus estaba leyendo el periódico.

–Siento haber sido un poco desagradable antes –se disculpó. Magnus bajó poco a poco el periódico y la miró. Ella se sintió un poco tonta–. ¿Quieres un té? –preguntó apresuradamente.

–Te disculpas tan bien... –contestó él. El buen humor se reflejaba en su mirada.

–Es la primera vez que convivo con un hombre –explicó vergonzosa–. Me refiero a compartir piso. Creo que necesito un pequeño periodo de adaptación.

–Los dos lo necesitamos. Para compensar, ¿por qué no, mientras yo estoy aquí leyendo el periódico, me traes una taza de té?

Taye lo miró indecisa. No iba a tolerar que la tratara como a un felpudo. Pero de repente le vino a la cabeza lo sorprendentemente bien que Magnus había tratado a su hermano cuando había llegado destrozado y agobiado. Le había preparado algo de comer. Lo mínimo que podía hacer por él era servirle un té mientras hojeaba el periódico.

–¿Quieres comer algo? –le preguntó como si fuera una camarera. Él negó con la cabeza mientras sonreía.

Taye se marchó a la cocina sin poder dar crédito a que se estuvieran entendiendo tan bien. No podía creerse los cambios que estaba experimentando aquel hombre rudo y taciturno con el que había estado conviviendo antes de la llegada de Hadleigh. Quizás él

tampoco hubiese compartido piso antes con alguien del sexo opuesto y, como había admitido, necesitase también un periodo de adaptación. Pero era extraño, porque le había parecido que Magnus era un hombre sofisticado al que no era fácil desconcertar. No obstante, había detectado en él una sensibilidad insospechada.

Taye entró en el salón con la bandeja entre las manos. Magnus dejó el periódico a un lado y aceptó la taza de té que ella le había servido. Ella pensó que quizás, en aquel momento que él ya conocía las condiciones del alquiler, pudiesen tener una relación más honesta y abierta.

–¿Fue… fue todo bien cuando fuiste a pagar el alquiler a la inmobiliaria? –preguntó Taye en un intento de acabar con la guerra fría que había mantenido con su compañero de piso hasta el momento. Había sacado un tema del que nunca hasta entonces se había atrevido a hablar.

–Pensaba que nunca me lo ibas a preguntar –respondió Magnus afablemente–. No hubo ninguna complicación.

–¿No les extrañó la firma del cheque?

–Aunque les hubiera extrañado, podrían pensar que alguien está pagando a la señorita Neale alguna deuda –Magnus hizo una pausa–. Es señorita Neale, ¿no?

–Oh, sí. Paula no está casada –contestó Taye. Ya estaba más relajada con Magnus, aquello empezaba a ser una convivencia–. Estuvo con alguien, pero... –en aquel instante se calló. No tenía por qué andar cotilleando sobre su anterior compañera de piso.

–¿Pero? –preguntó Magnus intentando ser amable. Taye se dio cuenta de que él también estaba tratando de hacer su relación más amistosa de lo que había sido hasta entonces.

–Bien, no creo que a Paula le importe que te cuente esto. Estuvo saliendo con alguien durante un tiempo hasta que empezaron a distanciarse.

–Quieres decir que se separaron –dijo en un tono exigente. Pero rectificó a tiempo con una sonrisa de reproche hacia sí mismo y no cayó en su antigua inercia–. ¿Hace cuánto tiempo que ocurrió eso? –preguntó suavemente.

–Debió de ser en la época en la que Paula me propuso que compartiéramos piso. Nunca conocí a Graeme, pero Paula me hablaba de él con frecuencia. Después ella dejó Comestibles Coombs, donde las dos trabajábamos, y aceptó un empleo en el circuito internacional de una cadena hotelera –Taye sonrió–. Y apareciste tú.

–¿Y el tal Graeme nunca vino a buscarla? –preguntó Magnus.

Taye se sorprendió porque ya había dado por zanjado el relato.

–No que yo sepa. Quizás llamara a Paula a su móvil, pero aquí nunca lo ha hecho.

–¿Quién era él? ¿Tienes alguna idea? –preguntó Magnus. Taye negó con la cabeza.

–Como ya te he dicho, nunca lo conocí. Creo que tenía algo que ver con Penhaligon Seguridad, ya sabes, una empresa de equipos eléctricos de seguridad, o algo así.

–Entiendo. Y ahora que estoy yo aquí en lugar de la señorita Neale, ¿crees que puede volver?

–Estoy prácticamente segura de que no lo hará. Me dijo que la vida aquí se había vuelto muy monótona y que necesitaba empezar de nuevas en algún otro lugar –Taye sonrió–. Tu alquiler aquí no corre ningún peligro, si eso es lo que te preocupa –aunque lo cierto era que él no parecía en absoluto preocupado.

–Querrás decir mi subalquiler –replicó Magnus, y Taye se sonrojó.

–Emm… A propósito, la señora Sturgess me dio unas referencias magníficas sobre ti –comentó Taye tratando de desviar la conversación lejos del tema del alquiler–. Y me contó que había ido al colegio con tu madre, o sea, que quizá sea más como una tía para ti.

–En general puedo decir que fue una mujer muy amable conmigo –contestó, y después sonrió de forma encantadora.

–Sus excelentes referencias me convencieron para aceptarte –confesó Taye, quien cada vez se sentía más a gusto–. Aunque, para serte sincera, fuiste el único candidato. Creo que… –Taye se disponía a explicarle que la renta era cara cuando se dio cuenta de que la expresión de Magnus había cambiado e intuyó que él también tenía que hacer alguna confesión–. ¿Qué pasa?

–Creo que fui el único candidato porque tardé muy poco tiempo en quitar tu anuncio de la tienda de periódicos –reconoció Magnus completamente despreocupado. Taye lo miró estupefacta.

–¿Que hiciste qué? –preguntó incrédula ante lo que había escuchado. ¡Había estado esperado en casa un fin de semana entero! ¡Había estado asomada a la ventana esperando divisar algún candidato! ¡No había venido nadie porque el anuncio no estaba!–. ¿Cuándo lo quitaste?

–Cuando me marché de aquí, después de ver el apartamento –contestó sin ninguna vergüenza.

–¿Justo cuando te fuiste?

–Cinco minutos después –respondió, y volvió a sonreír de esa

forma tan encantadora–. Bueno, tampoco te habría gustado compartir piso con un Bill cualquiera, o con un Jack o un Tony, ¿verdad?

–¡Me habría gustado poder decidir a mí! –exclamó todavía atónita.

–¡No es para ponerse así! –se quejó Magnus.

–¡Cállate y lee el periódico! –replicó Taye. Se levantó y, cuando estaba abandonando la habitación, pudo escuchar una risa contenida que provenía de detrás del periódico.

Minutos después, cuando se calmó un poco, Taye también se echó a reír sin que él la viera. Tenía su gracia. Además, ya que era un hecho consumado era mejor pensar que más valía lo malo conocido que lo bueno por conocer. Tampoco podía echarlo por miedo a que la delatase a la inmobiliaria. Aunque, viendo como había tratado a su atormentado hermano, dudaba que Magnus pudiera traicionarla. Además, ahora que empezaban a llevarse bien, no le apetecía echarlo y tampoco tenía el dinero para devolverle la parte del alquiler que ya había pagado.

El resto de la semana Taye apenas vio a Magnus. El jueves ella llegó tarde de la oficina y se fue directamente a la cama. También llegó tarde el viernes y coincidieron para utilizar el baño.

–Ya que eres rápida, pasa tu primero –le cedió Magnus. Aquella amabilidad la fastidió, aunque no sabía por qué.

–¿Vas a salir esta noche? –preguntó Taye bruscamente. ¿Elspeth? Tampoco le interesaba mucho.

–No vas a divertirte sólo tú, ¿no? ¿Te traes a Coombs a casa esta noche? –inquirió Magnus. A Taye no le gustó ni la pregunta ni el tono.

–No, a menos que tú traigas también aquí a tu acompañante –le espetó. No sabía lo que tenía aquel hombre, pero incluso en medio de una discusión conseguía sacar su sentido del humor–. Mejor dicho, nos iremos a casa de él –añadió sonriendo, pero su compañero de piso no hizo lo mismo.

–He cambiado de opinión, me ducharé yo primero –dijo crispado. Cuando ella intentó colarse en el baño él ya estaba dentro y había cerrado la puerta que los separaba. Escuchó el sonido del agua correr y pensó que tenía ganas de estrangularlo.

Taye tenía razón al pensar que Julian estaba convirtiéndose en una persona posesiva, ya que lo confirmó aquella tarde. No podía explicar bien por qué pero había algo en su mirada, algo en su

forma de tomar su mano, de tocar su brazo. Era muy agradable y no quería herirlo. Ni tan siquiera estaba segura de querer dejar de salir con él; estaba bastante confusa. Pero se quedó de piedra cuando Julian, en el camino de vuelta a casa, le sugirió que ya era el momento de que conociera a sus padres.

–Algún día –contestó ella intentando ser suave. Sabía que debía decirle a Julian que de ninguna manera era el momento de conocerlos. Sólo había visto de lejos a su padre alguna vez en el trabajo.

Al despedirse se besaron, él amorosamente y ella con pánico. No estaba segura de que todavía le gustara besarlo. Estaba confusa.

–¿Te veré mañana? Puedo pasarme pronto y…

–Voy a estar con mi familia –mintió Taye. Tan sólo sabía que no quería que la relación se intensificara, porque acabaría por no querer verlo y no quería hacerle daño.

–Supongo que el domingo también estarás fuera.

–Nos vemos el lunes en la oficina –contestó saliendo del coche. Estaba aturdida.

Entró en casa y se encontró a Magnus sentado en el salón tomando un whisky escocés.

–¡Has llegado pronto a casa! –exclamó Taye.

–Parece que estás ruborizada –observó Magnus.

–No te puedo contestar a eso –repuso sin dudar.

–¿Has estado en casa de él? –inquirió en un tono cortante.

–No –replicó encendida–. Y en cualquier caso, no es de tu incumbencia.

–¡Vaya genio! –reprendió sarcástico–. ¿Qué te ha hecho? ¿Tengo que matarlo? –añadió en tono de burla. Ella sonrió y negó con la cabeza.

–Él no ha hecho nada. Soy más bien yo –pensó que no estaba bien hablar de Julian, pero había algo en Magnus que la hacía confiar en él–. Siento que Julian quiere ir un poco más en serio y no estoy segura de cómo llevarlo.

–¿No te quieres casar con un hombre rico? –preguntó después de un silencio.

–No me lo ha pedido.

–¿Te casarías con un hombre pobre?

–Si me lo estás proponiendo, ¡olvídate! –y los dos se echaron a reír–. Buenas noches –se despidió y se fue a la cama más alegre de lo que había llegado a casa minutos antes.

Cuando se levantó el domingo por la mañana pensó que le tenía que decir a Magnus que se olvidara de lo que le había contado la noche anterior. Había hablado demasiado y eso no estaba bien. Quizá tuviese que dejar de salir con Julian. No tuvo oportunidad de decirle nada a Magnus, que abandonó pronto la casa, llevándose una bolsa de mano.

A Taye se le cayó el alma a los pies, pero aun así le sonrió y le deseó que se divirtiera.

Aquel fin de semana se le hizo eterno. El tiempo era soleado, cálido y espléndido, pero estaba inquieta. Primero hizo las tareas domésticas y después salió al jardín a leer el libro que tenía a medias. Por primera vez no le reconfortaba la visión del manzano con aquella estrella brillante e inalcanzable.

Taye estaba cansada de preguntarse qué le estaba pasando. Sabía que en absoluto estaba molesta porque Magnus Ashthorpe estuviera por ahí de cacería. Le deseaba lo mejor, donde fuera que estuviera.

Trató de concentrarse en la lectura, pero el rostro de Magnus no abandonaba sus pensamientos. Con amargura se preguntaba en brazos de quién estaría aquel fin de semana. Harta de sí misma cerró el libro y regresó al interior de la casa. Se preparó la comida con desgana. Trató de quitarse de la cabeza a su compañero de piso ausente, pensando en la promesa que había hecho de financiar los estudios de Hadleigh sin que éste se enterara.

Desde el punto de vista de Taye su madre estaba siendo muy injusta. ¡Ni que su marido la hubiera abandonado dejándola sin nada! Ella se había quedado con la casa pagada y con todos los muebles. Además recibía de Alden Trafford una buena suma de dinero cada mes.

Taye dudaba de si algún banco le concedería el crédito. Y si lo lograba, ¿sería capaz de devolverlo con todos los gastos fijos que ya tenía?

No tenía sentido acudir al banco sin saber cómo iba a devolver el dinero, así que se puso a hacer números. Después de darle muchas vueltas fue consciente de que en aquellas circunstancias no estaba en situación de pedir un crédito. Aun así Hadleigh no iba a perder su oportunidad, en eso Taye era inflexible.

Consideró la opción de recurrir a su padre, pero sabía que sus ingresos eran seguramente más escasos que los suyos. Lo había pasado fatal con su madre y ahora tenía la oportunidad de ser feliz con Hilary. Su padre era un hombre orgulloso y, aunque pensara que le daba dinero suficiente a su madre para financiar la

universidad de su hermano, sabía que pondría a Hadleigh por delante de su propia felicidad. Encontraría el dinero para su hijo aunque eso significara quedarse sin blanca y tener que renunciar a su matrimonio. Porque él tenía mucho orgullo como para aceptar que Hilary lo mantuviera. Si se enteraba probablemente cancelase la boda.

Taye también pensó en la opción de buscar un trabajo extra, quizás un empleo de fin de semana. El problema era que a menudo trabajaba hasta tarde en Comestibles Julian Coombs, e incluso a veces trabajaba algún sábado.

La única alternativa que le quedaba, si quería que su hermano recibiera una educación, era buscarse un sitio más barato para vivir. ¡Era una pena! Se resistía a esa opción, pero no podía hacer nada más. En aquel instante el fin de semana se volvió aún más deprimente. No quería irse del apartamento, ¡le encantaba! El dilema volvió a su cabeza, pero no parecía haber otra salida.

Taye se fue a la cama aquella noche con la decisión ya tomada. Había pagado el alquiler hasta septiembre y Hadleigh no empezaría en Oxford hasta octubre. Tenía casi tres meses antes de ponerse manos a la obra. Mejor dicho, dos meses, porque tenía que avisar a la inmobiliaria con un mes de anticipación y empezar a buscar alguna habitación relativamente barata.

Pasó una mala noche pensando que tendría que visitar la inmobiliaria Wally, Warner y Quayle en algún momento. También tendría que decirle a Magnus que, para el trimestre siguiente, a partir del veintinueve de septiembre, tendría que buscarse otro lugar para vivir.

Cuando llegó el domingo por la noche y Magnus no regresaba a casa, Taye se sintió bastante contrariada. No creía que le fuera a importar mucho dejar el apartamento. ¡Era obvio que no tenía problemas para encontrar sitios donde quedarse!

Julian pasó por su mesa de trabajo el lunes por la mañana.

–¿Te apetece tomar algo esta noche? Mañana me voy un par de días a la sucursal de Edimburgo.

–Umm… ¿Te importa si lo dejamos estar un tiempo? –le dijo, sintiéndose mal porque él parecía molesto.

–Vale –contestó débilmente, y regresó a su mesa, cargada también de trabajo.

Taye sintió que no había sido lo suficientemente cuidadosa. Justo cuando estaba pensando en como había manejado la situación

recibió una llamada. Era un hombre al que conocía vagamente de una fiesta a la que había ido con Julian no hacía mucho tiempo.

–Soy Damien Fraser. Nos conocimos en la fiesta de Sandy Stevenson. No sé si te acuerdas de mí, pero…

–Claro que te recuerdo, Damien –contestó Taye amablemente. Era un tipo alto, rubio que, si recordaba bien, había ido acompañado de una chica morena muy atractiva–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–¿Cenar conmigo?

–¿Cenar? –contestó boquiabierta, no se esperaba una propuesta así.

–¿Julian Coombs y tú estáis juntos? No quiero ofenderlo.

–Eh… –contestó dubitativa. Taye tenía claro que no eran una pareja y estaba bastante segura de que nunca lo serían–. Eh… No, pero ¿tú no estabas saliendo con…?

–Me ha dejado –replicó de forma alegre. Parecía que no le había importado mucho.

Taye pensó que era majo y, sobre todo después de haber reconocido que lo había dejado su novia, no era muy orgulloso. Pero no estaba segura de querer salir con él, porque era demasiado lanzado para ella. Además todavía no había roto con Julian.

–¿Cenamos? –insistió Damien.

–No estoy segura de lo que tengo que hacer esta semana. Si quieres dame tu número de teléfono y ya te llamo yo.

Sin dudarlo un momento le dio el teléfono de casa, el de la oficina y su móvil.

–No me tengas mucho tiempo esperando, Taye –añadió antes de despedirse.

Taye supuso que tendría que sentirse halagada por que alguien quisiera salir con ella, pero al llegar a casa aquella noche dudó de si en algún momento llegaría a marcar alguno de aquellos números de teléfono.

Llegó al apartamento con la idea de prepararse una deliciosa tortilla de patatas. Cuando abrió la puerta se dio cuenta de que Magnus no había llegado. De repente se le quitó el hambre.

El corazón le dio un vuelco cuando, a las ocho en punto, escuchó el ruido de la cerradura.

¡Por Dios! ¡Cómo si la afectara que él regresara a casa!

–¡El trotamundos ha vuelto! –comentó al ver entrar en el salón a su compañero de piso. Él se paró en seco. Taye se dio cuenta de que había sido demasiado ácida.

–¿Qué he hecho? –preguntó Magnus.

–Cuéntamelo tú –dijo tratando de no ser brusca. Pero enseguida se corrigió–. No, mejor no me lo cuentes, lo que hagas cuando estás fuera de casa no tiene nada que ver conmigo.

–Tienes razón –contestó crispado. Después se quedó en silencio y la observó con detalle–. Aunque por un momento me ha parecido que estabas un poquito… celosa.

–¡Oh, por favor! –exclamó enfadada mirándolo atónita.

Taye tomó el libro que a ese ritmo no iba a terminar en la vida. Leyó la misma línea tres veces mientras Magnus se iba a su habitación. Estaba que echaba humo. Pensar que estaba celosa...

Mientras escuchaba el sonido de la ducha trató de leer, pero finalmente decidió prepararse algo caliente y marcharse a la cama. Cuando estaba en la cocina apareció Magnus en bata, dispuesto a prepararse una tostada. Antes de marcharse Taye rompió el silencio y le dijo:

–No te olvides de limpiar las migas.

–¿Qué? –preguntó Magnus, como si no supiera de qué le estaban hablando.

–Tienes la costumbre de dejar todo lleno de migas de pan –le aclaró.

–¿Ah, sí?

–Te estaba sugiriendo que limpies la encimera después de usarla.

–¡Esto es una nueva experiencia!

–¿El qué? –preguntó Taye un poco perdida.

–Recibir órdenes de una mujer.

–No te estoy dando órdenes –lo informó acaloradamente–. Simplemente… Mira, si lo quieres ver así, ¡es tu problema!

–Estoy tan contento de haber vuelto a casa... –dijo irónicamente con una sonrisa en los labios.

Taye se fue a la cama sin su taza caliente. Se la había dejado sobre la encimera y por nada del mundo quería volver a la cocina. Por supuesto él, tan rudo y sarcástico, no iba a tener el detalle de llevársela al cuarto.

A la mañana siguiente, en su mesa de trabajo, seguía dándole vueltas a aquel comentario sobre los celos. ¡Qué ridículo! ¡Como si…! ¡Completamente ridículo! No obstante, a pesar de que era una idea sin fundamento, persistía en su cerebro.

Quizá por eso, cuando aquella tarde Damien Fraser volvió a llamar insinuando que Taye podría haber perdido sus números de teléfono y le pidió salir de nuevo, ella aceptó. Y no sólo eso,

también le dio su dirección para que pasara a recogerla por le noche.

Cinco minutos después de haber colgado el teléfono Taye dudó de si había actuado correctamente. Todavía no había hablado con Julian y no era su estilo salir con un chico cuando todavía estaba con otro. Pero ya era demasiado tarde.

Cuando Taye estaba arreglándose para salir con Damien, empezó a ser consciente de que se sentía rara últimamente. No sabía muy bien cuándo había comenzado aquel periodo extraño. ¿Quizás antes de que Hadleigh la hubiera visitado? Justo en aquel momento sonó el timbre.

Taye miró el reloj. ¡Damien había llegado un cuarto de hora antes! Casi estaba preparada. Se pintó los labios, se hizo una coleta y se dirigió hacia el salón. En aquel instante entraba en la habitación Damien acompañado de Magnus.

–He llegado pronto –se disculpó Damien, mirándola con admiración–. No estaba seguro de conocer el camino y no quería llegar tarde.

Taye sonrió, no podía hacer mucho más. Al menos Magnus Ashthorpe podía irse tragando sus comentarios sobre los celos. ¿O acaso parecía ella celosa en aquel momento? Damien tenía casi treinta años, vestía bien y era lo que se solía llamar un buen partido. Al menos era bueno para un ego poco celoso. Presentó a los dos hombres.

–Damien, este es mi compañero de piso, Magnus Ashthorpe. Magnus, éste es Damien Fraser –aunque parecía que ellos ya se habían presentado.

–Justamente le estaba diciendo a Magnus que me suena mucho su cara –comentó Damien.

–Magnus es artista.

–Quizá nos hayamos visto en algún evento –señaló Damien.

–Quizá –contestó Magnus.

–Soy el propietario de Inversiones de Futuro Fraser. Nos está yendo muy bien –afirmó sin modestia alguna.

–Te creo –repuso Magnus correctamente.

–¿Nos vamos? –preguntó ella sonriendo a su acompañante.

Taye se lo pasó bien al comienzo de la cita, pero a medida que la noche avanzaba, gracias a los comentarios de Damien, se dio cuenta de que era bastante más atrevido que Julian. Taye le sonreía y charlaba con él sin poder evitar establecer comparaciones con Julian. Los dos disfrutaban de un nivel económico alto, pero Julian nunca alardeaba tanto.

Era extraño, pero Magnus seguía rondando en su cabeza, no podía evitar pensar que él no disfrutaba de una situación económica tan acomodada. Si comparaba la situación económica de los tres podía decir que Magnus estaba sin blanca, pero aun así había algo agradable en él. Era sofisticado, era amable, sensible… ¡Por Dios! Tenía que olvidar a ese hombre miserable.

–¿Vamos a una discoteca? –sugirió Damien con una sonrisa que carecía de la calidez propia de las sonrisas de su compañero de piso–. Conozco un sitio estupendo –propuso entusiasmado mientras miraba descarada y detenidamente el escote de Taye–. O quizás, si lo prefieres, podemos ir a mi casa, escuchar música y…

–La verdad es que... –lo interrumpió Taye, que se estaba empezando a sentir bastante incómoda–... mañana trabajo y, si no te importa, preferiría irme a casa –contestó sabiendo que se iría a casa le gustara o no a él.

–¡Oh, no! –exclamó horrorizado.

–¡Oh, sí! Mañana tengo el día muy liado –afirmó Taye amablemente pero con firmeza.

–¿Quizá podamos salir el viernes? No se trabaja el sábado –dijo él insinuante.

«Quizá no», pensó Taye. La situación era extraña y no iba a mejorar. No contestó y no supo cómo él había entendido aquel silencio, pero el caso fue que Damien la llevó a casa sin ninguna objeción. Cuando llegaron a la puerta él le preguntó:

–¿Crees que tu compañero de piso estará todavía despierto?

Si no estaba despierto ella se encargaría de despertarlo.

–Normalmente se queda trabajando en el salón hasta tarde –dijo improvisando una respuesta, porque no tenía ni idea de lo que hacía Magnus una vez que ella cerraba la puerta de su cuarto. Pero de ninguna manera le iba a ofrecer a Damien pasar a tomar un café, y eso era lo que él estaba buscando–. Gracias por esta tarde tan agradable –soltó anticipando su salida.

–¿Viernes? –insistió Damien.

–Lo siento. Tengo asuntos familiares este fin de semana –añadió. Ojalá que Damien y Julian nunca cotejaran sus excusas.

–¿Qué tal otro…?

–Me tengo que ir –lo interrumpió mientras se disponía a abrir la puerta del coche. Cuando se iba a bajar del coche, Damien la sujetó impidiéndole la salida.

–¿No tengo una pequeña recompensa? –preguntó con una voz que él debía de pensar que resultaba sexy. Y antes de que ella pudiera responderle que de ninguna manera, él ya la había

abrazado de forma sofocante.

Ella lo apartó con todas sus fuerzas y pudo evitar su beso en la boca, haciendo que los labios de Damien aterrizaran en otro lugar de su cabeza.

–¡No! –chilló enfadada, dando manotazos y apartándolo de nuevo. No quería que la besaran, ni él, ni Julian… y sobre todo no de aquella manera. Cuando estaba empujando a Damien, Magnus acudió a su mente. Pero ¿quién no tenía pensamientos sorprendentes en situaciones de estrés?

–Me he confundido, ¿verdad? –dijo Damien a modo de disculpa mientras la soltaba.

–Buenas noches –repuso Taye saliendo del coche, y lo dejó allí plantado. Cuando cerró la puerta del portal escuchó como se marchaba el coche.

Reconoció que estaba revuelta, lo que era bastante comprensible dadas las circunstancias. Todavía podía sentir lo bruto que había sido y lo fuerte que la había agarrado. Se estremeció. ¡Menos mal que no había ido a su apartamento! Taye no sabía por qué había pensado en Magnus; quizá si hubiera gritado muy fuerte él habría acudido en su ayuda.

Cuando entró en el salón aún estaba un poco alterada por la forma en que Damien la había tratado. Lo último que necesitaba era uno de los ataques de Magnus.

–¿Tanteando el terreno? –preguntó Magnus. Taye sabía a lo que se refería. Una noche Julian, otra noche Damien. Se puso furiosa.

–¡No me voy a entregar a ningún hombre! ¿Está claro?

–¡Huh! ¿Te estás reservando para tu futuro marido? –preguntó con desdén.

–¡Eso es lo que hacemos las vírgenes! –explotó Taye. Había perdido el control, quería pegarlo. Pero la mirada de él era escéptica.

–O al menos eso es lo que defenderás cuando te vendas al mejor…

–¡No seas tan repulsivo! –le espetó acalorada. Estaba furiosa, pero la voz le temblaba y estaba a punto de echarse a llorar. Quería insultarlo, pero se derrumbó y salió corriendo hacia su habitación.

Necesitaba un poco de espacio y de tiempo. Necesitaba estar sola para recomponerse, pero Magnus no le concedió esa oportunidad. Llegó a la habitación antes de que ella hubiera cerrado la puerta.

–¡Desaparece! –le chilló, tratando aún de no echarse a llorar.

–No llores, por favor. Por favor, Taye, no llores –dijo

ofreciéndole un abrazo.

–¡No te acerques a mí! –lo rechazó fieramente. Sus pestañas contenían las lágrimas que inundaban sus ojos–. ¡Pensé que eras amable y sensible, pero… pero eres asqueroso!

–Es verdad. Y me odias.

–Y yo… –trató de proseguir Taye, pero aquel hombre lo había vuelto a hacer. Había vuelto a hacerla reír en el peor momento. Aquello no tenía sentido. Realmente lo odiaba, en aquel preciso instante lo odiaba con toda su alma. Pero aun así él tenía la capacidad de sacarle una sonrisa–. Ya estoy bien –contestó temblorosa, haciéndole saber que no iba a llorar desconsoladamente y que podía irse.

Taye le dio la espalda y pudo escuchar que se estaba acercando más a ella. Sostuvo a Taye y la hizo girar hasta que estuvieron cara a cara.

–¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has puesto así? –preguntó Magnus suavemente, sujetando la barbilla de Taye y buscando su mirada.

–¿No crees que tienes algo que ver?

En los labios de Magnus se dibujó una sonrisa. Era una sonrisa sincera capaz de tranquilizar a cualquier criatura.

–Soy asqueroso, eso ya está acordado. Pero si reflexiono un poco más, creo que ya te pasaba algo cuando has llegado a casa –un brillo iluminó sus ojos–. ¿Qué ha hecho Fraser? –le preguntó sin dar más rodeos.

Taye no quería contarle nada. Magnus la había tomado suavemente entre sus brazos. De repente, mientras disfrutaba del abrazo más cálido que jamás le hubiera dado ningún hombre, Taye se sorprendió hablando.

–Damien lo ha hecho mal. Supongo que yo tengo algo que ver porque tardé en darme cuenta de que no me gustaba tanto como pensaba.

–¿Vas a apuntarlo en tu lista negra?

–Es un pobre hombre. Hizo un par de comentarios que me tenían que haber puesto alerta de que iba a querer un beso de despedida.

–¿Lo consiguió? –preguntó Magnus abrazándola más fuerte. Taye negó con la cabeza.

–Creo que le di un buen golpe, pero no estoy segura.

–Seguro que eso calmó su fogosidad.

–Al final me soltó. Cuando entré en casa estaba todavía bastante revuelta como para escuchar como me acusabas de que iba a

venderme al mejor postor –Taye sabía que él no había pronunciado tales palabras, pero estaba segura de que lo habría hecho de no haberlo interrumpido.

–Asqueroso es un insulto demasiado suave entonces –repuso amablemente.

–Oh, tú… –inició una frase, pero se quedó de piedra ante el escalofrío que recorrió su cuerpo cuando Magnus besó suavemente la punta de su perfecta nariz. La abrazó cálidamente.

–Supongo que no quedarás otra vez con Fraser, ¿no?

–No, está fuera de mi lista.

–¿Lista?

–Sí, la lista de candidatos ricos que tú estás convencido de que tengo.

–Seguro que terminas casándote con un hombre pobre y teniendo media docena de niños que harán que siempre seas pobre… –Magnus se calló cuando vio que Taye negaba con la cabeza.

–Antes soltera que casada con un hombre pobre –contestó seriamente.

–¿Tan drástica eres? –preguntó él.

–Mi padre provenía de una familia con dinero y ganaba un suelto extraordinario. Crecí en un hogar donde todo el amor entre mis padres estuvo mediado por el dinero. Cuando él perdió su trabajo el dinero desapareció y la situación se hizo insostenible. Las peleas eran interminables. No estoy dispuesta a que me pase lo mismo –contestó aún entre sus brazos. Taye estaba sorprendida de estarle confesando todo aquello a Magnus.

–¿Crees que te puede pasar? –preguntó seriamente. Ella se encogió de hombros.

–Al parecer físicamente soy como mi madre, pero en su opinión mi carácter es igual que el de mi padre. En cualquier caso no puedo negar que soy hija de ambos, así que no quiero correr ese riesgo.

–Te han hecho daño, ¿verdad? –preguntó cuidadosamente–. Entre ellos…

–No lo sé –lo interrumpió Taye rápidamente.

–¿No crees que, al haber presenciado tantas riñas, vas a tener especial cuidado en no repetir lo que ellos han hecho?

–Te aseguro que voy a cuidarme. Eso está claro. Pero sé que no voy a poner en riesgo al hombre que el destino me depare ni a los niños de los que hablabas antes.

–Sin embargo se te olvida una cosa.

–¿El qué? –Taye estaba segura de que no se le olvidaba nada. Le

espantaba la idea de acabar como sus padres: peleas interminables, explosiones diarias, furiosas discusiones, los gritos insoportables de su madre antes de que su padre se marchara de casa... No se le olvidaba nada, simplemente era el tipo de vida que no quería para ella.

–Te has olvidado, pequeña Taye, que eres una persona por ti misma. No eres tu madre, quien, cuando te miro, sé que debe de ser muy guapa. Pero tampoco eres tu padre, de quien debes de haber heredado su belleza interior que exhalas cuando me hablas.

–¿Crees que tengo una belleza interior?

–Tu belleza externa se corresponde con lo que hay en tu interior –aseguró Magnus cálidamente.

–Oh, Magnus... –susurró con lágrimas en los ojos–. Creo que es la cosa más bonita que me han dicho en la vida.

Taye estaba todavía emocionada por lo que había escuchado cuando los labios de Magnus, suavemente, despacio, se posaron sobre los suyos.

Cuando sus labios se separaron Taye fue incapaz de hablar. Magnus sí que lo fue.

–Vete a la cama, mi amor. Y no dejes que lo que ocurrió en el pasado empañe tu futuro. Eres una persona por ti misma, y además una persona muy bonita.

Taye estaba de pie cautivada cuando Magnus la soltó. Después de mirarla y de comprobar que estaba bien, se marchó.

Ella se quedó mirándolo. Recordando aquel beso largo, pausado… inofensivo. Él la había besado y ella no había puesto ninguna objeción. No podría haberla puesto, era el beso más maravilloso que jamás le habían dado.

Él la había abrazado de la forma más cálida que ella hubiera podido haber imaginado. Y pensaba que era bella por dentro y por fuera.

Sin lugar a dudas él la había mirado con sus ojos de artista. Pero aquel beso, aquel abrazo, aquella sensibilidad…

Taye se fue a la cama sabiendo que no iba a pegar ojo. Pero finalmente se durmió. Se sentía en paz consigo misma… y también con él.

Capítulo 5

Al día siguiente Taye ya no se sentía en paz consigo misma. A pesar de que se despertó con una sonrisa en los labios, tras analizar los acontecimientos que habían sucedido a su encontronazo con Damien Fraser, sus nervios estaban a flor de piel.

Recordó con detalle el beso de Magnus, aquel fantástico beso, y toda su tranquilidad se vino abajo. Compartían piso, eso era todo. No eran compañeros de piso con derecho a beso, Taye no quería eso.

Se levantó, pero no saltó a darse una ducha, sino que se quedó dudando de pie junto a la puerta. Fue entonces cuando escuchó el ruido característico de la puerta de la calle al cerrarse. Magnus se había levantado temprano y se había marchado.

Taye volvió a recrearse en aquel beso, en su lentitud y calidez. Había sido un beso que ofrecía, no un beso robado. Con aquel beso Magnus tan sólo le había pedido que le permitiera reconfortarla y ella…

Cuando estaba en la oficina fue consciente de que se había quedado fascinada por el modo en que Magnus la había besado con aquellos suaves labios. Pero, ¿qué habría pasado si no hubiera estado tan cautivada? Quizá ella podría haberle correspondido. ¿Qué habría pasado si Taye lo hubiera abrazado más fuerte y lo hubiera besado? Se acaloró al imaginar qué podía haber estado buscando Magnus. ¿Había sido aquel beso realmente inofensivo? La respuesta le era indiferente, porque tan sólo le había servido para olvidarse de la mala experiencia con Damien Fraser.

Aquellos pensamientos la mantuvieron ocupada el resto del día. No tenía ninguna prisa por volver a casa, así que se quedó un par de horas más trabajando en la oficina. Llegó a casa a las ocho y Magnus no estaba allí. Le dio rabia.

No fue hasta la tarde del día siguiente cuando se encontraron en la cocina. Entonces Taye ya no estaba incómoda, tan sólo sentía hostilidad hacia su compañero de piso.

–Hola –le dijo.

–¿Has tenido un buen día? –preguntó él manteniendo las

distancias.

–Normal.

Aquella fue toda la conversación. Ella no tenía muchas ganas de hablar con él y parecía que era un sentimiento recíproco. Como si estuviera en un hotel, Taye se fue pronto a la cama. No le iba a costar mucho decirle a Magnus a la mañana siguiente que para finales del mes de septiembre se tendría que buscar otro «hotel» para alquilar.

El viernes Taye comenzó a sentirse un poco avergonzada por su comportamiento, un tanto desagradable. Si bien era cierto que Magnus no había estado muy expresivo la noche anterior en la cocina, él tenía todo el derecho del mundo a tratar la casa como si fuera un hotel. Había pagado el alquiler, era su casa. Era su centro de operaciones, pero podía quedarse con Elspeth, con Pen o con quien quisiera. Bastaba con contemplar aquella mirada masculina para saber que no le faltaban sitios donde descansar.

Taye frunció el ceño y notó un pinchazo en el estómago; tenía hambre. Antes de levantarse recibió la llamada de una compañera de trabajo. Quería invitarla a una fiesta improvisada para la noche del día siguiente.

–No hace falta que me digas nada ahora, supongo que ya tendrás alguna cita. Eso sí, si es guapo ¡tráetelo!

Taye sonrió y justo cuando colgó, el teléfono volvió a sonar. Era Damien Fraser.

–¿Te apetece ir a bailar esta noche? –preguntó cálidamente

«Ni muerta», pensó Taye.

–Eh… Ya he quedado esta noche –repuso.

–¿Y el sábado? –aquel chico nunca se daba por vencido.

–Lo siento, Damien, pero no me gusta quedar contigo cuando estoy saliendo con otra persona.

–A mí no me importa –insistió, pero el silencio de Taye parecía hablar por sí solo–. Bueno, aún tienes mis números de teléfono, ¿no?

Por fin se despidió de Damien, pero en aquel momento apareció Julian. Acababa de regresar de Edimburgo y parecía haber olvidado la petición de Taye de «dejarlo estar por un tiempo».

–Me pregunto si te apetece salir un poco de Londres este fin de semana. Podríamos salir hoy después del trabajo. Hay unas carreras de coches cerca…

–No, Julian –lo interrumpió con suavidad.

–Podemos dormir en habitaciones separadas, si eso es lo que quieres –dijo en tono de broma.

–Eres un encanto, Julian. ¿Te importa que te diga que no?

–Sí –repuso, pero sonrió y la besó en la mejilla–. ¿Te importaría si fuera yo solo al rally?

Taye se marchó aquella tarde a casa convencida de que, aunque no quería hacerle daño, le iba a tener que decir a Julian que no saldría más con él. El hecho de que le hubiera preguntado si le importaba que se fuera él solo, era la prueba de que tenían cosas muy distintas en la cabeza. No le apetecía nada, pero iba a tener que hablar con él antes de que fuese demasiado tarde.

Tampoco le apetecía llegar a casa. Si Magnus seguía con su humor taciturno, iban a pasar un fin de semana estupendo. Eso si se dignaba deleitarla con su presencia, porque en él era habitual deleitar a otras con su compañía. Taye se dio cuenta de que se estaba pasando: Magnus tenía derecho a ir donde quisiera.

Estaban con mucho trabajo en la oficina y Taye se quedó hasta bastante tarde, pero al salir se fue directa a casa porque sabía que tenía que hacer un esfuerzo para llevarse bien con Magnus.

Cuando llegó lo encontró leyendo el periódico en el salón. Le dedicó una sonrisa.

–Hola, Magnus –saludó simpática mientras se dirigía a la cocina–. ¿Te apetece un té?

–Vale –contestó tras un silencio.

De repente Taye se animó. Preparó la tetera y la llevó al salón.

–Puedes seguir leyendo el periódico –le dijo–. No tienes que…

–¿Y si no quiero seguir leyéndolo? –preguntó. Taye reprimió una sonrisa.

–¿Vas a salir esta noche? –le preguntó pasándole una de las tazas.

–Creo que me quedaré en casa –repuso él, dejando el periódico a un lado.

–¿Tienes que reservarte? –soltó Taye sin pensar. Magnus la miró extrañado y ella se ruborizó–. Perdón –añadió, excusándose por el comentario.

Magnus se mantuvo bastante tranquilo, así que ella dedujo que había aceptado sus disculpas sin problemas.

–Y tú, ¿te quedas en casa o te vas de juerga?

–He tenido un par de invitaciones, ya sabes como es esto –contestó sorprendida por la pregunta. Era él el que siempre se iba de juerga.

–Me sorprende que sólo sean dos. ¿Cuál has aceptado?

–Ninguna.

–¡Ah! Inversiones de Futuro Fraser cometió un error el martes y has decidido no concederle una segunda oportunidad. Pero, ¿qué pasa con Julian Coombs? ¿Lo has dejado?

–No quiero hacerle daño.

–Entonces, déjalo. Cuanto antes mejor –repuso seriamente.

–Ya basta de hablar de mis amantes, o más bien de su ausencia en mi vida –dijo Taye soltando una carcajada. Sabía perfectamente que tenía que dejar a Julian. Quería cambiar de tema de conversación, pero justo cuando se disponía a preguntarle acerca de su trabajo, él se adelantó.

–¿Es eso verdad?

–¿El qué?

–La ausencia de amantes en tu vida.

–La ausencia… –tartamudeó mirándolo fijamente. De repente se dio cuenta de a qué se estaba refiriendo Magnus–. He tenido mis momentos –contestó a la defensiva mientras Magnus sonreía.

–Pero... ¿nunca has llegado hasta el final? –preguntó con determinación.

«¡Qué tipo más descarado!», pensó Taye, aunque en realidad había sido ella quien en primer lugar había confesado que era virgen.

–No, nunca he llegado hasta el final –admitió–. Y, antes de que me lo preguntes, te diré que no tengo ningún tipo de complejo por ello.

–¿Estás segura? La mayoría de las chicas empiezan a experimentar con el sexo en la adolescencia –declaró mientras la miraba con dulzura.

–Yo no soy como la mayoría de las chicas.

–Me estoy empezando a dar cuenta de eso.

–Y además, no me siento muy cómoda con este tema de conversación.

–Vaya, yo que pensaba que nos lo podíamos contar todo... –replicó Magnus de forma sarcástica.

Ella estuvo a punto de reírse, pero se contuvo. Había ocasiones en que no sabía si pegarlo o besarlo. ¿Besarlo? Taye se preguntó de dónde surgía ese pensamiento. Qué raro era todo...

–Nunca he visto nada de tu trabajo –dijo Taye bruscamente.

–¿Quieres cambiar de conversación? –preguntó. Taye tuvo la impresión de que Magnus estaba eludiendo hablar sobre su obra. Qué raro. Aquel día todo era extraño.

–¿Tienes alguno de tus cuadros aquí? –insistió.

–No te gustaría tenerlos por aquí rondando.

–Supongo que la pintura tarda mucho tiempo en secar.

–Depende de los materiales que utilices.

–¿Qué usas tú? –Magnus la miró insinuando que no le apetecía hablar del tema–. Si no es mucho preguntar.

–Sobre todo, óleo –contestó finalmente.

–¿Y sobre qué temas pintas?

–¡Estás realmente insistente!

–¿Paisajes quizá? –sugirió Taye.

–Retratos –contestó. Pero de golpe la conversación dio un giro de ciento ochenta grados. Magnus sacó un tema del que Taye no tenía ningunas ganas de hablar–. La otra noche, mi intención no era besarte.

Taye pensó que quizá Magnus se hubiese sentido extraño aquellos días después del beso. Pero estaba segura de que no le había dado tantas vueltas como ella.

–Bueno… Yo no le he dado la menor importancia –contestó rápidamente. Puestos a decir una mentira, lo mismo daba que fuera tan tremenda–. Me voy a preparar algo de comer, ¿quieres algo? –preguntó mientras se levantaba con la bandeja entre las manos.

Aquella noche Taye se acostó temprano. No le apetecía arriesgarse a los temas de conversación de Magnus. Quizás ella, antes de compartir piso con Magnus, no estuviese acostumbrada a hablar de forma tan abierta. Pero ya había tenido bastante por el momento.

También fue raro que el sábado por la mañana, momento que ella solía aprovechar para quedarse en la cama hasta tarde, se despertara pronto y con la urgencia de ir a la cocina, por si acaso Magnus madrugaba y se marchaba de casa.

Mientras se calentaba el agua Magnus entró en la cocina, ya duchado y vestido. Estudió su melena rubia.

–Estás muy atractiva despeinada –comentó con la mirada aún fija en la cabellera suelta de Taye. Ella se ruborizó, se pasó la mano por el pelo y se apretó el cinturón del quimono–. Perdona, no quería hacerte sentir incómoda –se disculpó.

–Cuesta un poco acostumbrarse a estas cosas de la convivencia –tartamudeó Taye. Le dio la espalda para preparar el té.

–¿No te molesta entonces que te lo diga? –preguntó. Taye se giró y se sorprendió al verlo tan serio.

–No me molesta en absoluto dado que sueles ser bastante bruto, aunque reconozco que has cambiado mucho en los últimos tiempos,.

–Bien –repuso con la mirada aún fija, satisfecho de oírla decir la verdad–. ¿Qué planes tienes para hoy?

A Taye el corazón le dio un vuelco. Por un momento le dio la impresión de que le iba a pedir salir. Pero enseguida recobró el sentido común; Magnus era un hombre de mundo que probablemente estuviese interesado en mujeres de mundo también.

–Una de mis compañeras de trabajo da una fiesta esta noche, y probablemente iré. Además tendré que hacer la colada, la compra, planchar un poco... ¿Tú que vas a hacer?

–Algo de eso también.

–Me puedes ayudar a limpiar si quieres –le sugirió generosa.

–No todos los días me proponen un plan tan estupendo. Pero si no te importa, hoy no lo voy a aceptar –explicó. Taye sonrió.

–Sabía que no lo ibas a aceptar, pero quería ver tu cara de asombro.

Magnus tocó suavemente la nariz de Taye y se acercó. Taye tuvo la extraña sensación de que iba a abrazarla. Pero en vez de eso echó una mirada rápida al reloj.

–¡Voy a llegar tarde! –comentó Magnus, y se fue.

En cuanto escuchó la puerta de la casa cerrarse, Taye corrió hacia la ventana del comedor, desde donde divisó a Magnus machar a grandes zancadas con su bolsa de mano.

Se sintió completamente desolada. A pesar de que se dijo a sí misma que no le importaba un ápice si no volvía a dormir a casa aquella noche ni la siguiente, lo cierto era que se sentía ridículamente decepcionada.

Recordó como los latidos de su corazón se habían acelerado cuando imaginó que él le iba a pedir salir. Era el momento de reconocer que aquel hombre, al que al principio había aborrecido, le gustaba y se sentía atraída por él.

¡Pero era imposible! Tan sólo eran compañeros de piso. Compañeros de piso del sexo opuesto. No había lugar para la atracción, se repetía Taye mientras se dedicaba a las tareas domésticas.

En septiembre tomarían caminos diferentes, y quizás eso fuera lo mejor. Aquella mañana había estado a punto de informarle de que iba a dejar el piso, pero se le había olvidado, o quizá no quisiera asumir que aquella convivencia tenía que acabar.

Taye volvió sobre aquel pensamiento. Su reticencia a dejar el apartamento no provenía del miedo a terminar la convivencia con Magnus, sino de que no quería volver a alquilar una minúscula habitación. Aquélla era la única pega.

Se las apañó para mantenerse ocupada todo el día. Después de terminar de arreglar la casa se fue a la frutería y a la vuelta revisó el buzón. No había nada para ella pero, ¿quién sería el señor M. A. Penhaligon? Había un sobre con ese nombre sobre los buzones. Taye no sabía que hubiera un nuevo inquilino, o quizá Rex Bagnall o los Davies tuviesen alguna visita.

Penhaligon no era un nombre muy común. Taye sólo lo había escuchado referido a Seguridad Penhaligon, donde había trabajado el ex de Paula. Pero se olvidó del nombre en cuanto cruzó la puerta y empezó a pensar en Magnus de nuevo.

Por la tarde comenzó a sentirse inquieta. Decidió telefonear a Hadleigh, pensando que quizá lo pillara antes de que se fuera a trabajar al restaurante. Estaba preocupada por que su hermano tuviera que pedalear ocho kilómetros en plena noche. Su madre tenía otras ocupaciones y no estaba dispuesta a ir a recogerlo en coche.

–Hola, mamá. ¿Va todo bien? –preguntó amablemente.

–¿Y qué si no va todo bien? –replicó. En realidad quería decir: «si no va todo bien ¿qué vas a hacer tú al respecto?»

–¿Haces algo esta noche? –prosiguió Taye tratando de ser agradable. Su madre siempre tenía algún plan los sábado por la noche.

–Larissa va a dar una cena y justo me pillas arreglándome –lo que, en otras palabras, quería decir: «déjame tranquila y cuelga ya».

–¿Está Hadleigh en casa?

–No, se fue hace mucho.

–¿Ya se ha ido?

–Hoy hacía horas extra.

No había mucho más que añadir. Hacía tiempo que Taye había renunciado a tener una relación más cálida con su madre. No podía darse golpes contra aquel muro eternamente.

–Nos vemos pronto –añadió Taye.

–Lo estoy deseando –repuso su madre, pero sonaba tan poco sincero…

Taye se sintió más deprimida que nunca. No tenía ganas de ver a nadie, así que decidió no acudir a la fiesta. Sobre las ocho, decidió premiarse con un buen baño de espuma. Sería un lujo estar en el agua hasta que se le arrugase la piel. Normalmente no quería monopolizar el cuarto de baño, así que se daba duchas rápidas. Pero aquella noche tenía la casa para ella sola.

No quería pensar más en Magnus ni imaginar dónde podía estar. Era obvio que de visita en la casa de alguna mujer. Taye deseó que

Elspeth, o quien fuera, perteneciera al tipo de mujer que repartía las tareas domésticas con su compañero y obligara a Magnus a pasar la aspiradora por la casa antes de volver. Pero, ¿cuándo iba a volver? El último fin de semana había regresado la noche del lunes.

Estaba saturada de pensar tanto en él. Intencionadamente tenía que expulsarlo de su mente. El agua se estaba enfriando cuando le pareció oír el sonido de la puerta. Taye escuchó atentamente. Se quedó horrorizada y sin habla cuando de repente Magnus abrió la puerta del cuarto de baño.

Se miraron asombrados por un momento, quizá unos segundos.

Magnus se había quedado atónito ante la visión de aquel cuerpo delgado y húmedo, el pelo rubio recogido en un moño y los hermosos pechos redondos con sus pezones rosados. Taye permaneció tumbada mientras él recorría su cuerpo con la mirada.

De repente Taye se sentó y se tapó el pecho con los brazos.

–No sabía que… –tartamudeó con voz quebrada. Recuperó la voz–. ¡Sal de aquí! –gritó. Y se alegró de que él se diera la vuelta y se marchara sin decir palabra.

Estaba turbada y agitada. ¡Qué horror! La había visto desnuda. Su vientre, sus pechos… Trató de olvidarlo y salió de la bañera. Se sentía completamente avergonzada, y no sabía si se iba a atrever a mirarlo de nuevo a la cara. Rápidamente se secó. No sabía por qué se apresuraba, ya que en realidad no tenía ninguna prisa por salir del baño y volverlo a ver.

Taye se puso el camisón limpio y recogió el baño. Ya no podía hacer nada más allí encerrada, así que se puso el quimono y salió corriendo hacia su dormitorio.

Se sintió aliviada al no cruzarse con él, pero la tranquilidad duró poco, ya que oyó que llamaban suavemente a su puerta. Estuvo a punto de gritarle que se fuera de allí, pero su sensación de rechazo se mezclaba con una necesidad imperiosa de volverlo a ver. Abrió la puerta de forma poco amistosa.

–¿Sí? –demandó. Los ojos grises de Magnus miraban fijamente su rostro ruborizado.

–¿Te han dicho alguna vez que realmente tienes un cuerpo precioso? –tuvo el descaro de preguntar. Taye se quedó boquiabierta y palideció.

–¡Lo mínimo que me esperaba era una sincera disculpa! –exclamó furiosa, mirándolo con hostilidad. En aquel instante vio en los ojos de Magnus un brillo extraño e intuyó que no le iba a gustar su respuesta.

–Me gustaría decirte que siento mucho… que siento mucho ser

el único hombre que te ha visto desnuda. Pero lo cierto es que no lo siento en absoluto.

Taye lo odiaba, la iba a volver hacer reír. Se contuvo.

–¡Me indignas, Magnus Ashthorpe!

–¿Posarías para mí? –preguntó amablemente. Fue entonces cuando Taye cayó en la cuenta de que no tenía un interés personal en su cuerpo, sino que de nuevo la estaba mirando con sus ojos de artista.

–Pensaba que sólo pintabas retratos. Supongo que no estarás pensando retratarme.

–Estoy pensando que en tu caso lo que me gustaría pintar es un desnudo –contestó cálidamente. Taye tuvo que contener de nuevo una carcajada. Se giró para que él no se diera cuenta, pero él siempre se daba cuenta de todo.

–Buenas noches, señor Ashthorpe.

–Buenas noches, bella doncella –contestó mientras ella cerraba la puerta con una sonrisa dibujada en los labios.

Cuando se metió en la cama Taye todavía conservaba la sonrisa. Estaba contenta de que Magnus estuviera en casa.

Taye se despertó la mañana del domingo preguntándose por qué Magnus había regresado a dormir a casa aquella noche. Se preguntaba también si ya habría salido de nuevo. Pero allí estaba, revisando la prensa dominical.

–¿Té? –le ofreció al entrar en el salón.

–Acabo de tomar uno, gracias.

Taye regresó al salón con su taza queriendo charlar con él pero, al mismo tiempo, no quería interrumpirlo. Magnus dejó el periódico a un lado y la observó.

–¿De qué quieres hablar? –preguntó Magnus adivinándole el pensamiento.

–¿Soy tan transparente?

–Es que tengo una bola de cristal –contestó solemne.

–Pues es una pena que no la usaras anoche cuando entraste en el baño sin llamar –se ruborizó y se arrepintió al instante de haber sido ella quien hubiera sacado aquel tema de conversación.

–¿Cómo iba a saber que no acudirías a la fiesta anoche? ¿Cómo iba a suponer que estabas en el baño si sueles cerrar con pestillo? ¿Cómo iba a saber que estabas completamente desnuda?

–No eché el pestillo porque pensaba que no vendrías a dormir.

–¿De dónde te sacaste esa idea? –preguntó Magnus interesado.

El hecho de que hubiera salido con su bolsa de mano era la pista concluyente, pero admitirlo significaba admitir también que había estado espiando desde la ventana.

–Te vi marchar con la bolsa de mano –reconoció honestamente. Magnus la miró en silencio un rato.

–¿No puede un hombre llevar la colada a casa de su madre sin que tú hagas especulaciones al respecto?

–¿Tu madre vive cerca de aquí? –preguntó sorprendida.

–En algún sitio tiene que vivir.

–Aquí tenemos lavadora.

–No podía usarla.

–¡No te la estaba ofreciendo! –exclamó Taye. A veces aquel hombre era odioso–. Y ¿qué haces viviendo aquí cuando tu madre vive en la ciudad?

–La quiero mucho, pero no he vivido en su casa desde que me fui a la universidad. ¿Tú podrías volver a vivir con tu madre?

–Vale, ya te entiendo –repuso Taye, quien deseó tener una relación cercana con su madre como la que parecía que Magnus tenía con la suya–. Entonces, ¿qué ha pasado con Elspeth? ¿Qué pasa con tus amiguitas? –soltó. Era lo justo saber algo de sus amigas, ya que ella le había contado todo sobre Julian y Damien.

Magnus la miró sorprendido y ella pensó que quizá hubiese sido un poco brusca.

–¿No pretenderás que les lleve a ellas mi ropa sucia?

Una vez más Taye se debatió entre matarlo o echarse a reír.

–Tú lo sabes todo sobre Julian y Damien.

–Espero que no me estés proponiendo jugar a «beso, atrevimiento o verdad».

–¡Para nada! –exclamó Taye, pero en realidad eso era lo que quería–. Tan sólo estaba intentando enriquecer nuestra convivencia –se excusó. Magnus soltó una carcajada y ella estuvo a punto de golpearlo.

–La verdad es que no estoy para confesiones de adolescentes –y antes de que Taye pudiera ofenderse, prosiguió–: Si no tienes planes, te invito a comer.

–No puedes permitírtelo –replicó sin pensar.

–No te estaba proponiendo ir al restaurante más caro de la ciudad.

–Te diré lo que haremos. Te invitaré a una cerveza y a una empanada –repuso Taye. Él la miró con dulzura. Había una nueva luz en su mirada que la desconcertó.

–Acepto –dijo con calma. Miró a la ventana–. Hace sol, creo que

voy a leer el periódico en el jardín. Avísame cuando quieras que salgamos.

Taye se pasó diez minutos delante del armario tratando de encontrar algo elegante. Aquello era absurdo, ¿quién se arreglaba tanto para salir a tomar algo? Eran las doce y diez cuando se puso unos vaqueros y una camiseta bastante bonita. Salió al jardín, donde Magnus charlaba con Jane y Huw Davies, los vecinos del piso de arriba que también habían salido a disfrutar del sol.

–¿Estás preparada? –preguntó Magnus poniéndose de pie.

Charlaron un rato más con los vecinos antes de entrar en la casa. Magnus fue a lavarse las manos y Taye fue consciente de que estaba nerviosa por salir con él. Justo en el momento en el que se disponían a salir el teléfono sonó.

–¿Esperas alguna llamada? –preguntó al atractivo hombre que la acompañaba–. Quizás sea Hadleigh –añadió Taye corriendo hacia el teléfono–. ¿Hola?

–¿Taye?

–Hola, mamá –contestó al reconocer aquella voz. ¿Cuánto dinero querría aquella vez? Magnus estaba escuchando, así que tendría que mantener la compostura–. ¿Puedo hacer algo por ti?

–Es tu hermano.

–¿Qué le pasa?

–Nada, salvo que está hecho un holgazán. Está intratable –respondió bruscamente. Taye conocía a su hermano, conocía sus virtudes y sus defectos y, si de una cosa estaba realmente segura, era de que no era ni holgazán ni difícil.

–¿Qué quieres decir con holgazán? –exclamó, olvidando que Magnus estaba delante.

–Hoy ha decidido no ir a trabajar.

–¡No me creo eso de Hadleigh! –allí había algo raro. Intuía que su madre era la responsable, pero no quiso preguntarle porque sabía que esa no era la mejor estrategia–. Se debe de sentir mal por algo.

–Ahora está en su habitación, escribiendo una carta a la universidad de Oxford rechazando su plaza.

–¿Que está haciendo qué? –preguntó a punto de desmayarse.

–Se ha empeñado en que tú no debes financiarlo. Dice que…

–¡Se lo has dicho! –explotó Taye–. ¡Aunque te lo pedí expresamente, le has dicho que voy a pedir un crédito al banco! ¿Cómo has podido hacerlo? ¡Sabes lo sensible y orgulloso que es! –gritó Taye encendida.

–¿Con quién te crees que estás hablando? –la interrumpió Greta Trafford. No estaba de humor para escucharla y, para

demostrárselo, le colgó el teléfono.

Taye estaba tan enfadada que llamó de nuevo.

–Quiero hablar con Hadleigh, por favor –dijo tratando de controlarse. Pero su madre volvió a colgar. Enfadada dejó el teléfono en su sitio y entonces se acordó de que Magnus la estaba esperando.

–¿Problemas? –preguntó Magnus, y Taye fue incapaz de disimular.

–Necesito ir a Pemberton.

Tenía que pensar en cómo llegar allí antes de que Hadleigh enviara la carta. Tenía que llegar ese mismo día.

Magnus no dijo nada ni preguntó sobre el plan de salir a comer. Se hizo cargo de la situación y recordó lo mal comunicado que estaba Pemberton los fines de semana.

–Yo te llevaré –ofreció de repente.

–Pero si no tienes coche –le recordó ella.

–Pediré uno prestado –dijo antes de salir por la puerta.

Taye se sentía muy agradecida porque estaba realmente preocupada por su hermano. No le importaba qué coche le prestara alguno de sus amigos, seguramente también con poco dinero. Aunque fuera una tartana sería suficiente si llegaban hasta Pemberton antes de que Hadleigh enviara esa carta y arruinara su futuro.

Estaba tremendamente agradecida también por que Magnus no la hubiese acribillado a preguntas; simplemente se había dado cuenta de su agobio y había actuado. En aquel momento era el mejor compañero de piso del mundo.

Capítulo 6

Taye no tuvo mucho tiempo para preocuparse por Hadleigh antes de que Magnus regresara. Estaba tan nerviosa que no se movió de la ventana del comedor, y desde allí asomada divisó un flamante coche último modelo que se detenía en la puerta.

Al principio ni se le ocurrió pensar que podía ser Magnus y se quedó de piedra cuando se dio cuenta de que, efectivamente, era él quien estaba al volante. Su compañero de piso tenía al menos un amigo que no era tan pobre como él.

Al atravesar el portal vio que el señor M. A. Penhaligon había recogido ya su correo. ¿Quién sería? Obviamente no era una visita de los Davies, porque habría salido con ellos al jardín. En cualquier caso Taye tenía cosas mucho más importantes en las que pensar, por ejemplo Hadleigh. En aquel momento vio a Magnus al otro lado de la puerta.

–Vámonos –dijo Magnus enérgicamente. Taye no abrió la boca hasta que estuvo sentada en los asientos de cuero del coche.

–¡Vaya coche! –exclamó Taye, pero en realidad estaba pensando en si Hadleigh habría llegado ya al buzón a echar la carta.

–A veces merece la pena tener amigos con algo de dinero.

–¿Es la primera vez que conduces este coche?

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque lo conduces como si lo conocieras de toda la vida.

–Estos coches son fáciles de conducir –contestó Magnus encogiéndose de hombros. Hubo un silencio en el que Taye volvió a sentirse inquieta por su hermano.

–¿Y a tu amigo no le ha importado prestarte el coche? –preguntó Taye para dejar de pensar en la inquietante escena que la esperaba en Pemberton.

–No sabe que lo estoy usando.

–¿Lo has robado? –preguntó alarmada.

–No, mujer. Es que… él está fuera.

–¿Y de dónde has sacado las llaves?

–Tú fuiste detective en otra vida, ¿verdad?

–¿De dónde las has sacado? –insistió Taye. Estaba desesperada por llegar a Pemberton, pero no tanto como para arriesgarse a que Magnus fuera acusado de robo.

–La novia de mi amigo me la dio. ¿Satisfecha?

–¿Es la misma novia que se mudó a la casa cuando tú te marchaste?

–Veo que sigues investigando con tu lupa –contestó Magnus en broma. Taye esperó y finalmente obtuvo su respuesta–. Lo cierto es que sí, Mick dejó las llaves del coche cuando…

–¿No se llamaba Nick? –lo interrumpió Taye.

–Pero bueno, ¿qué es esto? –preguntó Magnus.

–Perdona. Supongo que estoy tratando de distraerme para no pensar en el panorama que me está esperando cuando lleguemos.

–Hay un problema con tu hermano, ¿verdad?

Estaba claro que Magnus se había enterado de todo, así que no tenía ningún sentido mentirle, sobre todo después de que había pedido un coche prestado para ayudarla.

–Hadleigh está a punto de echarse atrás en su solicitud de ingreso en la universidad. Tengo que hablar con él e intentar hacerle entrar en razón.

–¿Crees que te escuchará?

–Es muy orgulloso y cabezota –Taye no sabía si lograría convencerlo.

–¿Quieres que lo intente yo? –se ofreció Magnus.

–¡Oh, no! Es problema mío, yo lo resolveré. No quisiera…

–El orgullo debe de ser cosa de familia –comentó. Pero tuvo el tacto suficiente como para dejar el tema estar y no dijo nada más.

Estuvieron un buen rato en silencio. Taye reflexionaba y ponía en orden los argumentos para convencer a su hermano cuando le vino una pregunta a la mente:

–¿Cuánto tiempo ha estado tu amigo fuera? –dejó caer.

–Mucho. Quizás un mes o dos.

–¿Antes o después de que vinieras al apartamento? –preguntó. Magnus se estaba dando cuenta del rumbo que estaba tomando la conversación.

–Justo cuando su novia se fue a vivir con él se tuvo que ir fuera. Y no, su novia no ha viajado con él.

–Lo que significa, si no trabaja, que está en la casa mientras tú estás pintando en el estudio –reflexionó Taye–. Si tu amigo Nick o Mick Knight iba a estar fuera, ¿cuál era el problema para que tú te quedaras allí?

–El problema precisamente es que él está fuera. Es un hombre celoso. Muy buen amigo, pero no quería que yo me quedara a dormir allí en su ausencia.

–¿Y no le importa que sigas trabajando allí?

–¿Lo que quieres decir es que piensas que puedo llegar a ser tan poco leal con mi amigo como para suponer un peligro durante el día?

Taye se arrepintió de haber iniciado aquella conversación. No obstante había algo que fallaba en su explicación, y no era porque ella sintiera celos.

–Que yo sepa los juegos de manos no sólo se practican en la noche –comentó suavemente.

–Que yo sepa, querida Taye, no eres la persona más cualificada para hablar de juegos de manos, ¿no? –respondió con dulzura tras mirarla.

Llegados a aquel punto, Taye decidió dejar pasar el tema. Se sentía muy inquieta y bastante agobiada. Pero aquella inquietud no tenía nada que ver con los celos. ¿Por qué debería estar ella celosa?

Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Hadleigh volvió a su mente. No podía dejar que perdiera su oportunidad, tenía que ir a Oxford. La decisión estaba tomada.

¿Cómo había podido su madre decirle que Taye iba a financiar sus estudios? Estaba furiosa. Estaba cantado que el orgullo de Hadleigh nunca le permitiría aceptar aquel dinero.

–Es la siguiente calle a la derecha –estaban llegando a aquella casa ostentosa y fría–. Te estoy realmente agradecida por que hayas pedido prestado el coche y me hayas traído hasta aquí, Magnus…

–¿Pero? –preguntó. Aquel hombre tenía la capacidad de leer el pensamiento de Taye.

–Pero creo que voy a tener una larga conversación a solas con Hadleigh.

–¿Quieres que me quede en el coche?

–En absoluto. ¿Te importaría que te abandonara y…?

–¿Y dejarme a solas con el monstruo de tu madre? ¡Ni muerto!

–No es tan monstruosa –dijo Taye cruzando los dedos.

–Tú haz lo que tengas que hacer y yo me adaptaré a la situación.

–¡Oh, Magnus! –estaba emocionada. Inclinó la cabeza y lo besó–. Perdón –añadió retrocediendo inmediatamente. No había sido un beso suave como el que él le había dado días atrás.

–Tus emociones están a flor de piel ahora mismo –justificó Magnus para su alivio–. Vamos, hasta que lo hagas no te vas a sentir mejor.

Era cierto, estaba muy agitada. Entraron en la casa y presentó a Magnus y a su gélida madre.

–¿Es ése su coche, señor Ashthorpe? –preguntó Greta Trafford, interesada en el flamante automóvil.

–Magnus lo pidió prestado cuando le dije que quería venir aquí –contestó Taye.

–Ya me extrañaba a mí que a mi hija le tocara en suerte algo más que un artista pobretón.

–¡Mamá! –gritó Taye consternada–. Magnus, yo… –dijo girándose horrorizada. Pero Magnus no parecía ofendido, más bien parecía estar divirtiéndose.

–¿Por qué no vas a buscar a Hadleigh? –sugirió él amablemente.

–Tú… –Taye dudaba. De repente sintió que tenía que protegerlo de su madre.

–Ve –le ordenó él.

Taye miró a su madre, a quien en otras circunstancias habría tratado con amabilidad. Pero era incapaz de ser cortés con ella después del comentario desafortunado que acababa de hacer. Sin decir nada se dirigió hacia la habitación de su hermano, deseando que aún no se hubiera marchado. Lo encontró en su cuarto, tumbado en la cama y con la mirada perdida en el techo.

–¡Taye! –exclamó sentándose en la cama–. ¡Mamá te ha llamado! No debería haberlo hecho. No voy a ir –añadió, sabiendo cuáles eran las intenciones de su hermana.

–¡Oh, cielo! –exclamó Taye corriendo a sentarse al lado de su hermano–. No puedes dejar pasar esta fantástica oportunidad.

–Es imposible –repuso con tristeza.

–No es imposible. No hay…

–No voy a aceptar tu dinero –la interrumpió decidido.

–Ya tengo el dinero para ti –dijo, persistiendo en su intento.

–No lo voy a aceptar, Taye –repuso él negando con la cabeza–. Lo he pensado una y otra vez y no voy a permitir que financies mis estudios.

–Pero…

–No insistas –la interrumpió–. Valoro tu oferta, de verdad. Pero no te resultaría fácil, ¿verdad?

–Sí lo sería, además son sólo unos años y…

–Unos años en los que además mamá va a estar encima de ti cuando lleguen sus facturas y no tenga dinero ahorrado. También ha dejado caer que espera que yo le envíe dinero desde Oxford de algún trabajo que consiga, eso si no me pide el dinero de la beca. Me veo cargado de deudas y teniendo que devolver los préstamos después de que acabe la carrera, y sin garantía alguna de conseguir un trabajo decente que me permita pagarlo todo.

–Te ayudaré. Sabes que…

–No –la interrumpió. Taye nunca lo había visto tan convencido–.

Tu oferta es maravillosa, pero no quiero hipotecar años y años de mi vida con deudas, y sé que mamá no va a parar de pedir. No quiero cargarte a ti también con años de deudas.

Con lo tímido que era, aquél era todo un discurso para Hadleigh, y mostraba su grado madurez. Taye pensó que ambos deberían ser lo suficientemente fuertes como para negarle a su madre todo el dinero que les exigía, ya que ella recibía una cantidad mensual sustanciosa de su padre.

Pero había cierto chantaje emocional. Taye y Hadleigh eran incapaces de hacer oídos sordos a las peticiones de su madre.

–Hadleigh, escúchame… –insistió Taye.

Quince minutos después, tras intentar persuadirlo por todas las maneras posibles de lo importante que era aquella decisión, Taye se rindió ante la evidencia de que era imposible convencerlo. De ninguna forma iba a aceptar que ella lo financiara. La única opción era conseguir tiempo para inventar una propuesta mejor que él pudiera aceptar.

–Pensaré en algo –dijo sin tener ni idea de qué podría ser ese algo–. Tan sólo prométeme que no enviarás esa carta hasta que te haga una propuesta.

–No hay salida. Si hubiera una manera de que pudiera seguir estudiando sin ser una carga para ti, ya la habría tomado. Pero no la hay, y los dos lo sabemos.

–Pero no tienes por qué enviar la carta ahora. Te quedan cinco o seis semanas hasta los exámenes. No hay ninguna maldita razón por la que tengas que enviarla antes.

–Esperaré hasta que obtenga los resultados –aceptó finalmente. Aunque no parecía muy convencido, el argumento le había parecido lógico. Taye se sintió aliviada.

–Y me llamarás antes de hacer cualquier movimiento, ¿vale? ¿Prometido?

–Eres una cabezota –dijo sonriente–. Prometido.

–Bien. Ahora baja a saludar a Magnus. Ha pedido prestado un coche para acercarme.

–Oh, Taye... Os he causado muchas molestias a los dos.

–Para eso están las hermanas –contestó dulcemente.

–Y los compañeros de piso.

Su madre estaba sola en el salón cuando bajaron.

–¿Dónde está Magnus? –preguntó Taye. Al echar una mirada rápida por la ventana vio que el coche estaba en la puerta todavía. Se tranquilizó; por un momento había pensado que se podía haber hartado de su madre y se habría marchado a Londres… sin ella.

–Está en el jardín. Parece que los colores de los geranios son espectaculares.

–Es un artista –afirmó Hadleigh.

–Ya me lo has dicho –repuso su madre secamente. Taye se preguntó si su hermano habría estado elogiando a Magnus.

–Voy a ver cómo está –dijo Taye para escaparse al jardín.

Vio a Magnus antes de que él la viera a ella, y el corazón le dio un vuelco. No le hacía falta analizar el poderoso sentimiento que había surgido en su interior cuando Magnus en el coche le había dicho: «Haz lo que tengas que hacer, yo me adaptaré a la situación». Y ella lo había besado. Había experimentado un instinto de protección hacia aquel hombre que sabía perfectamente como valerse por sí mismo. Era inevitable. ¡Estaba locamente enamorada de él!

Se sentía confundida ante semejante descubrimiento. Magnus no la había visto, pero adivinó su presencia.

–¿Está todo arreglado? –preguntó antes de darse la vuelta.

Taye se dirigió hacia él, conteniendo el aire. Esperaba que él no descubriera el amor en su mirada, que su tono de voz fuera el habitual.

–Hadleigh ha escrito una carta que acabará con sus opciones de estudiar si la envía. He conseguido que me prometa que por ahora no la mandará –contestó sonriendo–. ¿Qué tal tú?

–¿Yo? –preguntó como si no supiera de qué le estaban hablando.

–¿Ha sido mi madre muy desagradable? –ya no había ninguna necesidad de fingir.

–Realmente desagradable –respondió amablemente. Taye ya lo suponía, por eso él había buscado refugio en el jardín–. ¿Cuántos años me dijiste que tenías cuando te marchaste de casa?

–Veinte, hace tres años –contestó ella. Él se abstuvo de comentar que cómo había aguantado tanto. Taye cada vez lo quería más.

–¿Nos vamos? –preguntó Magnus.

–Cuando tú digas –no quería someterle más tiempo a la compañía corrosiva de su madre.

Aunque la verdad fue que no vieron a Greta Trafford más, ya que se había ido a su dormitorio y Taye sabía que no le gustaba que la molestaran.

Hadleigh salió al jardín con ellos y admiró el coche.

–Yo en cambio voy a sacar mi bici, tengo que ir a trabajar al restaurante –le explicó a Magnus–. Ya les he debido de hacer bastante faena al no ir este medio día.

–¿Los avisaste? –preguntó Magnus.

–Sí, claro. Tenía que darles una explicación.

–Entonces estoy seguro de que te lo perdonarán. Si vas ahora seguro que puedes echar una mano fregando.

Hadleigh sonrió cuando le dio la mano al hombre de quien su hermana estaba enamorada. Magnus le abrió la puerta del coche a Taye.

–¡No has comido! –exclamó Taye cuando emprendieron el camino de vuelta–. ¡Te había prometido que te invitaría a tomar algo! La llamada de mi madre ha hecho que me olvide de todo. ¿Quieres que paremos en algún sitio de camino?

–Tú tampoco has comido.

–No tengo hambre, pero tú…

–Tomaremos algo cuando lleguemos a casa –propuso Magnus.

Aquello era un plan perfecto para Taye. Sonaba tan bien: «casa, nuestra casa». Pero tenía que pensar sobre asuntos más importantes, como de qué forma conseguir que Hadleigh estudiara si estaba completamente convencido de que no iba a aceptar su dinero.

Su dilema pasó a un segundo plano cuando fue de nuevo consciente de que el hombre que estaba sentado a su lado era el dueño de su corazón.

–¿Te sientes mejor ahora? –preguntó Magnus.

–¿Quieres decir menos alterada?

–¿Siempre te pones así cuando ves a tu madre?

–Me temo que sí –admitió Taye. Sin proponérselo estaba siendo leal y sincera con el hombre al que amaba.

–Entonces no pasa nada porque estés conviviendo con un artista pobre, ¿no? –comentó alegre.

Taye lo miró. El lado hiriente de Magnus había desaparecido por completo. Tan sólo estaba intentando quitarle hierro a la situación tensa que habían vivido y Taye lo quería todavía más por ese gesto. Él estaba a su lado y era una buena persona.

Los pensamientos de Taye saltaron de Magnus a Hadleigh durante todo el trayecto. Aunque la verdad era que el estar tan cerca de Magnus le provocaba tal vértigo que le resultaba imposible centrarse en el problema de su hermano.

Decidió que debía posponer las reflexiones serias hasta que estuviera a solas, sin Magnus a su lado. Entonces idearía algo, aunque no tenía ni idea de qué podía ser. Cinco minutos después llegaron a casa.

–¿Unos sándwiches calientes o echamos un ojo a la nevera? –preguntó Taye cuando coincidieron en la cocina.

–¿Crees que tu madre realmente permitiría que pidieras un

crédito al banco para pagar los estudios de Hadleigh? –preguntó, sin responder a la pregunta.

Taye no podía ofenderse; en realidad él había escuchado la acalorada conversación telefónica que había mantenido con su madre. Lo raro era que hubiera tardado tanto rato en formular aquella pregunta. Quizás hubiese percibido que ella estaba muy alterada en el coche y hubiese decidido esperar un poco.

–Oh, claro. Me temo que sí que sería capaz.

–¿Entonces con qué intención ha informado a Hadleigh de tus planes, si tú le habías pedido expresamente que no lo hiciera?

Aquélla era una pregunta que Taye no se había planteado.

–No sé… –contestó tomándose su tiempo para buscar una respuesta. Suponía que aquella conducta tenía que ver con que su madre no disfrutaba si no molestaba a los demás. Pero, aparte de la satisfacción de verlos a todos pasar por el aro, ¿qué ganaba ella?–. Lo único que se me ocurre es que está ansiosa por no perder el dinero que ahora Hadleigh aporta a sus arcas. No obstante, sabe que yo la ayudaré si está en dificultades económicas.

–¿La ayudas económicamente?

–No mucho –dijo dando un rodeo. Aquel hombre era sagaz–. Mi padre le ha asignado una cantidad mensual sustanciosa.

–Pero nunca es suficiente, ¿no?

Nunca sería suficiente, eso era un hecho. Aunque le dieran el doble de dinero, Greta Trafford aún querría más.

–Supongo que tampoco es fácil para ella –añadió Taye. No estaba siendo sincera, pero se sentía incómoda hablando mal de su madre. Aunque fuera con Magnus, el hombre al que amaba.

Quizás Magnus se hubiera dado cuenta de que la conversación estaba siendo embarazosa y por eso cambió de tema.

–¿Y qué hay de tu padre?

–¿Qué pasa con mi padre? –preguntó Taye sin pestañear.

–¿Lo vas a llamar?

–¿Para qué?

–Para ponerle al corriente de los últimos acontecimientos.

–¡No puedo hacer eso! –exclamó horrorizada de sólo pensarlo.

–¿Por qué no?

–Porque no –contestó mirándolo fijamente. Él no podía entenderlo.

–Parece que es un hombre honesto –contestó de forma lógica y masculina mientras mantenía su mirada.

–¡Es un hombre honesto! –soltó Taye. No iba a consentir que nadie, ni su amado Magnus, cuestionara a su padre. Observó la

mirada tranquila de él y decidió calmarse un poco–. Ya le llegará el momento de tener que saber que Hadleigh ha decidido no aceptar su plaza universitaria…

–Tal y como tú lo decidiste –interrumpió Magnus suavemente.

–Yo supe mucho antes de mis dieciocho años que no iba a ir a la universidad –repuso. La mirada tranquila de Magnus la estaba empezando a poner nerviosa.

–¿Qué dijo tu padre de aquello? –insistió. Taye lo miraba sorprendida ante la tenacidad con la que estaba investigando la implicación de su padre con ella y con su hermano.

–Ya que quieres saberlo, le hice creer que la decisión de no ir a la universidad la había tomado yo.

–¿Mentiste?

–Oh, cállate –dijo entre dientes. Después de unos segundos en silencio se sintió forzada a reconocerlo–. Sí, supongo que sí. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Él le había entregado a mi madre la casa y todo el dinero. No tenía nada más.

–Y tu madre quería tus ingresos, no que tú estudiaras –aquello fue una afirmación, no una pregunta.

–Muy perspicaz. Creía que eras un artista, no un cerebrito.

–Te quedarías impresionada si supieras lo que vemos los artistas –replicó–. Entonces, ¿no vas a informar a tu padre de que su hijo va a perder una gran oportunidad?

–¡No puedo! –exclamó con resignación–. ¿No lo ves? Precisamente porque mi padre es un hombre honesto no puedo decírselo. Mi padre ha conocido a alguien, una mujer muy agradable, una profesora. Los años que pasó con mi madre fueron un infierno y a veces me pregunto cómo aguantó tanto tiempo viviendo en casa. Ahora está a punto de conocer la felicidad con Hilary, y si yo le digo que Hadleigh no va a ir a la universidad por razones económicas, estoy segura de que cancelaría su boda.

–¿Por qué?

–Porque sentiría que no tiene dinero suficiente para atendernos a nosotros y a su esposa. O aún peor, pensaría que el sueldo de su esposa estaría contribuyendo a pagar lo que es tan sólo responsabilidad suya. Nunca aceptaría algo así.

–¿Y aceptaría que tú te empobrecieras con un crédito bancario?

–¡No se lo diría! Le daría un ataque si… –se paró en seco, había algo en la quietud de Magnus que le indicaba que aquel cerebro de artista había descubierto algo nuevo–. ¿Qué?

–Presumiblemente, hasta recibir la llamada de hoy de tu madre, estabas decidida a pedir ese crédito, ¿no es así?

–Quizá pueda hacerlo si convenzo a Hadleigh de que no me estoy… Eh, para decirlo con tus palabras, empobreciendo. Pero es tan orgulloso...

–No quiero entrometerme, pero…

–¡No has hecho más que entrometerte desde que llegamos a casa! –protestó.

–Somos compañeros de piso; lo podemos compartir todo –replicó. Taye tuvo que sonreír–. Perdóname, pero sé que tienes dificultades económicas. ¿Cómo pensabas pagar el crédito que quieres pedir?

¡No! ¡No quería decírselo! Lo amaba, lo amaba tanto que no soportaba la idea de que tuvieran que separarse. Quería seguir viviendo con él. Pero aún así sabía que si seguía los pasos de su plan inicial tendría que vivir en otro lugar. Taye apartó la mirada de los ojos de Magnus.

–¡No has comido todavía! –dijo como si tal cosa–. No has comido y…

–¿Cómo lo ibas a pagar? –Magnus no quería cambiar de tema–. Supongo que ésa es la primera pregunta que te hacen en el banco antes de considerar si te conceden o no un crédito. ¿Cómo pensabas devolver el dinero?

Intentó contestar, pero no pudo. Él esperaba una respuesta. Llevaba tiempo intentando decírselo, pero él le había robado el corazón.

–Yo… –dijo sintiéndose rota, culpable y dolorosamente enamorada–. Yo me iba a… mudar a un sitio más pequeño, más barato –consiguió por fin decir con voz temblorosa. Magnus la miró seriamente durante unos segundos que parecieron una eternidad.

–¿Te ibas a ir de aquí? ¿Ibas a dejar este piso?

–No quería. Sabes que me encanta vivir aquí, pero no me quedaba otra salida.

–Ya veo –contestó Magnus secamente. Su tono de voz había cambiado–. Tengo que suponer, como inquilino de esta casa, que me ibas a informar en algún momento. ¿O pensabas esperar a que llegara un día a casa y descubriera que habías recogido tus cosas y te habías largado?

–¡No! Te lo iba a decir.

–¿Cuándo? ¿Antes o después de irte?

–No, por favor, Magnus no –suplicó–. Te lo quería decir, sólo que… –no podía continuar. ¿Cómo le iba a decir que no se lo había contado porque estaba demasiado ocupada enamorándose de él?–. Por favor, no… –era incapaz de mirarlo, y clavó su mirada en el

suelo.

Quizá fuese algo que Magnus percibió en los ojos de Taye, o quizá en su tono de voz, pero se acercó a ella y la tomó entre sus brazos.

–Mi pobre niña, llevas todo el día de vorágine emocional. Ya has tenido bastante, ¿verdad, mi amor? Suficientes incidentes como para que ahora yo también te dé la lata –dijo con una voz tan suave que al escucharla Taye estuvo a punto de desmayarse.

–Te lo quería decir.

–Shh, deja que te abrace.

Taye se sintió en el séptimo cielo recostada sobre su pecho. Aquel abrazo no iba a durar eternamente, así que tenía que disfrutar cada delicioso segundo. Lo agarró por la cintura y sintió que él besaba suavemente su cabeza. Taye lo abrazó más fuerte, levantó la mirada y se encontró con aquellos cálidos ojos grises.

–No me mires así a no ser que… –dijo él.

–¿Mirarte cómo?

–Como si quisieras que te besara.

–Creo que… quiero que me beses –contestó ella con una sonrisa de ensueño dibujada en los labios–. Si no recuerdo mal, besas de forma maravillosa.

Él se rió e inclinó la cabeza. No quiso esperar a una segunda invitación y suavemente posó sus labios sobre los de Taye.

–Ooh –susurró ella cuando Magnus se separó para mirarla de nuevo–. Me ha gustado, ¿tienes más?

–No creo que… –intentó decir algo, pero de repente la sujetó más fuerte y la besó con pasión.

Magnus se perdió en aquellos brillantes ojos azules y la besó de nuevo, esa vez con más ardor. Ella sentía los latidos acelerados de su corazón a medida que lo correspondía.

Taye perdió la noción del tiempo de pie en aquella cocina. Sus cuerpos en contacto, besándose apasionadamente, abrazándose. Todo lo que sabía era que estar entre los brazos de Magnus era alcanzar la felicidad, la felicidad absoluta.

Cuando Magnus se separó un momento, Taye vio sus fogosos ojos grises y, a pesar de su incredulidad inicial, tuvo que reconocer que ella era la responsable de aquella pasión en su mirada.

Supuso que sus propios ojos debían también de reflejar el fuego encendido en su interior, porque Magnus la estaba mirando con ternura. Él besó primero una de las comisuras de sus labios, después la otra, y sonrió.

–Creo, señorita Trafford, que estaríamos más cómodos en otro

lugar.

Taye estaba dispuesta a estar de acuerdo con todo lo que él dijera. Sabía que su mirada transparente la había delatado de nuevo porque en el siguiente beso Magnus la tomó en brazos y la llevó hasta la habitación. Cuando llegaron cerca de la cama de Taye, la dejó en el suelo. Suavemente volvió a besarla, introduciendo su lengua juguetona en la boca entreabierta de Taye.

–¡Oh, Magnus! –suspiró abrazándolo más fuerte.

–Mi dulce Taye... –murmuró, deslizando las manos por debajo del suave tejido de su camiseta.

Taye contenía el aliento a medida que él iba subiendo las manos. Se aferró a su cuello y se le escapó un grito de deseo cuando Magnus finalmente acarició sus vibrantes pechos.

–Puedes decirme que pare en el momento que quieras –le dijo amablemente, teniendo en cuenta la inexperiencia de Taye.

–Qué sugerencia más perversa –susurró. Él no pudo evitar soltar una sonrisa que enamoró aún más a Taye.

Volvieron a fundirse en un beso interminable. Cuando su sujetador se desabrochó de forma misteriosa y pudo sentir la calidez de las manos de Magnus rodeando la tersa piel de sus pechos, Taye se desató. Estaba fuera de control.

–Quiero tenerte más cerca –murmuró tímidamente.

–Haz lo que tú desees –le ordenó él suavemente.

–¿Puedo desabrocharte la camisa?

–Me encantaría que me desabrocharas la camisa –respondió Magnus.

El corazón de Taye estaba apunto de estallar. Sus nerviosos dedos luchaban con los botones de la camisa.

–¿Estás nerviosa, cariño? –añadió, dejando de acariciar el pecho de Taye y tomándole las manos.

–Un poco –reconoció. Se estaba derritiendo con aquella forma de hablar tan cuidadosa. Sabía que no tenía que sentirse nerviosa. No había hecho el amor con Julian porque no lo amaba. Pero quería a Magnus con todo su corazón, por lo que se moría de ganas de hacer el amor con él.

–¿Estoy yendo muy deprisa? –preguntó él. Ella negó con la cabeza y continuó desabrochándole la camisa. Magnus la ayudó y se la quitó.

–¡Oh! –suspiró al ver su pecho y sus anchas espaldas. Tenía que tocarlo. Se le fueron las manos y rozó su vello, su piel, sus pezones. Tenía los ojos bien abiertos.

–¿Te molesta que explore?

–Mi amor, todo esto es nuevo para ti, ¿verdad? –y para demostrar que eso no suponía ningún problema para él, la tomó de nuevo entre sus brazos y la besó ardientemente.

Taye se dio cuenta de que Magnus le estaba quitando la camiseta, pero no sintió miedo. Después le quitó el sujetador y tampoco sintió miedo. Estaban los dos de pie besándose con la piel desnuda de sus cuerpos en contacto. ¿Por qué iba a tener miedo? Lo quería, él era su amor.

Pero cuando Magnus la miró, ella instintivamente tapó sus pechos. Él sonrió dulcemente; su mirada era tierna y comprensiva. La besó con tal entrega que Taye olvidó que estaba tratando de protegerse y rodeó a Magnus con sus brazos. Sus pechos desnudos tocaban el torso desnudo de él en su intento de estar tan cerca de Magnus como le fuera posible.

La siguiente vez que Magnus se separó para admirarla ella siguió acariciándole los hombros.

–Eres deliciosa –dijo antes de inclinar la cabeza y besar detenidamente aquellos pezones rosados. Un escalofrío de auténtico deseo recorrió el cuerpo de Taye.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que lentamente Magnus se había movido y estaban los dos tumbados sobre la cama. En aquel instante sí que sintió que los nervios entraban en acción.

Quería hacer el amor con Magnus. No había nada de malo en hacer el amor con él. Pero aun así…

En aquel momento Taye soltó un grito. Las manos suaves y experimentadas de él estaban introduciéndose por debajo de su pantalón, explorando partes de su cuerpo femenino que ningún hombre antes había traspasado.

–¡Magnus!

–Ahora no... –gruñó él, dejando quietas las manos.

–¿Qué? –Taye no sabía a qué se refería.

–Te dije que me podías pedir que parara en cualquier momento, pero no me esperaba que me lo dijeras a estas alturas –aclaró. Por la manera en que había gritado su nombre a Magnus le había parecido que se había echado atrás en un momento en el que era ya complicado–. ¿Sabes que te deseo? –preguntó bruscamente.

Ella lo sabía. No era tan inocente como para no notarlo. Ella también lo deseaba, pero también necesitaba, ansiaba, que él le dijera que la quería, aunque no fuera verdad. Porque no lo era.

–No quieres seguir, ¿verdad? –preguntó Magnus con un leve tono de tensión en la voz.

«¡Dime que me quieres!», pensó Taye. Tan sólo necesitaba unas

palabras de amor. Pero no había palabras cariñosas.

–Esto no está bien. Estoy confusa –dijo, aunque aquélla no era la verdad.

Ella quería hacer el amor con él, estaba ansiosa por explorarlo, por amarlo cuerpo a cuerpo. Magnus podría persuadirla demasiado fácilmente de que no había nada de malo en aquello.

Pero Magnus no parecía querer convencerla. A pesar de que podía sentir el calor ardiente del vientre de Taye bajo su caricia, retiró la mano y se sentó, dándole la espalda para no poder ver sus pechos.

–Más me vale ir a devolver el coche –gruñó, tratando de apartar sus pensamientos de aquel cuerpo ávido y deseoso que había tenido entre sus manos. Tomó su camiseta y salió a grandes zancadas de la habitación.

Capítulo 7

Magnus no regresó a casa a dormir aquella noche y Taye volvió a sentir que lo odiaba y lo amaba a la vez. Lo cierto era que aún no estaba preparada para verlo de nuevo ni sabía si algún día conseguiría estarlo. ¿Con quién estaría pasando la noche? Estaba en pleno ataque de celos.

Intentó pensar que después de devolver el coche había ido a casa de su madre. Pero el nombre de Elspeth martilleaba en su cabeza.

Después trató de pensar en Hadleigh y en cómo podría ayudarlo. Pero enseguida Magnus volvió a su cabeza, sobre todo el recuerdo de sus labios rozando los suyos.

Sus besos eran maravillosos, y sus abrazos, tiernos. Habían estado a punto de ser el uno del otro. Taye estaba tan confundida que no sabía si estar triste o alegre de que su encuentro amoroso se hubiera acabado en el punto en el que lo había hecho. En realidad, pensándolo después, no entendía cómo ella había puesto el punto final de una forma tan brusca.

Recordaba como le habían agradado sus palabras cariñosas, la forma en la que él había pronunciado su nombre y la había llamado «cariño». ¿Realmente Magnus había llegado a pronunciar las palabras «mi amor»? Los recuerdos eran tan embriagadores que dudaba de todo. Tan sólo estaba segura de que, aunque la hubiera podido llamar «mi amor», ninguna otra palabra de amor verdadero había salido por la boca de Magnus.

No sabía si todas las mujeres necesitaban que les dijeran que las amaban la primera vez. Él no lo había hecho porque ni la amaba ni la amaría nunca. Probablemente estaría pasando la noche con Elspeth y Taye lo odiaba con todas sus fuerzas.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la oficina, sintió que las lágrimas nublaban sus ojos, pero tenía demasiado trabajo como para detenerse a pensar en sus verdaderos problemas: qué hacer con Magnus y qué hacer con su hermano.

Julian Coombs fue a su mesa tras la comida.

–¿Has tenido un buen fin de semana? –preguntó Taye, haciendo esfuerzos por recordar que Julian había ido a un rally.

–Habría estado mejor si tú hubieras estado allí –contestó. Taye se quedó callada sin saber qué decir–. ¿Haces algo esta noche?

–La verdad es que tengo mucho que hacer.

–Tengo que volver a Edimburgo mañana pero regreso el viernes, ¿salimos el viernes por la noche?

Taye sabía que la situación era insostenible. Tenía que hablar con él, y no de un tema que pudiera ser tratado en la oficina.

–Tengo una conversación pendiente contigo –se atrevió a decir finalmente. La expresión en el rostro de Julian fue de preocupación.

–Yo también tengo algo que decirte –repuso seriamente.

Taye deseó con todas sus fuerzas que lo que Julian tuviera que decirle fuese que había conocido a alguien y que quería terminar la relación con ella.

–Entonces nos vemos el viernes –accedió Taye. No quería hacer una despedida pública en la oficina.

En cuanto se fue Julian de su mesa, Magnus apareció en su mente y tuvo que hacer serios esfuerzos para concentrarse en el trabajo.

Cuando llegó el momento de marcharse a casa Taye se preguntó si él estaría allí. ¿Quería verlo? Por supuesto que quería verlo; estaba enamorada de ese maldito hombre. Pero… Taye decidió que trabajaría una hora extra aquel día.

Media hora después se dio cuenta de que necesitaba volver a casa y ordenó la mesa, dejando el trabajo preparado para el día siguiente.

A medida que se iba acercando al apartamento los latidos de su corazón se aceleraron más y más. Cuando estaba casi llegando divisó una silueta conocida en la puerta del edificio. Era… ¡No podía ser! Aceleró el paso.

–¡Papá! –exclamó cuando estuvo lo suficientemente cerca como para que él la escuchara. Era la primera vez que visitaba aquella casa–. ¿Qué haces aquí?

–Estaba intentando entrar –contestó secamente.

–Pasa –dijo con una sonrisa. Supuso que Magnus no estaba en casa, porque si no habría abierto la puerta a su padre como ya había hecho con Hadleigh. Quizá no tuviera intenciones de volver,.

–Bonito piso –comentó Alden Trafford cuando entraron en el salón. Pero obviamente la intención de su visita no era admirar el piso, de eso Taye estaba segura.

–Siéntate, voy a preparar un poco de té –dijo un poco desconcertada ante tantas emociones.

En circunstancias normales su padre la hubiese llamado para

avisarla de que quería visitarla, o sea, que debía de haber ocurrido algo extraordinario. Ojalá todo fuera bien entre Hilary y él y no tuviera ningún inconveniente en conseguir el divorcio.

–¿Qué pasa, papá? –preguntó, entregándole una taza de té. Él no se anduvo con rodeos.

–He estado comiendo con tu hermano hoy. ¡Mi cielo, lo he hecho todo mal! Y tú has tenido que pagar los platos rotos, ¿verdad? –estaba tan disgustado que Taye se sintió fatal.

–Estoy bien –contestó sin saber qué era lo que lo tenía tan apesadumbrado.

–Me lo tenías que haber contado. Te tenía que haber insistido más. Tenía una venda en los ojos y creí todo lo que tu madre me dijo, aun sabiendo que miente más que habla. Nunca te debería haber dejado viviendo con ella, ahora lo sé. Pero, a pesar de conocerla tan bien, pensaba que era la persona que mejor podía cuidar de ti. Pensaba que estaba haciendo lo mejor para ti.

Taye sabía que aquello era cierto. ¿Cómo podría él haberse encargado de Hadleigh y de ella cuando se separó de su madre? Apenas tenía un techo dónde resguardarse. Pero todavía no sabía por qué su padre había ido a verla y parecía que de nuevo su madre tenía algo que ver con el problema.

–¿Ha pasado algo con mamá? –preguntó, segura de que así era.

–Tu madre me llamó anoche para informarme de que Hadleigh había decidido no ir a Oxford.

–¡No me lo puedo creer! ¡Lo ha hecho! Lo siento, no quería preocuparte… –dijo ansiosa.

–¡Pero tenías que habérmelo contado! –la interrumpió bruscamente. Acto seguido su mirada se suavizó–. Soy tu padre, Taye. Es mi responsabilidad preocuparme cuando las cosas van mal.

–Pero tú te vas a casar y yo no quería que…

–Creo que te conozco lo suficientemente bien como para entender por qué has hecho lo que has hecho. Pero tendrías que haber acudido a mí y yo podría haberlo resuelto.

–¿Podrías resolverlo? –preguntó respetuosa, pero dudando que realmente tuviera una solución.

–Claro que puedo. Y no tengas miedo, porque ya lo sé todo.

–¿Tú y Hilary, entonces…? –dijo mirándolo insegura.

–Nada va a cambiar nuestros planes –aseguró–. Sé lo que pretendías hacer por Hadleigh si él te hubiera dejado.

–¿Te lo ha contado?

–Sé también que se puso muy testarudo cuando vuestra madre le dijo que tú pretendías arruinarte para pagarle los estudios. Me ha

dicho que se negó en rotundo.

–Arruinarme es un poco exagerado –repuso sonriente, pero su padre no sonreía–. Yo quería hacer lo que fuese para ayudarlo.

–Lo valoro, Taye, pero ésa no es tu responsabilidad, es la mía. Y ya la he asumido –afirmó decidido.

Taye miró a su padre. Él no necesitaba mucho dinero, pero tampoco ganaba mucho.

–Mamá no debería haberte llamado.

–Alguien tenía que hacerlo y parece que tú no estabas dispuesta. Tampoco Hadleigh –la contradijo su padre.

–No te preocupes, papá. Yo me encargaré de que no pierda su oportunidad –repuso. Cada vez estaba más preocupada.

–No tienes que hacerlo. Ya te lo he dicho, yo he tomado las riendas de este asunto.

–¿Sí?

–Tu madre me dijo anoche que no podía mantener más a Hadleigh y además él había decidido no ir a la universidad. Casi la creí. Pero cuando se lo estaba contando a Hilary me di cuenta de que lo que Greta me había dicho me sonaba demasiado. De hecho, eran prácticamente las mismas palabras que me dijo cuando tú tenías dieciséis años y discutimos sobre si tenías que ir a la universidad o no. La decisión no la tomaste tú, sino tu madre, ¿verdad? –preguntó mirándola con tristeza.

–No podíamos permitirnos el lujo de pagar la universidad –admitió. Ya no era momento de mentir.

–Claro que podíamos. Un mes antes de que tú nacieras yo abrí una cuenta especial de ahorro para tu educación, por si algún día teníamos problemas económicos. Cuando nació Hadleigh abrí otra cuenta idéntica –declaró. Taye se quedó estupefacta.

–¡Yo no lo sabía! –exclamó atónita.

–Ahora soy consciente de que fui tonto al no decirlo, pero siempre os quise mantener al margen de los asuntos económicos. Pero, visto lo visto, os lo tenía que haber contado. De hecho, se lo he dicho a Hadleigh. Pensaba esperar hasta que le dieran las notas, pero lo he hecho hoy. Cuando tuve problemas económicos congelé vuestras cuentas, pero había suficiente dinero para pagar vuestros estudios. No tenías que haberte preocupado ni cuando tenías dieciocho años ni ahora. Me temo, mi vida, que tu madre quería quedarse con el dinero reservado para tu educación.

–¡Oh! Mamá sabía desde el principio que existían esas cuentas, ¿verdad? –estaba segura de que su madre se había gastado esos ahorros.

–Así es. El dinero siempre ha sido su dios, lo adora. Ahora también pretendía quedarse con el dinero para Hadleigh. ¡Casi no me doy cuenta! Pero nunca más. Esa mujer me ha sacado todo lo que tenía, pero ya he tenido bastante. A partir de ahora voy a revisar mis finanzas. Y tú, señorita, no le vas a entregar más dinero. He debido de pillar a Hadleigh en un momento de debilidad. Al principio estaba tan deprimido que no decía nada, pero cuando le he contado lo de la cuenta me lo ha confesado todo.

–¿Está bien? –preguntó preocupada.

–Nunca lo he visto mejor. Cuando le informé de que iba a venir aquí me dijo que te diera las gracias por todo y un fuerte abrazo. Le he pedido que se venga a Warwickshire a vivir conmigo, pero me ha dicho que primero tiene que esperar a que salgan sus notas, arreglar cosas de trabajo y atar algunos cabos sueltos antes de octubre. Probablemente se quede en casa cuando tenga vacaciones en la universidad.

–¿Le importará a mamá?

–No la culpo por carecer de instinto maternal, pero la verdad es que no me importa en absoluto si se ofende. Le he pedido que no os moleste más con asuntos de dinero, que si está tan mal económicamente, que venda esa casa tan grande. Con el dinero que conseguiría tendría para comprar dos buenas casas y aún le sobraría dinero para el día a día.

–¿Crees...? –en ese instante escuchó el sonido de la puerta de entrada–. Debe de ser mi compañero de piso –Taye se ruborizó, pero su padre miró hacia la puerta y no se dio cuenta.

–Hola, Magnus –dijo Taye, siendo consciente de que aún estaba roja–. Ven a saludar a mi padre –los dos hombres se dieron la mano.

–Me suena tu cara, ¿no nos hemos visto antes? –comentó su padre.

–Creo que no. Empiezo a pensar que debo de tener una cara bastante común.

Taye no pensaba que tuviera una cara común. Era demasiado atractivo como para ser común, aunque recordó que Damien Fraser también había declarado que se debían de haber visto en alguna parte. En aquel momento su padre dijo que debía partir.

–¡Pero si no has comido nada!

–Hadleigh y yo nos hemos dado un banquete suculento este mediodía –contestó Alden Trafford sonriendo–. Además, he llamado a Hilary antes y está deseando que se lo cuente todo.

Magnus y él se dieron la mano de nuevo y Taye lo acompañó al recibidor.

–Aún estoy tratando de asimilar las buenas noticias –dijo Taye mientras su padre la abrazaba cálidamente.

–Me encantaría poder compensarte de alguna manera. Cada vez que pienso que… –Alden Trafford no podía continuar.

–¡Oh, por favor, no! Creo que ha sido aún más duro para ti que para mí.

–No lo creo –contestó solemnemente. Pero sonrió cuando Taye lo abrazó de nuevo y le dio recuerdos para Hilary.

Cuando cerró la puerta no sabía si quería encontrarse con Magnus o no. Él todavía estaba en el salón y ella se alegró de que no hubiera desaparecido. Aquel amor estaba poniendo su vida entera patas arriba.

–¿Ha comido tu padre con Hadleigh? –preguntó Magnus, haciéndola sonreír.

–Tú que no sabes, lo preguntas. Pero eso, por supuesto, no es entrometerse.

–¿Y?

–Y mi madre telefoneó a mi padre anoche para decirle que Hadleigh no quería ir a la universidad. En resumen, papá supo que ahí había gato encerrado y se fue esta mañana a Pemberton a ver a mi hermano. Le informó de que, desde que Hadleigh era un bebé, había reservado dinero para su educación. Así que finalmente parece que mi hermano ha accedido a estudiar en Oxford.

Magnus rápidamente se hizo su composición de lugar.

–¿Puedo suponer que el dinero que estaba asignado para ti terminó donde el de Hadleigh ha estado a punto de terminar?

–¡Inteligente además de atractivo! –comentó Taye ácidamente. Aquel hombre era realmente listo.

–No lo puedo negar –repuso resuelto. Taye se giró para que él no viera que estaba sonriendo–. Supongo que ahora ya no tienes ninguna necesidad de buscarte otro alojamiento más barato –añadió. Taye se volvió al escuchar aquel comentario y lo miró petrificada. No le había dado tiempo a pensarlo todavía. Su corazón se llenó de alegría.

–Ya no hay ninguna necesidad, ¿no? –contestó. Hizo esfuerzos por no soltar una espléndida sonrisa que la hubiera delatado. No quería dejar la casa, pero sobre todo no quería dejarlo a él. La expresión de la cara de Magnus era completamente seria.

–¿No tienes miedo, Taye? –preguntó gravemente.

–¿Miedo? –su único miedo era que él se diera cuenta de que estaba encantada de seguir compartiendo su vida con él.

–No debí besarte ayer –afirmó mientras a Taye se le subían los

colores. Estaba decidido a hablar del tema por mucho que Taye se ruborizara–. Estabas en un estado emocional muy vulnerable antes de que te besara. Debería…

–¡No te aprovechaste de mí, si eso es lo que estás insinuando! –exclamó interrumpiéndolo. No quería discutir sobre lo que había ocurrido, pero tenía que dejarle claro que ella había sido la primera en desear ese beso y en buscar el siguiente–. Yo lo estaba deseando y también lo… lo que siguió. Yo quería… Sólo que… Sólo… –se quedó sin palabras.

Taye se sintió agradecida cuando Magnus no insistió más. Él estaba sonriente.

–Voy a prepararme un café, ¿quieres uno?

–Sí, por favor –aceptó, aunque en realidad no le apetecía nada. Todavía estaban ahí las tazas del té que había tomado con su padre. ¡Era una locura estar enamorada!

Aquella noche le costó mucho conciliar el sueño y no fue por la cafeína. Habían pasado demasiadas cosas. No quería ni imaginar la conversación que había tenido lugar entre sus padres. A su padre le costaba mucho enfadarse, pero cuando lo hacía no había quien lo frenara.

Pensó en Hadleigh, quien la había telefoneado aquella misma noche. Sus primeras palabras habían sido cautelosas:

–¿Has visto a papá?

–Creo que os habéis dado un buen banquete –le había respondido ella.

Después le había relatado eufórico lo que su padre le había contado. El mismo Hadleigh que se había negado en rotundo a ir a Oxford se moría de ganas de estar allí. Taye ya no tenía que pensar más en cómo apañárselas económicamente. Ni tenía que buscar un sitio más pequeño para vivir. Ya no tenía que dejar de vivir con Magnus.

¡Ah, Magnus! No podía parar de pensar en él. Pensaba en su sonrisa, en sus carcajadas y en cómo siempre conseguía hacerla reír. También se recreó en sus besos, en sus suaves caricias. Repasó todas sus virtudes y se preguntó cómo podía haberlo odiado alguna vez. Finalmente se quedó dormida dispuesta a soñar con él.

Magnus fue lo primero que le vino a la cabeza en cuanto abrió los ojos a la mañana siguiente. Invadía todos su pensamientos.

También en la oficina mientras trabajaba en su mesa. En vez de tratar de borrarlo, lo dejó estar.

Durante unos instantes Magnus desapareció, ya que Damien Fraser la estaba telefoneando de nuevo.

–¿Todavía estás saliendo con otro?

–Sí –contestó ella.

–¿Lo conozco?

–No.

–Entonces, adiós. O mejor, ¡*au revoir*!

–Ciao –respondió, aunque estaba claro que para ella era un adiós definitivo. La imagen de Magnus expulsó a la de Damien de su mente e intentó trabajar un rato.

Taye se fue pronto de la oficina aquella tarde. La única razón era que deseaba verlo, pero no le sirvió de mucho, porque cuando estaba entrando en la casa se encontró con que él estaba saliendo.

–¡Llegaré tarde! –dijo al pasar.

–¡Por mí como si no vuelves! ¡No te esperaré despierta!

–Nos vemos –repuso él sonriente.

El resto de la noche los celos le jugaron una mala pasada. Cuando ya estaba en la cama, aunque todavía no estaba dormida, pudo escuchar el ruido de la puerta. Por un lado estaba contenta de que Elspeth lo hubiera despachado ya. Pero por otro lado lo odiaba por haber estado tanto tiempo fuera de casa.

Aquélla fue la dinámica de los días posteriores. El miércoles y el jueves Magnus llegó a casa y se marchó tras darse una ducha rápida.

Cuando llegó a casa el viernes él no estaba. Se arregló para salir con Julian aunque, con lo frágil que se sentía, no le apetecía mucho la cita.

Cuando Julian pasó a recogerla Magnus no había llegado todavía. Ella apartó sus pensamientos de él; había llegado el momento de decirle a Julian la verdad. Prefería hacerlo al principio de la noche, pero no quería arriesgarse a que Magnus los sorprendiera en medio de la conversación. Julian no se lo merecía, así que iba a tener que esperar hasta que llegaran a otro lugar.

–He pensado que podríamos ir a algún sitio especial esta noche –propuso Julian entusiasmado mientras iba conduciendo.

–Yo… –dudó Taye. ¿Cómo iba a decirle en un lugar especial que aquélla era la última vez que salían juntos?

No era capaz de hacerlo, era mejor reconocerlo. Simplemente no

podía decírselo. Quizá pudiera eludir el tema pero… «Hazlo ahora mismo», se dijo a sí misma juntando todo el valor necesario cuando llegaron al aparcamiento y Julian estaba a punto de salir del coche.

–¡Julian! –lo paró. Tomó impulso–. Me temo que ésta va a ser la última vez que nos veamos fuera de la oficina.

–¿Qué? –preguntó atónito. Era obvio que no se había dado cuenta de que Taye llevaba dos semanas poniendo distancia–. ¡No puedes hablar en serio! ¡Te iba a pedir que te casaras conmigo!

En aquel momento era difícil distinguir quién de los dos estaba más impresionado.

–Yo… Lo siento, pero…

–¿Es por algo que he dicho? ¿Por algo que he hecho?

–Julian, ha sido estupendo salir contigo –le aseguró.

Se pasó la siguiente media hora convenciéndolo de que no había nada malo en él. Le explicó que, aunque lo apreciaba, eso no era suficiente para querer casarse con él.

Ella deseaba volver a casa, pero Julian insistió en cenar en el restaurante.

–Ya que no voy a volver a verte, al menos déjame disfrutar de la última noche contigo –insistió.

Ella se sintió obligada a aceptar. La noche no fue precisamente un éxito, a pesar de que los dos pusieron lo mejor de su parte. Los ojos tristes de Julian la miraban insistentemente y ella se sentía fatal. Pero aún faltaba lo peor. Cuando al final de la noche llegaron en coche a casa de Taye, Julian insistió:

–Cásate conmigo, Taye –ella negó con la cabeza–. Por favor, piénsalo. Te quiero tanto que mi amor vale por los dos.

–¡No, Julian, por favor! –susurró. Quiso darle un beso en la mejilla, pero no se atrevió por si lo malinterpretaba, como había hecho con sus citas–. Nos veremos en la oficina –dijo suavemente, aunque albergaba dudas sobre si iba a tener que cambiar de trabajo. Finalmente salió del coche y entró en el portal.

Estaba a punto de echarse a llorar. Julian era amable y bueno y, a pesar de que no quería herirlo, lo había hecho. Taye también se sentía herida.

No le habría importado estar a solas en su apartamento, pero vio que había luz en el salón. Se le encogió el corazón al saber que Magnus estaba en casa, aunque no tenía muchas ganas de verlo.

Abrió la puerta, pero no le apeteció pasar por el salón.

–¡Estoy en casa! –soltó de camino a su habitación.

Unos minutos después escuchó que alguien llamaba a su puerta. Tenía compañía. Taye estaba de espaldas a la puerta cuando

Magnus entró, pero no se dio la vuelta.

–¿Pasa algo malo? –preguntó él.

–Nada –contestó, suponiendo que su comportamiento debía de haberle resultado chocante. Él se había colocado delante de ella y la estaba mirando.

–¿Fraser? ¡Has salido con Fraser otra vez! –dijo en tono acusador. A Taye aquello le molestó.

–No, no he salido con él –replicó.

–¿Julian Coombs?

–¡Ya estás entrometiéndote otra vez!

–Has salido con Julian Coombs –afirmó Magnus más relajado–. ¿Ya le has dicho que no vas a volver a salir con él?

Taye tan sólo quería que la dejara en paz, y se lo indicó con una gélida mirada. Pero sabía que Magnus no cesaría en su intento hasta que ella contestara a todas sus preguntas.

–No quiero hablar del tema –dijo secamente.

–Oh, pobre Taye, se lo has dicho y se lo ha tomado fatal. Ahora te sientes mal por haberle hecho daño.

–¿Y tú cómo eres tan listo?

–Es algo natural en mí –bromeó Magnus mientras acariciaba la mejilla de Taye–. Me encantaría abrazarte pero, si te soy sincero, eres una mujer demasiado embriagadora como para intentarlo de nuevo.

Taye se quedó sorprendida y levantó la cabeza para mirarlo. ¿Magnus pensaba que ella era una mujer embriagadora? Quiso decir algo, pero no encontró las palabras.

–En ese caso, desaparece de mi vista –replicó cuando recuperó el habla. Él la miró larga y severamente, observando que ya no parecía tan desasosegada como unos minutos antes.

–Quizá eso es lo que deba hacer –dijo Magnus suavemente antes de irse.

Taye se tumbó en la cama y se sintió culpable. No fueron los pensamientos sobre el triste Julian los que la mantuvieron despierta, sino los pensamientos sobre Magnus. Él quería haberle dado un abrazo pero... ¡creía que era demasiado turbadora para intentarlo!

Recordó como habían empezado a hacer el amor el domingo anterior; todo se había iniciado con un abrazo. Él había hecho bien al no ceder aquella noche a su primer impulso, porque un abrazo habría llevado a un beso, y un beso a… Ninguno de los dos habría podido negarse a lo que vendría después. ¿Qué iba a pasar con ellos?

Taye veía claramente que uno de los dos tendría que dejar el piso, pero no podía imaginarse la vida sin Magnus a su lado.

Capítulo 8

Era sábado por la mañana y Taye no tenía por qué levantarse temprano, pero en cuanto amaneció se despertó inquieta. Salió de la cama y recordó que el sábado anterior Magnus le había dicho que estaba muy atractiva despeinada. Agarró el peine y se hizo una coleta antes de ponerse el quimono y dirigirse a la cocina.

No había ni rastro de Magnus. Mientras preparaba el té pensaba alternativamente en él y en Julian. Tomó la taza y fue hacia el salón. Sentía tanto haber herido a Julian...

Mientras se tomaba el té planeó el día que tenía por delante. Había que hacer las tareas de la casa, pero podía eludirlas si le salía un plan mejor. Se preguntó qué haría Magnus aquel sábado. Seguramente trabajaría; ser artista no era lo mismo que tener un trabajo con horario de oficina.

¿Llevaría la colada a casa de su madre? Taye no terminaba de creerse que la hubiera llevado el sábado anterior antes de sorprenderla desnuda en la bañera. Lo cierto era que mientras que su ropa siempre estaba limpia, no le había visto nunca hacer la colada y tenía pinta de no haber tocado una lavadora en su vida. Pero, ¿qué hacía ella pensando en eso?

Cuando estaba a punto de devolver la taza a la cocina oyó que Magnus se había levantado. ¡También había madrugado! Taye saltó de la silla; no se sentía preparada para verlo. Decidió esperar a escuchar el sonido de la ducha para deslizarse hasta su cuarto.

Pero no funcionó, porque Magnus no fue directo a la ducha, sino que pasó antes por el salón. Tenía la bata puesta y estaba guapísimo.

–No sabía que estabas despierta –comentó casualmente cuando la vio.

El corazón de Taye latía a toda velocidad. Se dio la vuelta y caminó hacia la ventana. Pensó en decirle que había hecho té y conseguir así un poco de tiempo para recomponerse, pero él parecía saber lo que quería y sus pasos se dirigieron hacia ella. Taye miró fijamente el manzano del jardín mientras se le aceleraba el corazón.

–¿Todavía te sientes mal? –preguntó él pausadamente.

–Ya sabes como son estas cosas.

–Te sientes mal por haber herido a Julian –expresó comprensivo.

Pero había algo más en su tono de voz–. ¿Le dijiste que no lo verías más?

–Tendré que verlo a veces en el trabajo.

–¿Se lo tomó mal?

–Me pidió que me casara con él –dijo distraída–. ¡Yo no quería contarte esto!

–Demasiado tarde, ya lo he escuchado –respondió acercándose. Estaba de pie justo detrás de ella cuando Taye sintió sus manos sobre los hombros–. ¿Y qué le respondiste?

–¿Qué?

–¿Qué respondiste cuando te pidió matrimonio?

La calidez de las manos de Magnus traspasaba el suave tejido del quimono y encendía un fuego en su interior.

–Ya sabes lo que le dije –contestó temblorosa.

–¿Eres consciente de que Coombs es dueño de un imperio que vale una fortuna? ¿Sabes que podría darte todo lo que necesites? –preguntó él tras un breve silencio.

–Sí que lo sé. Pero no lo amo.

–¿Te casarías por amor y no por dinero?

–¡No seas desagradable! –dijo sonriendo, no quería que la conversación se pusiera trascendental.

–¿Todavía estás convencida de que no te casarías con un hombre pobre, Taye? –preguntó seriamente. Ella lo miró. Quizás estuviera muy cambiada desde que lo había conocido, porque ya no le importaba que el hombre con el que se fuera a casar tuviera dinero o no. Lo único importante era que el amor fuese recíproco.

Taye volvió a mirar al manzano y a la estrella que estaba en lo alto. No sabía cómo había sucedido, pero su espalda estaba apoyada en el pecho de Magnus. Apenas podía respirar, pero no quería salir huyendo otra vez de aquella situación que se había dado espontáneamente.

–¿Ves aquella estrella? –preguntó señalando a la copa del árbol–. Me casaré sólo con el hombre que sea lo suficientemente valiente como para subir al árbol y entregármela –la cabeza de Magnus estaba muy cerca de la suya.

Aquellos ojos grises alegres miraban sus preocupados ojos azules. En un intento por apartar sus miedos, Magnus besó suavemente sus labios. Cuando los despegó continuó abrazándola.

–¡Mira lo que me has hecho hacer! –se quejó Magnus.

–Parece que hoy me llevo las culpas de todo –respondió ella sonriendo.

–Sabes que nos vamos a meter en problemas si hago lo que más

deseo ahora mismo: besarte.

–Creo que no he tenido demasiados problemas de ese tipo en mi vida –murmuró Taye tras inspirar profundamente.

–Para –le ordenó Magnus–. Compórtate.

–¿Por qué? –sonrió. Él admiró el brillo de sus ojos y su boca insinuante.

–Ahora mismo no se me ocurre ni una sola razón –añadió, inclinando la cabeza para besarla.

Taye pudo sentir el cuerpo ardiente de Magnus y la calidez de sus besos. Se fundieron en un abrazo, que sumado a los besos, desató la pasión de Taye. A medida que Magnus la conducía hacia el sofá los pensamientos desaparecían y un irrefrenable impulso amoroso la poseía. Magnus la mantenía junto a él y la besaba ardientemente. Sus cuerpos cada vez estaban más cerca.

Se tumbaron en el sofá y el pulso de Taye se relajó un poco cuando Magnus besó delicadamente sus párpados y su rostro antes de comenzar a descender por el cuello.

–Taye... –dijo en un susurro mientras ella rozaba las piernas de Magnus con su pie desnudo. No tenía ni idea de en qué momento había perdido la zapatilla.

–Magnus... –susurró ella cuando sus manos entreabrieron el quimono. Su bata también se había desatado, así que Taye pudo acariciar su torso desnudo.

–Oh, mi amor... –murmuró Magnus antes de besarla larga y ávidamente.

Ella quería más. Lo correspondió mientras él acariciaba sus pechos, y su corazón parecía estallar ante el fuego encendido en su interior.

Quería ser suya, toda suya. En aquel momento Magnus le acarició suavemente las nalgas y la aproximó aún más a él. Taye podía sentir el potente cuerpo masculino junto al suyo y quería estar aún más cerca.

Tomó aire. Lo deseaba... ¡Oh, cuánto lo deseaba!

Aún así había algo molesto rondando en su cabeza. Sintió la lengua de él en los labios y su cuerpo se arqueó instintivamente. Escuchó el gemido de deseo de Magnus casi a la vez que el suyo.

No obstante aquel pensamiento molesto persistía. Trató de sentarse.

–¡No! –protestó Magnus.

–¡Oh, Magnus! –gritó mientras él también se sentaba.

Taye lo miró y él pudo ver en su mirada que aquella negativa era muy endeble. Taye pensó que él la iba a tomar de nuevo entre

sus brazos y que se iban a tumbar, y en tal caso ya no habría vuelta a atrás. Un beso más y su voluntad de resistirse desaparecería.

Pero Magnus fue responsable y, cuando parecía que estaba a punto de abrazarla, se alejó un poco de ella y le puso el quimono sobre los hombros.

–¿Todavía no estás decidida a hacerlo? –le preguntó. No estaba cien por cien seguro de su resistencia.

Ella tuvo que sonreír, todavía exaltada por sus caricias.

–Oh, Magnus... –contestó suavemente–. Tienes que saber que quiero hacer el amor contigo. Sólo que… –Taye sabía que debía tener cuidado con cada una de las palabras que pronunciara. Pero también quería ser honesta con él. Era su amor.

–¿Sólo que…? –repitió él.

–Sólo que me siento demasiado unida a mi compañero de piso.

–¿Demasiado unida? –preguntó Magnus más serio que nunca. La miró fijamente a los ojos. Parecía que la iba a tocar.

–¡No te acerques más! –exclamó presa del pánico. Todavía estaba tratando de recuperarse del estado placentero al que la había conducido. No le iba a dejar acercarse ni un centímetro–. Pero si lo… –trató desesperadamente de poner en palabras los pensamientos que estaban rondando en su subconsciente–. Si lo hacemos, al final alguno de nosotros tendrá que marcharse del piso y...

–¿Y tú no quieres que eso ocurra? –intentó aclarar Magnus. Taye negó con la cabeza.

En aquel instante estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él propusiera, pero en realidad deseaba que Magnus la amase y no ser una simple aventura breve e insignificante. Además él aún estaba con Elspeth.

–No, no quiero –se levantó preocupada. No quería decirle lo mucho que significaba para ella, pero quería darle algunas pistas. Tenía que pensar alguna salida ocurrente para aquella situación.

Se quedó mirándolo, deseando desesperadamente que Magnus entendiera la indirecta, porque no podría soportar la vida sin él.

Él se puso de pie y la miró preocupado. Parecía que estaba tomando una decisión importante.

–Taye, hay algo que necesito decirte.

¡No! Taye sabía lo que era y no quería escucharlo. Estaba claro que él se había dado cuenta de que lo amaba y necesitaba decirle que estaba enamorado de Elspeth. Probablemente estuviesen comprometidos.

–¡No tengo tiempo! –dijo Taye rápidamente, y se dirigió a la

puerta–. Tengo un día muy ocupado, más me vale ir vistiéndome.

Se duchó y se vistió tratando de mantener sus sentimientos y pensamientos a raya. Pero era una misión imposible.

Había sido maravilloso estar en los brazos de Magnus de nuevo. Odiaba a aquel hombre, porque seguramente la consideraba una aventura pasajera. Al fin y al cabo era un hombre, ¿qué podía esperar de él? ¿Por qué iba a rechazar los besos curiosos de una jovencita?

Pero en realidad no lo odiaba. A pesar de que la sombra de Elspeth se enredara en sus sentimientos, no podía creer que Magnus fuera así. Él no era un hombre que se aprovechara de las mujeres. Ella había sido testigo de su sensibilidad y era incapaz de pensar que la hubiera abrazado por puro entretenimiento.

Esperó hasta que lo escuchó darse una ducha y entonces aprovechó para agarrar su mochila y la bolsa de la compra y marcharse del apartamento.

A pesar de que había puesto distancia física entre ellos, Magnus seguía siendo el dueño de todos sus pensamientos. Cuando llevaba una hora fuera de casa Taye empezó a desechar la idea de pasar toda la mañana por ahí. A pesar de que su mente seguía confusa y de que sus sentimientos eran incontrolables, había algo que le decía que tenía que volver. No se preguntó qué era, pero sabía que estaba relacionado con Magnus. Inevitablemente sus pasos se encaminaron hacia el piso que compartía con él.

Entró en el apartamento con la intención de evitar cualquier conversación íntima con Magnus y cualquier aproximación física. Tenía que mantenerse al menos a tres metros de él, aunque aquel hombre era tan magnético que tres metros no eran garantía de nada.

Se sintió decepcionada cuando al entrar en el apartamento advirtió que él no estaba. Fue a la cocina y dejó las bolsas de la compra.

Taye se arrepintió de no haber vuelto antes, aunque su parte más orgullosa le decía que no tendría que haber regresado nunca a aquella casa. Tenía todo el día por delante, todo un día de dudas y celos que la torturarían sin piedad. Mientras merodeaba por la cocina y el salón sospechó que él estaría pasando el día con alguna mujer.

De repente su mente se paralizó. ¡Era horrible! A través de la ventana del salón podía ver un bulto con ropas, un bulto que no estaba allí antes. Al fijarse pudo distinguir una pierna, un brazo, una cabeza. Taye estaba aterrorizada, pero reaccionó y salió

disparada.

En el jardín se encontró el cuerpo magullado de Magnus sobre el suelo. Taye no podía pensar, pero un sentimiento puro la llevó a arrodillarse junto a él.

–¡Magnus! –exclamó. Él abrió los ojos y, al mirarla, advirtió su preocupación, su miedo y algo más. Sonrió.

–Y mi siguiente truco será… –bromeó mientras se esforzaba por incorporarse.

–¡No te muevas! –le ordenó luchando por contener su pánico al ver que tenía una herida en la cabeza. ¿Habría pasado por allí y se habría golpeado? ¿Se habría tropezado con algo?–. Iré por…

–Estoy bien –dijo Magnus sentándose.

–No te muevas –le ordenó. Estaba empezando a sangrar bastante. Taye vio la preocupación de su mirada reflejada en los ojos grises de Magnus.

–¿Me quieres? –preguntó Magnus con la mirada clavada en sus ojos.

–Es evidente que te has dado un golpe en la cabeza –contestó eludiendo la cuestión. Todavía estaba tratando de recuperarse del vuelco que le había dado el corazón. Estaba aterrorizada de que pudiera tener una conmoción. También tenía miedo de dejase llevar por la situación y traicionar sus propósitos de mantener las distancias con él–. ¿Tienes más heridas? –él negó con la cabeza.

–¿Me quieres? –insistió Magnus.

–No se te puede dejar solo –se quejó Taye mientras paraba la hemorragia con un pañuelo. Cada vez estaba más confusa.

–Entonces… –prosiguió Magnus. Tomó aire–... creo que deberías casarte conmigo.

Taye se quedó helada, sin poder creer lo que había escuchado. ¿Realmente había pronunciado Magnus aquellas palabras? La confirmación llegó mientras lo miraba incrédula y petrificada.

–Taye, te vas a casar conmigo, ¿verdad? –repitió Magnus.

Taye pensó que él no sabía lo que estaba diciendo, ya que estaba aún conmocionado por el golpe en la cabeza. Pero parecía estar esperando una respuesta y, a pesar de la situación, ella no podía responderle con un no.

–Seremos pobres –contestó finalmente cuando pudo recuperar el habla.

La sonrisa más maravillosa del mundo se dibujó en los labios de Magnus cuando advirtió que había aceptado su proposición. Puso su mano junto a la de Taye, que aún sujetaba el pañuelo para frenar la sangre.

–Tendremos bebés –afirmó él. Estaba radiante y feliz.

–¡Eso será divertido! –exclamó Taye, dudando de si debía cortar aquella conversación de raíz.

–Sí, aunque… –repuso malicioso. Los dos se echaron a reír.

–Deberíamos ir al hospital –dijo ella firmemente al advertir que seguía sangrando.

–De ninguna manera –contestó rotundamente.

–Bueno, al menos déjame que te lleve a casa y compruebe que no es grave.

Él se apoyó en su hombro y Taye lo agarró indecisa por la cintura con el fin de ayudarlo a caminar.

–A la cocina. Siéntate aquí –él se sentó dócilmente mientras ella buscaba el botiquín–. Voy a intentar no hacerte daño.

–Estoy seguro de que tienes las manos de un ángel –le dijo dulcemente.

–¡Madre mía! –exclamó cuando vio la herida. Tenía un corte sobre la ceja izquierda.

–¿Voy a sobrevivir? –bromeó.

–¡Tanta sangre para tan poca cosa!

–¿No me vas a tener que coser? –preguntó. Ella sonrió. Quería besarlo y abrazarlo.

–Mi opinión profesional es que no hacen falta puntos. Con una tirita será suficiente.

–Lo que usted diga, enfermera.

Taye estaba encantada con la intimidad del momento. Estando tan cerca de él tenía que hacer serios esfuerzos para no abrazarlo.

–Creo que ya te puedes cambiar de camisa.

–Veo que también he manchado la tuya –dijo mientras se levantaba.

–No pasa nada –le dejó paso pensando que salía hacia su habitación, pero él se detuvo.

–No vas a evitarme más, ¿verdad?

Lo miró. Era obvio que había advertido su huida.

–Creo que yo también me voy a cambiar de ropa –contestó mientras salía de la cocina.

–¿Tienes un beso para tu prometido?

Se detuvo sorprendida. Se dio la vuelta y vio que Magnus iba en serio. Su corazón latía a tal velocidad que parecía que iba a estallar.

–Yo… Tú... –murmuró. Aquello era demasiado para Taye. No sabía si él iba a pensar que estaba huyendo de nuevo, pero Taye no podía más. Primero se habían besado hasta la extenuación, después había escapado y cuando había regresado asustada se lo había

encontrado tirado en el jardín. ¡Y encima le pedía matrimonio! Era demasiado, demasiadas emociones fuertes. Taye se giró y se dio a la fuga.

Capítulo 9

Taye corrió hacia su cuarto y cerró la puerta detrás de ella. Magnus no podía ir en serio, aunque durante la conversación le había parecido que sí. Estaba my alterada; se sentó y se volvió a levantar.

«Ha sido el golpe», reflexionó tratando de recuperar la calma. Se había dado un golpe en la cabeza, estaba confuso y no sabía lo que decía. Taye sospechó que cuando Magnus se recuperara totalmente, no se iba a acordar de nada de lo que había dicho.

Pensó que quizá debería salir a ver cómo estaba, pero en aquel instante escuchó el sonido de la ducha. Tuvo miedo de que, en su estado, pudiera resbalar. Minutos después dejó de oír el agua y lo escuchó salir del baño. Estaba sano y salvo.

Taye advirtió la sangre de su ropa y decidió darse también una ducha. Quince minutos después se estaba poniendo unos vaqueros y una camiseta limpia. No sabía qué hacer, las dudas la asaltaban. Por un lado quería salir y ver a Magnus, se moría de ganas de verlo. Pero por otro lado, estaba segura de que él ya sabía que ella estaba enamorada y si sacaba el tema no quería sentirse humillada. Porque era evidente que él no podía sentir nada por ella.

Aun así Magnus había demostrado ser un chico sensible en muchas ocasiones, y las palabras que habían salido de su boca en el jardín y en la cocina todavía resonaban en la cabeza de Taye. Decidió salir, aunque antes necesitaba un poco de tiempo para recuperarse. Esperaba que Magnus estuviera en el salón.

Efectivamente allí estaba, con la mirada clavada en la puerta del cuarto de Taye. Ella se ruborizó. Odiaba aquellos colores que delataban sus más profundos sentimientos.

–¿Qué tal tu cabeza?

–¿No hay beso todavía? –preguntó Magnus con calma.

–No estaba segura de que supieras lo que estabas diciendo –respondió cautelosa–. Pensé que quizás no recordarías nada de lo ha ocurrido en el jardín.

–Lo recuerdo todo. Incluido lo de subirme al manzano y…

–¿Que te caíste del manzano? ¿Qué demonios estabas haciendo…? –Taye palideció–. ¿No estarías…? –preguntó incrédula ante lo que su intuición sospechaba.

–Tenía que hacerlo –prosiguió Magnus al ver que ella se había quedado sin habla–. Esta mañana afirmaste categóricamente que sólo te casarías con el hombre que fuera lo suficientemente valiente como para escalar el árbol y entregarte la estrella. No iba a dejarla ahí y permitir que otro la tomara.

–¿Escalaste el árbol para conseguirla? ¿Por mí? –preguntó mientras su cabeza daba vueltas. Estaba boquiabierta.

–Por ti –confirmó él mientras sacaba la estrella del bolsillo y se la tendía–. Taye, mi querida Taye, aquí tienes la prueba de que, incluso antes de que hubieras aceptado mi proposición, yo ya reunía los requisitos para pedir tu mano y ser tu esposo. ¿Estás de acuerdo?

¡Iba en serio! ¡Iba en serio!

–Parece que no tengo más elección que aceptar –dijo tras haber recuperado un poco el aliento.

–Mi amor –murmuró él con ternura. Taye estuvo a punto de derretirse, le fallaban las piernas. Él se acercó, pero Taye se resistía aún a creer que era verdad lo que la estaba pasando, y retrocedió.

–Entonces, ¿te importo un poco? –Taye necesitaba tener una certeza.

–Me importas mucho, Taye Trafford –aseguró–. Tú y los pensamientos sobre ti no me habéis abandonado desde el primer día que te vi.

–Oh –dijo a punto de desmayarse. Recuperó el juicio y recordó que había sido un tipo bruto y desagradable–. ¿Desde el primer día?

–Desde el primer día –confirmó–. Nunca te mentiría sobre algo así.

Taye lo miraba fijamente. Se sentía turbada por aquella conversación.

–¿Quiere eso decir que me has mentido en otros asuntos? –preguntó. Magnus tomó aire.

–Una de las muchas cosas que me atraen de ti es tu aguda inteligencia. Así que supongo que tengo que asumir que no quieras encontrarte conmigo en el altar sin que antes responda a todas tus preguntas.

Taye lo miró deseando que la abrazara y la besara de nuevo. Pero él parecía estar admitiendo que le había mentido en asuntos que podían afectar a la decisión de casarse con él.

–¿Me has mentido? –preguntó, siendo consciente de que tenía que saberlo todo antes de dar el «sí» en el altar.

–Intenté no hacerlo –respondió cauteloso.

–Pero lo has hecho.

–He intentado no mentirte en ningún momento. Pero dadas las circunstancias, ha sido inevitable hacerlo en alguna ocasión.

¿De qué circunstancias estaba hablando Magnus? Lo miró sin comprender nada.

–Has sido tú quien se ha dado el golpe en la cabeza, pero soy yo ahora mismo la que se siente desorientada. Lo siento, pero no veo que haya ninguna razón lógica por la que me hayas tenido que mentir. Sé que eres un artista y que probablemente veas la realidad desde otro ángulo, pero…

–No soy un artista –la interrumpió–. Quiero ser totalmente sincero contigo, Ta…

–¿No eres artista? –lo cortó bruscamente–. ¡Pero si me pediste que posara para un desnudo!

–Lo hice porque sabía de antemano que me ibas a decir que no.

–Entonces no eres artista –asumió Taye aún sorprendida.

–Tenía que inventarme algo –reconoció–. Me di cuenta de que habías visto una mancha de pintura en mi mano y lo primero que se me ocurrió fue decirte que era artista.

–Entonces tendrás que ser algo. Si no es mucho preguntar, ¿a qué te dedicas? ¿No serás ladrón de bancos? ¿No estarás metido en asuntos turbios?

–Pues no, más bien todo lo contrario –aseguró–. Mira, Taye, tengo que explicarte muchas cosas. Creo que nos va a llevar un rato, así que, ¿por qué no nos sentamos? –preguntó señalando el sofá donde habían estado tumbados aquella misma mañana.

Taye se sentía insegura. No quería perder la cabeza otra vez, pero recordaba que Magnus aún estaba esperando un beso de su prometida. ¡Oh, cielos! Era su prometida. Estaba flotando desde que Magnus le había dicho que la proposición iba en serio.

–No sé –repuso, a pesar de que quería escuchar todo lo que él le tenía que contar–. Pero prométeme que no vas a intentar besarme –se calló al escuchar la carcajada de Magnus. Él apartó su mano.

–Te prometo que aguantaré tanto como pueda sin besarte.

–Y bien, ¿cuál es ese trabajo tan diferente a robar bancos?

–Yo intento protegerlos de los ladrones. Dirijo una compañía especializada en alta tecnología en seguridad para empresas nacionales e internacionales.

–¡La diriges! –exclamó Taye.

–Alguien tiene que hacerlo –admitió humildemente.

–¡Pensaba que estabas en la ruina! –dijo con los ojos abiertos como platos. Ya entendía de dónde provenía su ropa cara–. Pero no es así, ¿no?

–No.

–Tienes mucho dinero, ¿verdad? –y ella que había pensado que luchaba para conseguir el dinero del alquiler…

–Bastante –le confirmó. Taye puso cara de pocos amigos.

–Entonces, ¿te importaría explicarme exactamente qué es lo que haces compartiendo un piso de alquiler?

–Es una pregunta que me he hecho muchas veces.

–Porque supongo que si este piso estuviera en venta, podrías permitirte comprarlo, ¿no?

–Y el resto del edificio también –le informó con gusto. Taye seguía boquiabierta. Aquello quería decir que era millonario.

–¿Estás bromeando?

–No. ¿Todavía te quieres casar conmigo?

El corazón de Taye volvió a latir con fuerza y trató de mantenerse con los pies en el suelo.

–Señor Ashthorpe, creo que ya es hora de que… –la mirada de Magnus le indicó que pasaba algo. Quizá hubiese más por desmentir–. ¿Qué pasa?

–Hmm… Ashthorpe es mi segundo nombre, no mi apellido.

–Entonces, señor desconocido, póngame al corriente –pidió ella intentando recuperar el aliento. En realidad ella quería estar entre sus brazos pero, para iniciar una vida junto a él, antes tenía que sincerarse. Él apartó un mechón de pelo rubio de su cara.

–Cuando llegué aquí el primer día…

–Tu amigo Nick Knight no te pidió que abandonaras su piso, ¿verdad? –interrumpió.

–No lo hizo.

–Ni su novia se mudó a su casa.

–No sé si ella existe.

–¿Te la inventaste? ¿Y a él también? ¿Existe Nick Knight?

–Probablemente exista alguno, pero yo no lo conozco.

–¿Entonces dónde vivías antes de mudarte aquí? –preguntó. Su corazón y su cerebro estaban acelerados.

–Tengo una casa –dijo dispuesto a contestar todas las preguntas.

–¿Entonces por qué…?

–¿Por qué me mudé aquí? Entre otras razones, porque ocurrieron algunos imprevistos durante las largas vacaciones que había decidido tomar mientras pintaban mi casa.

O sea, que había tenido que cancelar sus vacaciones por algún motivo que Taye aún desconocía.

–Y decidiste buscar un piso en vez de posponer la pintura, ¿no? Y aún tuviste el descaro de enfadarte conmigo cuando te dije que

tenía que buscarme un lugar más pequeño y barato para vivir. Tú pensabas irte.

–Mi única intención entonces y también ahora es seguir viviendo contigo –aseguró Magnus en un tono tranquilizador.

–¿Y no preferías ir a un hotel mientras pintaban la casa? ¿O a casa de tu madre? ¿O… a casa de tu amiguita Elspeth?

–Elspeth es mi hermana –afirmó. Aquello fue un bálsamo para Taye, quien había sufrido tantos ataques de celos. Era su hermana–. Está pasando una racha muy difícil.

–¡Oh, lo siento! –dijo disculpándose, tratando de disimular su alivio–. Así que viste el anuncio del alquiler y…

–No, no vi el anuncio hasta que salí de aquí aquel sábado.

–¿Cómo? –Taye no salía de su asombro–. ¿Y entonces cómo supiste que estaba en alquiler?

–Al principio no lo sabía. No hasta que entré en el portal y llamé a esta puerta, por si la persona que había dentro no estaba presentable, en vez de entrar directamente.

–¡Un momento! ¿Quieres decir que tenías un juego de llaves antes de que yo te lo entregara?

–¿Estás segura de que no quieres que te bese?

–Estoy segura –dijo, aunque no lo estaba en absoluto. Él era una tentación demasiado dulce–. Tenías un juego de llaves, ¿cómo lo conseguiste? ¿Te lo dio Paula? Pensaba que no la conocías.

–No la conozco, pero sí a su amigo –contestó Magnus.

–¿Conoces a Graeme?

–Estaba casado con Elspeth –reveló.

–¿Estaba casado con tu hermana? ¿Antes de que se divorciara y empezara a salir con Paula?

–Mi hermana y Graeme Lockwood nunca llegaron a divorciarse. Estaba casado con Elspeth y vivía con ella mientras tuvo una aventura con Paula Neale.

–¿Estaban todavía juntos? –preguntó atónita.

–Felizmente juntos, según la versión de Elspeth.

–¿Tu hermana no tenía ni idea de que…? –le faltaban las palabras.

–Ni la menor idea. Ni tan siquiera ahora, y prefiero que sea así.

–No crees que Graeme puede llegar a confesar…

–Graeme está muerto –añadió–. Murió en un accidente de coche. Trabajaba para mí y…

–¿Trabajaba para ti? –en aquel instante todo encajó en su cabeza–. ¿No trabajaba para una empresa de seguridad? ¿Penhaligon? –era una compañía enorme–. Si no eres Ashthorpe,

¿no me irás a decir que eres Penhaligon?

–Lo soy –reconoció algo incómodo, pero con valentía. Ella estaba completamente desconcertada a pesar de que Magnus le estaba dedicando una sonrisa–. Pero si no te gusta como suena señora Penhaligon, me puedo cambiar el nombre.

–¡Para! Ya estaba lo suficientemente impresionada como para que ahora me digas que eres un multimillonario que puede comer en los mejores restaurantes, dormir en los mejores hoteles y que aun así has elegido vivir en este apartamento. ¿Nos podemos centrar en un solo tema, por favor?

–Mi amor, como tú quieras –respondió mirándola cálidamente. Taye estaba completamente confundida.

–Me has dicho que Graeme trabajaba para ti.

–Sí, era bueno en su trabajo. Elspeth también solía trabajar en la compañía, pero lo dejó cuando se casaron. Cuando Graeme murió se quedó completamente destrozada, tanto que no fue capaz de ir a recoger los efectos personales que se habían quedado en la oficina de Graeme. Insistí en que no hacía falta que fuera porque yo lo haría.

–Entiendo perfectamente que fuera difícil para ella. Fue entonces cuando descubriste que había tenido una aventura. ¿Encontraste una carta o algo así?

–El contrato de alquiler de este apartamento y un juego de llaves –concretó.

–¿El contrato de Paula?

–El contrato estaba a nombre de Graeme.

–¡Oh! Y entonces empezaste a sospechar.

–No quería decirle nada a Elspeth, bastante mal lo está pasando haciéndose a la idea de que su gran amor no va a regresar más a casa. La devastaría saber que tenía un nidito de amor en esta casa.

–Ahora ya empieza a aclararse este lío. Decidiste venir a investigar.

–¡Eso es! No estaba pasando mi mejor momento la mañana que nos conocimos.

–Ya me di cuenta.

–No sabía si tú eras la que había estado con Graeme. ¿Seguro que no puedo besarte?

–¿Qué ibas diciendo? –su corazón palpitó con fuerza.

–Espero obtener luego una recompensa, por favor. Bueno, entonces allí estaba yo, llamando a la puerta dispuesto a decirle a la amante de Graeme, de quien desconocía hasta el nombre, que yo había asumido el alquiler por el momento y que se tenía que

marchar.

–¿Has asumido el alquiler? Pero... ¿y todo aquello de que yo te estaba subarrendando la habitación?

–Lo sé –reconoció–. Me quería encargar personalmente de todo para asegurarme que no llegara a oídos de Elspeth. Así que fui a la agencia y pagué el siguiente trimestre, pero no podía decirte nada, por lo menos al principio. Y después... Bueno el caso es que estaba allí en la puerta, indignado por lo que le había pasado a mi hermana y esperando a ver qué tipo de mujerzuela me abría la puerta. Me quedé totalmente desconcertado cuando la abrió una bella mujer con los ojos azules más bonitos que yo había visto.

–¿Yo? –preguntó Taye a punto de derretirse.

–Tú, mi amor.

–Pues por tu comportamiento nadie habría deducido que pensaras que era guapa –le recordó.

–Estaba enfrentándome a varias cosas a la vez. Tú me dijiste: «¿Has venido por el alquiler?» Por un lado estaba completamente asombrado por tu belleza. Por otro, me estaba imaginando que la amante de Graeme, ansiosa de dinero, en cuanto había muerto su proveedor estaba intentando alquilar la mitad del piso.

–¿Pensabas que yo...?

–Olvídate de lo que pensara entonces, porque pronto fui consciente de que eras tan bella por dentro como por fuera.

–Como siga así, señor Ash... Penhaligon, voy a empezar a derretirme –repuso Taye tras tomar aire.

–Lo siento. Así que estaba tratando de proteger a mi hermana y pensando que podía poner a esa Taye Trafford de patitas en la calle en cualquier momento.

–Muy amable –murmuró Taye sonriendo. Magnus estuvo a punto de besarla, pero pudo contener su impulso.

–Lo primero que tenía que averiguar era si la mujer que tenía enfrente podía causar algún daño a mi hermana. Elspeth estaba especialmente vulnerable. Y yo, mi amor, no tenía ningún sitio donde me apeteciera quedarme. No tenía ganas de estar en casa de mi madre y la idea de un hotel tampoco me resultaba atractiva, aunque tuve que recurrir a ella en repetidas ocasiones, cuando necesitaba que corriera un poco el aire entre tú y yo.

–¿Aquellos fines de semana? ¿Las noches que no regresabas?

–Gracias a usted, señorita Trafford, me he convertido en un actor de primera –dijo suavemente.

–¡No me lo puedo creer! ¿Y entonces?

–Entonces decidí que como no tenía ningún lugar apetecible en

el que quedarme mientras los pintores acababan, podía subalquilarte la habitación y averiguar qué tipo de persona eras y si podías hacer daño a mi hermana. Me pediste referencias y en cuanto salí a la calle llamé a mi madre para que te hablara bien de mí si la llamabas.

–¿La señora Sturgess es en realidad tu madre? ¿La señora con la que hablé, quien me dijo que había ido a la escuela con tu madre, era de hecho tu madre? –Taye no podía estar más sorprendida.

–Es incorregible, le encanta la intriga y la emoción.

–¿Por eso no te apetecía estar en su casa?

–Precisamente. Yo me iba a ir de vacaciones a las Bahamas, pero Graeme murió justo el día anterior. Cancelé mis vacaciones para acompañar a Elspeth y fue entonces cuando descubrí su aventura. Mi madre sabía que estaban pintando mi casa, así que no le extrañó que alquilara una habitación bajo el nombre de Ashthorpe para pasar desapercibido.

–¿Te creyó?

–Lo de Ashthorpe no se lo creyó mucho, pero aun así siempre cuento con su apoyo incondicional. Pero sabiendo que es inmensamente curiosa y que no para hasta averiguar la raíz de los problemas, decidí que no quería estar tanto tiempo con ella. Si le hubiera dicho la verdad lo habría pasado muy mal por Elspeth. Ha estado todo este tiempo a su lado.

–Claro. Y después te mudaste aquí.

–Antes fui a la tienda de periódicos y quité tu anuncio. Después me mudé para darme cuenta de que mis teorías sobre la querida de Graeme no tenían ningún sentido.

–Descubriste que yo no…

–Antes de mudarme ya advertí que no eras una persona avariciosa como yo había pensado. El alquiler que pedías era la mitad exacta de la renta. Mis ideas preconcebidas se fueron desvaneciendo cuando vi que te sentías avergonzada cuando curioseabas en mis relaciones.

–Pero seguías siendo un cascarrabias –recordó.

–¿Cómo no iba a serlo? Elspeth tenía el corazón roto y, sin embargo, tú ya salías con otro hombre.

–¿Julian?

–Precisamente. Enseguida supuse que habías estado engañando a Graeme. Estaba intentando averiguar cómo eras y si suponías algún peligro para el estado ya alterado de mi hermana. Pero a la vez libraba una batalla interior para evitar que me gustaras.

–¿Ya te gustaba entonces? –insistió. Lo amaba con todo su

corazón y quería conocer todos sus pensamientos y todos sus sentimientos.

–No podía evitarlo. Estaba liado con los pintores, pasándome por la oficina, pendiente de Elspeth y preocupado porque estabas saliendo con Julian Coombs. Me tuve que ir a un hotel para ordenar mis pensamientos.

–¿Es verdad que llevaste la colada a casa de tu madre el sábado pasado? –preguntó Taye con los ojos brillantes.

–Ella no me lo permitiría –dijo sonriente–. Pero mi intención inicial era irme de aquí todo el fin de semana. Sólo que…

–¿Sólo que?

–Sólo que estaba tan intranquilo que me fui del hotel. Necesitaba regresar a mi hogar.

–¿Tu hogar?

–Mi hogar, es decir, tú –contestó–. Ya sé que suena un poco disparatado, y además no estaba seguro de si te encontraría al llegar, pero sentía que necesitaba volver a ti –se hizo un silencio. La miró a los ojos–. El domingo por la mañana supe por qué.

–¿El domingo por la mañana? –un escalofrío recorrió el cuerpo de Taye. Sabía que la respuesta iba a ser reveladora.

–Te propuse ir a tomar algo y tú me devolviste la invitación.

–Me hiciste sonrojarme, pensaba que no podías permitírtelo.

–Mi amor, ahí fue cuando lo vi todo –afirmó Magnus suavemente.

–¿Qué viste?

–Vi a la auténtica Taye. A pesar de no estar precisamente boyante, rechazaste mi oferta y decidiste invitarme tú a mí. Mi amor, aquello fue lo que derrumbó la última piedra del muro que había estado tratando de levantar entre tú y yo desde nuestro primer encuentro –admitió. La miró dulcemente a los ojos–. Querida Taye, entonces tuve que aceptar que estaba completamente enamorado de ti.

–¡Magnus! –dijo ella quedándose sin aliento.

–¿Qué te parece?

–Me parece estupendo.

–¿Y qué sientes tú por mí?

–Yo también lo supe aquel domingo –reconoció Taye tímidamente.

–¿El qué?

–El domingo pasado, cuando pediste prestado el coche… ¿Realmente lo pediste prestado?

–No, es mío, pero sigue: ¿el domingo pasado?

–El domingo pasado fuiste tan amable y tan bueno conmigo que cuando salí a buscarte al jardín de la casa de mi madre fui consciente de todo. Los sentimientos confusos, los celos que me habían asaltado, todo era fruto de mi amor por ti. Estaba enamorada de ti.

–¡Oh, Taye! –Magnus no sabía si había aclarado ya todas sus mentiras, pero no pudo contenerse por más tiempo y la abrazó–. ¿Estás segura, mi amor?

–Completamente segura. No puedo hacer nada para remediarlo. Te amo, estoy enamorada de ti.

–No sabes lo bien que me hace sentir escucharte decir eso. Mi amor… –dijo antes de besarla detenidamente. Taye lo correspondió y se fundieron en un beso. Magnus despegó los labios para mirarla y descubrir con alegría el amor que revelaba la mirada de Taye.

–Para los dos fue un domingo inolvidable.

–Parece que todo se ha resuelto de una forma maravillosa. Tanto para nosotros como para Hadleigh.

–Los problemas de Hadleigh se habrían resuelto aunque tu padre no hubiera intervenido. No te he podido contar mis planes antes, mi amor, pero mi idea era financiar los estudios de tu hermano y…

–Él no habría aceptado tu dinero, es muy orgulloso –interrumpió.

–Ya lo sé. Por eso mi idea era que Penhaligon lo patrocinara a cambio de que firmáramos un contrato en el que se comprometiera a entrar en nuestro programa de becarios durante dos años.

–¿Lo tenías planeado? Te lo tenías bien calladito –dijo ella tras mirarlo con amor y admiración.

–No podía decírselo a Hadleigh antes de explicarte a ti toda mi coartada.

–¿Me ibas a informar pronto?

–¡Qué más da! Estoy enamorado de ti. Es obvio que te lo iba a contar no muy tarde, porque ya no aguantaba más esta situación. Quiero casarme contigo, necesito casarme contigo. Últimamente empezaba a no confiar en mí cuando estábamos en la misma habitación, tenía que marcharme para no caer en la tentación de abrazarte.

–¿Es eso verdad, Magnus?

–A partir de ahora todo lo que te diga será verdad.

–Sólo la verdad de ahora en adelante. ¿Por qué…? –comenzó la frase, pero el impulso de besarlo fue tan fuerte que tuvo que hacerlo.

–¿Por qué, qué? –la animó Magnus a que siguiera.

–¿Por qué te quedaste aquí después de que te hubiera informado de que era Paula quien había estado saliendo con Graeme? Entiendo que sin conocerme no quisieras contarme lo que estaba pasando con tu hermana pero, ¿por qué seguiste viviendo aquí? ¿Y por qué me dejaste a mí seguir viviendo aquí?

–Aunque me di cuenta de que ya no tenía nada que averiguar, seguía sin tener un sitio en el que quedarme –respondió acariciando sus mejillas–. Pensé en quedarme hasta que los pintores terminaran, pero…

–¿Pero?

–Pero lo cierto es que me empecé a sentir muy a gusto conviviendo contigo. Fue entonces cuando te besé la primera vez. El sentido común me decía que empaquetara mis cosas y que me marchara, pero había encontrado el amor. Ya he comprendido que el sentido común y el amor no se entienden bien.

Una sonrisa resplandeciente se dibujó en los labios de Taye. Magnus se sentía completamente enamorado. La abrazó.

–¿Me quieres? –preguntó él.

–Ya sabes que sí.

–Dímelo.

–Te quiero, te quiero, te quiero –confirmó, sorprendida de que aquel hombre tan seguro de sí mismo pudiera albergar alguna duda–. Oye, ¿quién es Penny?

–¿Penny? –preguntó intrigado.

–El primer día que te llamé al móvil, primero estaba comunicando. Cuando respondiste después con aquel nombre supuse que debías de haber estado hablando antes con ella. Dijiste: «Pen...» –Taye se interrumpió al escuchar la carcajada de Magnus.

–Pen es más corto que Penhaligon. Instintivamente iba a responder «Penhaligon al habla» y estuve a punto de estropear todo mi plan.

–Entonces ya no tengo que sentir celos de ella, ¿no? –bromeó.

–Ha sido justo. No me sentía nada bien cuando quedabas con Coombs, por no hablar de tu encuentro con Fraser.

–Acepté su invitación tan sólo porque me acusaste de estar celosa.

–Mi amor... –dijo abrazándola amorosamente. Estar en aquellos brazos era estar en la gloria, era sublime.

–Llegó una carta para M. A. Penhaligon –dijo como si estuviera en medio de un sueño.

–Malditos agentes... Di órdenes especiales de que no me enviaran nada aquí, pero los de la inmobiliaria me mandaron el

recibo.

–¿Mi cheque?

–Ya había pagado el alquiler trimestral. Tu cheque está guardado de recuerdo. Todo el mundo quería delatar mi coartada.

–¡Es verdad! Damien Fraser dijo que tu cara le sonaba.

–Y también tu padre. Supongo que los dos revisan los periódicos de economía. Cuando hay noticias de la compañía a veces sacan una foto mía. Menos mal que ninguno de los dos asoció Magnus Ashthorpe con Magnus Penhaligon.

–Ten cuidado, porque la verdad siempre sale a la luz –bromeó–. Ése es el riesgo de contar mentiras.

–Jamás volveré a mentirte –repuso con total sinceridad.

–¿Me quieres? –preguntó Taye, aunque ya sentía que confiaba lo bastante en él como para no necesitar una respuesta.

–Demasiado. Tanto que no me importa nada de lo que ocurra mientras tú estés a mi lado.

–¡Oh, Magnus! –exclamó antes de besarlo. Se apartó para mirarlo y se ruborizó–. Esta mañana y el otro día cuando no besamos quería hacer el amor contigo, pero necesitaba escucharte decir que me querías. No quería pensar que era una aventura insignificante que terminaría cuando uno de los dos se marchara.

–Cariño, te quería entonces y te quiero ahora. Los dos nos marcharemos juntos de esta casa.

–¿Sí?

–Quiero que estés siempre conmigo –declaró con ternura–. Tengo una casa esperándote. Por favor, dime que vendrás conmigo y que serás mi compañera de piso, mi esposa.

–¿De verdad quieres casarte conmigo? –susurró.

–Es mi mayor deseo –respondió sin dejar de mirarla–. Mi hermosa Taye, dime que vendrás conmigo –ella lo miró con el corazón a punto de explotar de felicidad.

–Oh Magnus, claro que iré. Te quiero tanto que sólo puedo pensar en ti, Magnus Ashthorpe… Penhaligon.

–¡Cariño! –exclamó triunfante tomándola de nuevo entre sus brazos.